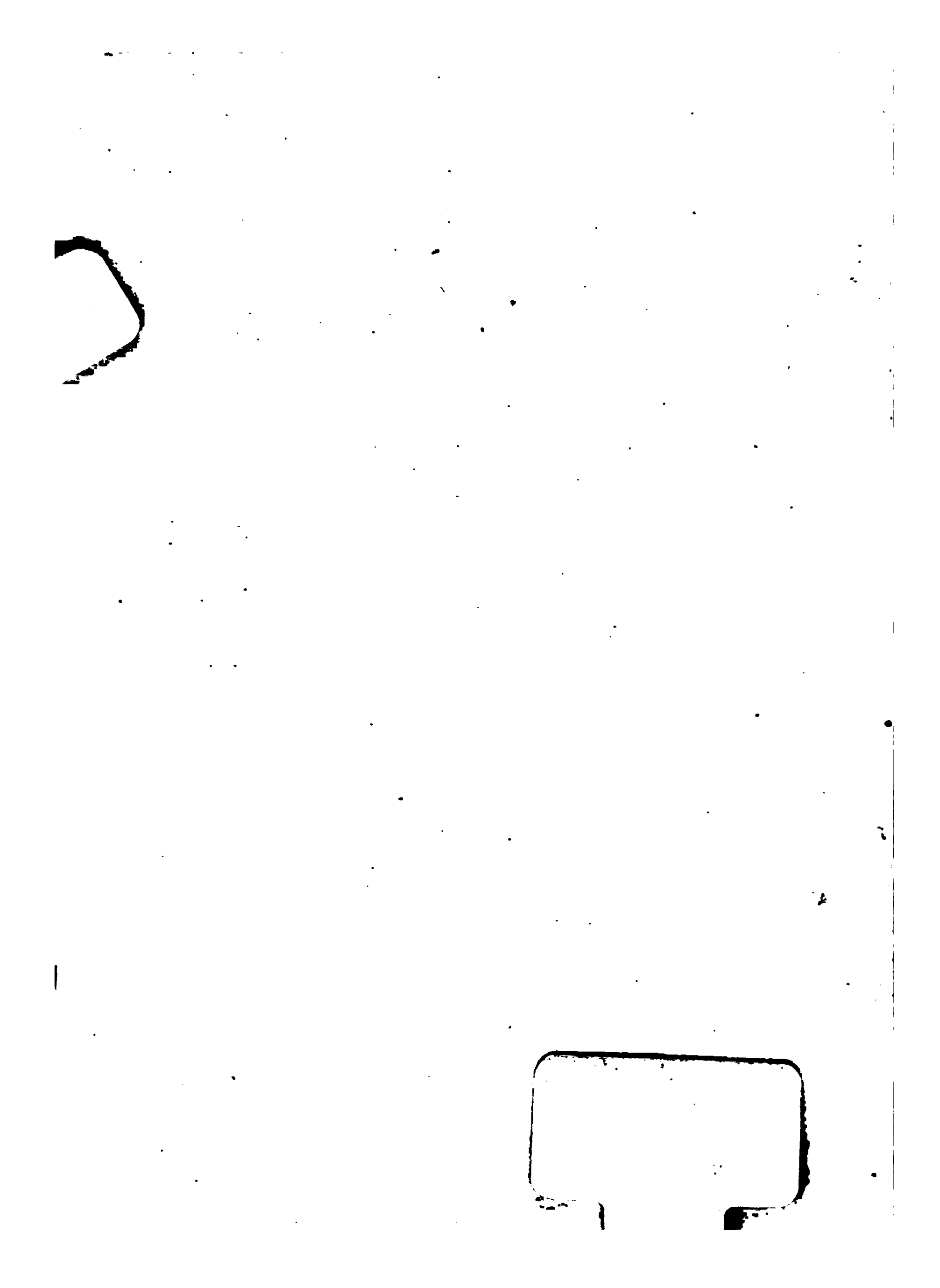

BL2773
H7218
1882
SAL
Stanford University Libraries
3 6105 126 515 399



Lopez



CARTAS

A EUGENIA

POR

Mr. Freret.

1882.

GUATEMALA.

ADVERTENCIA.

Hace mucho tiempo que estas cartas únicamente eran conocidas bajo el título de *Cartas á Eugenia*. Pero el carácter poco jeneroso de manifestar lo que tenian aquellos, en cuyas manos cayeron al principio; el placer estraño, aunque real y verdadero, que causa á todos los hombres la posesion esclusiva de un objeto sea el que quiera, la especie de esclavitud y de terror en que el poder tiránico de los sacerdotes tenian entónces todas las conciencias, aun aquellas que por la superioridad de sus talentos debian naturalmente estar ménos dispuestas á rendirse bajo el odioso yugo del sacerdocio, todo esto reunido contribuyó de tal modo á ahogar desde su nacimiento, si yo me puedo esplicar así, este manuscrito importante, que durante mucho tiempo se habia creido perdido, tal era el cuidado que ponian en ocultarlo los que lo tenian y en no permitir que de él se sacasen cópias. En efecto, eran tan raros los ejemplares, aun en las bibliotecas de los curiosos, que el difunto monsieur Bozo, que se alababa de reunir las obras mas raras en todo género de literatura, no pudo jamas hacerse con esta, y decia que en su tiempo no

se contaban sino tres ejemplares en Paris, sea que fuese de intento *propter metun judæorum*, ó sea que no se conociesen mas.

Hace muchos años que los manuscritos de estas cartas se hicieron algo mas comunes, y hay motivos para creer que en el dia se conozcan lo suficiente para ser apreciados del público en general. Como quiera que sea, no se ha escusado ningun trabajo para restablecer el resto de toda su pureza y se puede asegurar que, á escepcion de cuatro ó cinco pasages que se han hallado corrompidos en todos los manuscritos que se han podido consultar, y á los que ha procurado suplir del modo mejor que ha sido posible, la edicion que en el dia se da al público, de estas cartas, será con poca diferencia conforme al manuscrito del autor. Por lo que respecta á su nombre y calidades, no pueden formarse sino conjeturas. En lo que se está de acuerdo, generalmente sobre algunas particularidades de su vida, es que no habia vivido en una estrecha amistad con el Marqués de Faro, el abad de Chauliau, el abad de Terrason, Fontenell, monsieur de Laserre, &. Tambien se les oyó decir muchas veces á los difuntos MM. de Marsais y Falconet que estas cartas habian sido escritas por un individuo de la escuela Seaux. Lo que puede asegurarse es que no se necesita mas que leerlas para convencerse que era un hombre instruido, y que habia meditado profundamente las materias que trata. Su estilo es claro, sencillo, fácil y se advierte en él cierta urbanidad que hace conocer que no era un hombre oscuro, y que habia tenido intimidad con los literatos. Pero lo que distingue sobremanera esta obra, y que la hace aparecer apreciable á los hombres de bien, es el carácter

de honestidad y decencia que reina en ella desde el principio hasta el fin. Es imposible leerla sin formar la mas alta idea de la probidad del autor, sea el que quiera, sin desear haberlo tenido por amigo, haber vivido con él, en una palabra, sin hacer justicia á la rectitud de sus intenciones aun cuando no se aprueben sus ideas. El amor de la virtud, la beneficencia universal, el respeto á las leyes, la union invariable á las obligaciones de la moral; en fin todo lo que puede contribuir á hacer mejores los hombres, se recomienda en ella con la mayor energia é interes; y si por una parte él trastorna enteramente el edificio ruinoso del cristianismo, es para echar por otra los fundamentos inalterables de la moral establecida sobre la naturaleza del hombre, sobre sus necesidades físicas y sobre sus relaciones sociales; fundamentos infinitamente mejores y mas sólidos que los de la religion, porque presto ó tarde la mentira se descubre y perece con ella lo que servia de apoyo; al contrario, la verdad subsiste eternamente y se consolida cuanto mas tiempo se pasa. *Opinionum comenta delet dies; naturoe juditia confirmat.*

El epígrafe que se ha hallado sobre muchos manuscritos de estas cartas, prueba que el hombre de bien á quien se le deben, no tuvo interes en darse á conocer por autor de ellas, y que no guió su pluma ni el deseo de reputacion, ni el amor de la gloria, ni la ambicion de distinguirse por opiniones atrevidas que los sacerdotes y los que la ignorancia ha subyugado á estos llaman *impiedades*, sino solamente el deseo de hacer bien á sus semejantes ilustrando y desarraigando de ellos, por decirlo así, la religion misma como orígen de todos los males que los afligen

hace tantos siglos. Ved aquí el epígrafe: *si tengo razon, poco te importa saber quien soy.* Es un verso de Cornelle, cuya aplicacion es muy á propósito y que deberia estar en el frontispicio de todos los libros de esta naturaleza.

Lo mismo puede decirse con relacion á la persona á quien el autor dirige su obra: lo que se colige por muchas circunstancias de estas cartas, es que no era una marquesa supuesta como la de los mundos de Fontenell, sino que realmente se han escrito á una señora tan distinguida por su calidad como por sus costumbres. Acaso seria alguna de las de la escuela del templo de Seaux; pero en sustancia, estos pormenores, así como los que pertenecen al nombre y vida del autor, la época de su nacimiento, la de su muerte, &, son de poca importancia y no servirian sino para satisfacer la vana curiosidad de algunos lectores ociosos que recojen con ansia este género de anécdotas, á las que dan una especie de existencia en el mundo, y se glorian mas de saberlas que si descubriesen una verdad. Yo sé que procurarán justificar su curiosidad, diciendo, que cuando se lee un libro que hace sensacion en el público, y que hace de él los mayores elogios, es muy natural el deseo de saber á quien se ha de dirigir el justo homenage; pero este deseo es tanto mas irracional, cuanto no puede ser satisfecho; en primer lugar, porque jamas ha habido ni habrá un literato tan imprudente, en una palabra, tan insensato que permita ni deje imprimir durante su vida un libro en el que se echen por tierra los templos, los altares y las estátuas de los dioses, y en el que se ataquen sin ningun miramiento las opiniones religiosas mas sagradas. En segundo lugar, por-

que es público á todo el mundo que todas las obras de este género que salen á la luz de algunos años á esta parte, son los testamentos secretos de muchos hombres grandes que se vieron obligados durante su vida "á ocultar la luz bajo el celemin," y á los que la muerte sustrajo del furor de los perseguidores, y que por consiguiente sus frias cenizas no oiràn ya bajo la tumba ni los importunos gritos de los supersticiosos, ni los elogios de los amigos de la verdad; y en fin, porque esta curiosidad mal entendida puede comprometer del modo mas cruel la tranquilidad, los bienes y la libertad de los parientes ó amigos de los autores de los libros tan atrevidos. Esta sola consideracion deberia, púes, determinar á estos congeturistas, si caminan de buena intencion, á depositar en lo mas íntimo de su corazon las sospechas verdaderas ó falsas, y hacer un uso mas útil de su espíritu investigador.

OTRA.

Despues de traducidas estas cartas, que hace 75 años que lo están, hemos sabido que las escribió el sábio Freret, sugeto bien conocido en la república literaria, con lo cual se halla descubierto el misterio que estuvo oculto para el autor de la advertencia precedente.

CARTAS á EUGENIA.

CARTA PRIMERA.

Amiga mia: no puedo esplicarte la dolorosa impresion que acaba de hacer en mí la lectura de tu carta. Yo hubiera partido inmediatamente á consolarte, si no me lo hubiese impedido la estrecha y rigorosa obligacion que aquí me tiene. Pero ¿es verdad que tú, Eugenia, eres desgraciada? ¿Los disgustos, los escrúpulos, las inquietudes, atormentan tambien tu corazon? En el seno de la opulencia y de la grandeza, persuadida y asegurada de la ternura y estimacion de un esposo que te adora, gozando en la córte de la satisfaccion poco comun de ser amada de todos, rodeada de amigos que hacen el justo aprecio de tus talentos, de tus luces y de tu finura, ¿cómo ha podido suceder que el penar y la tristeza se hayan apoderado de tí?

¡Es imposible que tu alma virtuosa y pura tenga motivos de avergonzarse ni de padecer remordimientos! Siempre superior á las debilidades de tu sexo, ¿de qué podrias tú sonrojarte? Ocupada con placer en tus obligaciones, divertida con lecturas útiles y alegres conversaciones, y con proporcion de variar las diversiones honestas, ¿es posible que los temores, los disgustos y los desasosiegos hayan asaltado un corazon á quien todo deberia ofrecerle el contento y la paz? ¡Ah! Si tu carta no me lo diese á entender sobradamente, en la turbacion que te agita yo hubiera conocido sin trabajo la obra de la supersticion. Ella solo está en posesion de turbar las buenas almas, sin apagar las pasiones de quien una vez se han apoderado.

Sí, amiga mia, hace mucho tiempo que yo conozco los funestos efectos de las preocupaciones religiosas, y yo mismo en otro tiempo sufrí horribles inquietudes: he temblado tambien como tú bajo el yugo de la religion, y si un maduro exámen no me hubiese desengañado enteramente, en lugar de estar hoy en disposicion de consolarte y darte ánimo, me verias todavia tomar parte en tus inquietudes, y aun acaso fomentar en tu alma las lúgubres ideas que te atormentan. Gracias á la razon y á la filosofía, la calma hace largo tiempo que ha entrado en mi espíritu, desterrando los temores que lo agitaban. ¡Qué felicidad seria para mí si la paz que yo disfruto fuese bastante para deshacer

el encanto que te tiene todavia en las cadenas de la preocupacion!

No obstante, sin que tú me lo hubieras mandado espresamente, jamás me hubiera atrevido á descubrir un modo de pensar tan diferente del tuyo, ni á combatir opiniones funestas á las que te se persuade que está unida tu felicidad. Yo hubiera continuado en ocultar estas ideas odiosas á la mayor parte de los hombres, acostumbrados solamente á no ver sino por los ojos de jueces visiblemente interesados en engañarlos. Pero una obligacion sagrada me obliga á hablar el dia de hoy. Eugenia, inquieta y turbada quiere manifestarme su corazon: ella tiene necesidad de socorro, y quiere fijar sus ideas sobre un objeto que interesa para su felicidad y su reposo: y yo debo decirla la verdad, y si por mas tiempo guardase silencio, ¿no seria un delito? Aun cuando la verdadera amistad que le profeso no me impusiese el deber de corresponder á su confianza, el amor de la verdad me obligaría á hacer un esfuerzo para disipar las quimeras que la hacen desgraciada. Yo voy, pues, á hablarte con franqueza. Puede ser que á primera vista te parezcan estrañas mis ideas; pero examinándolas con refleccion, formarás otro concepto. La razon, la buena fé y la verdad, siempre tendrán acogida en tu alma: yo apelo, pues, de tu imaginacion exaltada á tu juicio en reposo y tranquilo: yo apelo de la costumbre y de la preocupacion, á la refleccion

y á la razon. La naturaleza te ha dado un alma dulce y sensible, y con ella una imaginacion muy viva y una porcion de melancolía, suficiente para trastornar la cabeza. De estas mismas disposiciones veo yo que nacen los males que te atormentan en el dia. Tu bondad, tu candor y tu sinceridad, no te dejan conocer en los demas el engaño y la malignidad. La dulzura de tu carácter no te permite contradecir nociones que, si las examinases, te parecerian sediciosas y quiméricas: tú quieres mas referirte al juicio de los otros y suscribir á sus ideas, que consultar tu razon y tus propias luces. La viveza de tu imaginacion te obliga á tomar con el mayor calor las fuertes pinturas que te hacen sobre varios objetos: hay hombres interesados en turbar tu reposo, que abusán de tu sensibilidad para llenarte de temores. Ellos te hacen estremecer á las terribles palabras de *muerte*, *juicio*, *infierno*, *castigos*, *eternidad*: te hacen mudar de color al solo nombre de un *juez* inflexible, cuyos decretos son inmutables: imaginas ver al rededor de tí los demonios, que se han hecho los ejecutores de sus venganzas sobre sus débiles criaturas. Así tu corazon se llena de espanto, y temes á cada instante ofender, sin saberlo, á un Dios caprichudo, siempre con el látigo levantado y lleno de cólera. Consiguiente en tus principios, tu vida, que no debería ser sino de contento y de paz, se hallará bien presto emponzoñada con inquietudes, es-

crúpulos, terrores pánicos de que un alma tan pura como la tuya debería estar libre. La agitacion que te causarán estas fatales ideas, suspenderá el uso de tus facultades: tu razon será arrastrada por una imaginacion estraviada: llegarás á caer en la duda, en el abatimiento, en la desconfianza de tí misma, y llegarás á ser el juguete de esos hombres que, hablando á la imaginacion y asoporando el buen sentido, hace mucho tiempo que han llegado á subyugar el universo y á persuadir á séres racionales, que la razon les es inútil ó peligrosa.

Tal es, amiga mia, el lenguaje constante de los apóstoles de la supersticion, cuyo proyecto fué y será siempre acabar con la razon, á fin de poder ejercer impunemente su poder. sobre los hombres; por todas partes los pérfidos ministros de la religion han sido los enemigos declarados ú ocultos de la razon, porque la han hallado siempre en oposicion con sus intereses y sus fines: por todas partes la han perseguido, porque se llegaron á temer que destruyese su imperio, descubriendo sus tramas y la futileza de sus fábulas; y en todas partes han trabajado para levantar sobre sus ruinas el imperio del fanatismo y de la supersticion. Para conseguirlo con mas facilidad, no han cesado de espantar á los mortales con pinturas horrorosas; los han acostumbrado y seducido con maravillas y misterios; los han fascinado con enigmas é incertidumbres; los han sobrecarga-

do de prácticas y ceremonias; les han llenado el espíritu de temores y de escrúpulos, y les han obligado á poner sus miras en un *porvenir* que, lejos de hacerlos mas virtuosos y mas felices en la tierra, no sirve sino para separarlos del camino de la verdadera felicidad, y apartarla para siempre de sus corazones.

Tales son los artificios de que en todas partes se han servido los ministros de la religion para esclavizar los hombres y tenerlos bajo su yugo. El género humano ha llegado á ser en todas partes la presa de los sacerdotes: ellos han dado el nombre de religion á los sistemas que ellos mismos han inventado para subyugar á los hombres, cuya imaginacion habian seducido, turbado el buen sentido y aniquilado su razon.

Principalmente en la infancia es cuando el espíritu humano está dispuesto á recibir las impresiones que quieran dársele. Así nuestros sacerdotes se han apoderado astutamente de la juventud, para inspirarle ideas que no podrían dar á hombres ya formados. En la edad mas tierna es cuando familiarizan los espíritus con cuentos estraños y raros, nociones estravagantes y despilfarradas, quimeras ridículas que poco á poco lleguen á ser para los que las oyen objetos de respeto y de temor en todo el resto de su vida.

No se necesita mas que abrir los ojos para ver los indignos medios de que la *política sacerdotal* se sirve para ahogar en los hombres

su razon naciente. En la infancia no se les enseña sino cuentos ridículos, impertinentes contradictorios y criminales, y al mismo tiempo se les intima que los han de respetar. Poco á poco se les familiariza con misterios inconcebibles, que les son anunciados como verdades sagradas: se les habitúa á realizar fantasmas, á cuya presencia se acostumbran á temblar. En una palabra, se toman las medidas mas exáctas para hacer ciegos que no consulten su razon, y cobardes que se estremezcan siempre que se acuerden de las ideas con que los sacerdotes los han emponzoñado en una edad en que no podian libertarse de sus lazos. Acuérdate, amiga mia, acuérdate de los funestos cuidados que tomaban en el convento en que te educaron, para sembrar en tu corazon las semillas de inquietud que te aflijen ahora. Allí fué en donde te empezaron á contar fábulas, prodigios misterios y doctrinas que reverencias actualmente, y que si te las refiriesen el dia de hoy por la primera vez, te parecerian ridículas y poco dignas de atencion. Ya te he visto reír muchas veces de la sencillez con que en otros tiempos creías los cuentos de hechiceros y aparecidos que te contaban cuando niña, las religiosas encargadas de tu educacion. Despues que has venido al gran mundo, en donde hace mucho tiempo que se desprecian semejantes tonterias, te has ido poco á poco desengañando, y te avergonzarás al presente de tu credulidad pasada.

Pues ¿por qué no has de tener valor para burlarte de la misma manera de otros muchos cuentos tan poco fundados, que te atormentan todavia, y que los juzgas dignos de respeto, porque no te has atrevido á examinarlos con los mismos ojos, ó porque los ves respetados por el pueblo que jamás ha refleccionado sobre ellos? Si eres tan ilustrada y tan racional sobre las demas cosas, ¿por qué, amiga mia, renuncias de tus luces y tu juicio cuando se trata de la religion? Sin embargo, á esta voz terrible tu alma se turba, tus fuerzas te abandonan, tu penetracion ordinaria se oscurece, tu imaginacion se estravia, y no ves sino con una nube de por medio. Te inquietas, te aflijes y receländote de tu razon, no te atreves á llamarla en tu socorro, y te persuades que el camino mas seguro es dejarte ir con las opiniones de la muchedumbre, que jamás ha examinado nada, y que siempre se deja conducir por ciegos ó pérfidos.

Para restablecer la paz en tu alma, deja de menospreciarte: ten una justa confianza en tus propias luces: no te avergüences de padecer la epidemia general é involuntaria, pues no ha estado de tu mano el evitarla. El abad de San Pedro decia con razon, *que la devocion es la viruela del alma*; y yo añado que será muy estraño el no quedar señalado de ella para siempre. En efecto, nosotros vemos todos los dias las personas mas instruidas permanecer siempre en las preocupaciones de la infancia. Se procura

inocularlas con tanto cuidado, y se toman tantas y tan esquisitas precauciones para hacerlas durables, que si alguna cosa debe asombrarnos, es el ver que haya uno que pueda haber tenido valor para desembrazarse de ellas. Los génios mas sublimes, frecuentemente son el juguete de la superstición. El fuego de su imaginacion no les sirve muchas veces sino para estaviarlos mas y mas, y unirlos mas firmemente á opiniones de que se avergonzarían si se dignasen consultar su razon. Pascal veía contínuamente abiertos los infiernos debajo de sus pies. Malebranche era crédulo: Hobbés tenia miedo á las fantasmas y demonios: el inmortal Newton comentó el Apocalípsis: en una palabra, todo nos prueba que nada es mas dificultoso que deshacer las ideas que tomamos en la infancia. Las personas mas sensatas, y que piensan con mas exactitud en cualquiera materia, se hacen niños cuando se trata de la religion.

Por tanto, amiga mia, no tienes que avergonzarte de una debilidad que casi es comun á todo el mundo, y de la que ni aun los hombres mas sábios se han visto libres. Vuelve á cobrar aliento, y ten valor para examinar á sangre fria las fantasmas que te asustan. En un asunto que interesa tanto para tu reposo, consulta tu despejada razon que te distingue tanto del vulgo, como la especie humana se distingue de las béstias. Lejos de desconfiar de tus propias luces, vuelve tu justa desconfianza con-

tra esos hombres, ni tan buenos ni tan ilustrados como tú, que para vencerte solamente dirijen sus tiros á tu imaginacion sensible; que tienen la crueldad de turbar la serenidad de tu alma; que bajo el pretesto de unirte solamente al cielo, intentan que rompas los lazos mas dulces; en fin, que hacen todos los esfuerzos para prohibirte el uso de aquella razon bienhechora, cuya luz te conduce con tanta seguridad en todas las acciones de tu vida.

Deja las inquietudes y los remordimientos á esas mujeres corrompidas y abominables por sus crímenes y mala conducta: deja la superstición para esas mujerzuelas ignorantes, cuyo limitado talento es incapaz de refleccion. Abandona las prácticas frívolas y despreciables de una devocion fastidiosa á esas mujeres ociosas y tristes, á quienes desde que desapareció el reinado pasajero de sus atractivos, no les queda otro recurso que pasar el tiempo, y que procuran suplir la pérdida de los placeres que tuvieron con la murmuracion y los enredos. Resiste esa inclinacion que al parecer te conduce á la meditacion, al retiro y á la melancolia. La devocion no se ha inventado sino para las almas ociosas: la tuya está formada para la ocupacion y el trabajo. Tú te debes á un esposo que haces su felicidad; y á tus lecciones para formar su corazon y su alma; te debes á unos amigos que te honran, y buscarán tu amable trato aun en la edad en que tu hermosura se

haya marchitado; te debes á la sociedad, porque ella tiene necesidad de tus ejemplos, y halla en tí virtudes que por desgracia son mas raras que la devocion en las personas de tu gerarquia: en fin, te debes á ti misma la felicidad, pues que á pesar de las promesas de la religion, no la hallarás jamás en las ajitaciones á que te veo conducida por sus negras y terribles ideas :no encontrarás en ella sino tristes quimeras, fantasmas horrorosos, dudas sin número, abrumadoras incertidumbres, enigmas inesplicables, estravios funestos, propios solamente para turbar tu reposo, privarte de la felicidad y hacerte incapaz para ocuparte en la de los demas. Es imposible hacer felices cuando no se goza de la felicidad y de la paz.

Por poco que reflecciones sobre los objetos que te cercan hallarás pruebas de lo que digo. Las personas mas religiosas, rara vez son las mas amables y de mas sociedad: la devocion, aun la mas sincera, obliga á aquellos que la abrazan á prácticas incómodas, y ocupan su imaginacion de objetos lúgubres y mejancólicos: su celo se acalora estraordinariamente, por lo que no es comun hallar en los devotos aquella igualdad de humor, aquella dulzura de carácter indulgente, y aquella amenidad, que hacen el encanto del trato humano. La contínua esperiencia te hace conocer, que las devotas mas entregadas á agradar á Dios, no son las que mejor aciertan á tener contentos á los

que viven en su compañia; y si algunas se pueden esceptuar de esta regla, es porque no tienen todavia el fervor y celo que parece exije de ellas la religion. La devocion, ó es una pasion lánguida y sombria, ó una pasion arrebatada; la religion no permite que se parta el corazon: todo lo que un buen cristiano se entrega á las criaturas, se lo roba al Criador; un alma enteramente devota,no debe poner sus miras en los objetos de la tierra, porque seria perder de vista á su celoso Dios, que quiere ser solo, que impone á sus criaturas la obligacion de sacrificar en su honor sus inclinaciones mas dulces y mas inocentes, y que quiere que sean desgraciadas en la tierra para que sean felices en el cielo. Segun estos principios, vemos con frecuencia que los devotos llenan con mucha fidelidad la obligacion de atormentarse á sí mismos, y de turbar la paz de los demas, y creen hacerse un mérito particular para con el soberano del cielo, haciéndose enteramente inútiles y aun molestos á los habitantes de la tierra.

Yo no creo que la devocion produzca en tí efectos nocivos á los demas; yo temo, si, que te incomode á tí sola: la bondad de tu corazon, la dulzura de tu carácter, el buen porte que se manifiesta en toda tu conducta, hacen presumir que jamás te conducirá la religion á escesos peligrosos. Sin embargo, la devocion hace con frecuencia estrañas mudanzas. Inquieta, a-

gitada, desgraciada interiormente, es de temer que tu temperamento se mude, que tu génio se haga áspero, y que las ideas enfadosas que por tanto tiempo habrás acalorado en tu interior, no influyan presto ó tarde sobre los que te rodean. ¿No nos prueba la esperiencia todos los dias que la religion obra mutaciones de esta naturaleza? Las que se dicen *conversiones*, y que los devotos miran como inspiraciones de la gracia, por lo regular no son sino enfadosos trastornos, por los que se sustituyen vicios reales y disposiciones muy molestas á cualidades útiles y amables. Por un mal efecto de estos pretendidos milagros de la gracia, vemos suceder con frecuencia la tristeza al mal humor, el génio tétrico y congojoso á la alegria, el fastidio á la ocupacion, la maledicencia, la intolerancia y el celo á la indulgencia y dulzura: mas ¿qué digo? la crueldad á la humanidad. En una palabra, la supersticion es una levadura peligrosa, propia para corromper los corazones mas virtuosos.

En efecto, ¿no vez tú á qué escesos conduce el fanatismo y el celo á personas que por otra parte son sábias y de la mejor intencion? Príncipes, magistrados y jueces llegan á ser inhumanos y sin piedad, cuando se trata de los intereses de la religion. Ella trasforma comunmente los hombres mas dulces, los mas indulgentes y los mas equitativos en cualquiera otra materia, en béstias feroces; las almas mas

sensibles y mas compasivas se creen obligadas en conciencia á hacerse duras, á violentarse y ahogar la naturaleza para manifestarse crueles á los que miran como enemigos de su modo de pensar. ¿Reconoces tú, por ejemplo, la dulzura de nuestra nacion y de nuestro gobierno en las persecuciones tan frecuentes en Francia contra los protestantes? ¿Hallas tú mucha razon, equidad y humanidad en las vejaciones, prisiones y destierros que en nuestros dias se hacen sentir á los jansenistas? Estos, si en algun tiempo llegasen á tener bastante poder para perseguir á sus contrarios, sin duda que no los tratarian mejor. ¿No ves todos los dias personas que hacen vanidad de tener buenos sentimientos, manifestar sin pudor la alegria que tienen de ver esterminar hombres á quienes no creen deberles ni amor ni indulgencias, únicamente porque menosprecian las preocupaciones que el vulgo mira como sagradas, ó que una falsa política cree útiles al Estado? La superticion há ahogado de tal manera todo sentimiento de humanidad en algunas personas, por otra parte tan escelentes, que no se avergüenzan de sacrificar los hombres mas sábios de la nacion, que por lo comun no son ni los mas crédulos ni los mas sometidos al yugo del sacerdócio.

En una palabra, la devocion no es propia, sino para llenar el corazon de la hiel mas amarga que debe desordenar la armonia de la sociedad. En materia de religion, cada uno se

cree obligado á manifestar mas ó menos ardor y celo. ¿No te hé visto yo á tí misma frecuentemente indecisa sobre si deberias llorar ó reir de la locura de algunas devotas ridículamente acaloradas de aquella vanidad religiosa que constituye el espíritu de partido? Tú las veias interesarse en disputas teológicas, en las que sin concebir ni entender nada, se creen obligadas á tomar partido. Yo te hé hallado cien veces aturdida con sus gritos, incomodada por sus malos tratamientos, escandalizada de sus cábalas y llena de menosprecio hácia ellos por su caprichosa ingnoracia. Sin embargo, no hay cosa mas natural que estas desgracias: la ignorancia fué siempre madre de la devocion. Ser devoto, jamas significará otra cosa que tener una necia confianza en los sacerdotes, recibir sus impulsos, no pensar ni obrar si no como ellos, adoptar ciegamente sus pasiones y sus preocupaciones, y llenar fielmente las prácticas que su capricho impone.

Eugenia, tú no has nacido para seguir tales guias: ellos al cabo te precipitarian acalorando tu imaginacion y corrompiendo tu carácter. Para apoderarse con mas seguridad de tu alma, te harian intolerante y feroz; en una palabra, con ayuda del poder mágico de la supersticion y de sus nociones sobrenaturales, acaso conseguirán trasformar en vicios las felices disposiciones que la naturaleza te ha dado. Créeme, amiga mia, tú no ganarias nada en esta trasfor-

macion. Permanece como eres: sal cuanto ántes de ese estado de incertidumbre y languidez, de esa alternativa de abatimiento y turbacion en que te veo vacilar. Ten por guias tu razon y tu virtud, y yo me atrevo á asegurar que romperás bien pronto las trabas cuyos funestos efectos empiezas á sentir.

Ten valor, sí, ya lo repito: ten valor para examinar por tí misma esa religion, que bien léjos de procurarte el bienestar que te promete, no será para tí, sino una fuente inagotable de inquietudes, de sobresaltos, que presto ó tarde te privarán de las singulares y estraordinarias prendas que te hacen tan amable en la sociedad. Tu interés te pide que vuelvas la paz á tu alma: él te obliga á conservar con el mayor cuidado la dulzura, la indulgencia y la alegria que te hacen adorable de todos cuantos te tratan, Tú te debes la felicidad á tí misma, y la debes tambien á los que te rodean. No te abandones, pues, á tristes ideas: pon en actividad tu juicio y tu talento para combatir quimeras que tu imaginacion ha realizado, y desaparecerán al momento que las hayas considerado y meditado con tu sagacidad ordinaria.

No me digas que tu talento es muy corto para sondear lo profundo de la teologia. No me digas, segun nuestros sacerdotes, que las verdades de la religion son misterios, que es necesario adoptarlas sin comprenderlas, y adorarlas en silencio. Hablando en este tono, ¿no ves

que se proscribe y condena esa religion á la que te se quiere sugetar? Lo que es sobrenatural, no se ha hecho para los hombres; lo que los hombres no pueden comprender, no debe ocuparlos jamas. Adorar lo que no se puede conocer, es nada adorar; creer lo que no se puede concebir, es nada; admitir sin exámen lo que se nos dice admitamos, es ser crédulos cobardes. Decir que la religion es una cosa que la razon no puede comprender, es reconocer que no se ha hecho para séres racionales, es confesar que los que la enseñan á los otros no podrán sondear mejor que ellos sus profundos misterios; es convenir en que nuestros doctores no entienden nada de las maravillas de que todos los dias nos hablan.

Si las verdades de la religion fuesen como se asegura, necesarias á todos los hombres; deberian ser inteligibles y claras para todos. Si los dogmas que esta religion enseña fuesen tan importantes como se nos dice, deberian estar al alcance, no solamente de nuestros doctores que los predican, sino tambien de los que los escuchan. ¿No es cosa bien estraña que aquellos cuya profesion es instruirse por sí mismos en la religion para enseñarla á los demás, reconozcan que sus dogmas están fuera del alcance de su entendimiento, y sin embargo se obstinen en inculcar al pueblo lo que ellos mismos confiesan que no pueden comprender? ¿Tendriamos nosotros mucha confianza en un médico

que despues de habernos hecho conocer que nada entendia de su facultad, sin embargo nos alabase la escelencia de sus remedios? Pues esto es lo que hacen todos los dias nuestros polichinelas espirituales. Mas ¿por qué estraña fatalidad las personas mas sensatas consienten ser engañadas de esos empíricos que perpétuamente se ven obligados á confesar su ignorancia? Pero, si los misterios de la religion son incomprensibles, aun para los mismos que la enseñan, en los que la profesan no hay uno que sepa precisamente, ni lo que crée, ni tampoco quien le dé razon de los motivos de su creencia y su conducta. No sucede lo mismo con las dificultades que se pueden oponer á esta religion: ellas son sencillas y al alcance de todo el mundo, capaces de convencer á todo hombre que, renunciando las preocupaciones de la infancia, se digne consultar el buen sentido que la naturaleza ha dado á todos los séres de la especie humana.

Hace muchos siglos que un crecido número de teólogos sutiles están trabajando sin cesar en contener los golpes de los incrédulos ó en reparar las brechas qne se han hecho al edificio ruinoso de la religion por los contrarios que han combatido bajo de las banderas de la razon: en todos los tiempos ha habido personas que han conocido la futileza de los títulos sobre que los sacerdotes se han abrogado el derecho de esclavizar los espíritus y saquear las nacio-

nes. Sin embargo de todos los esfuerzos que los embusteros han hecho para defender la religion, de la que ellos solos sacan fruto, estos grandes hombres no han podido hasta ahora poner á cubierto de los ataques de la incredulidad su divino sistema: siempre han contestado á las objeciones que se les han puesto, pero jamas han sabido disolverlas. Casi siempre ayudados por la autoridad pública, no ha sido sino con injúrias, declamaciones, castigos y persecuciones que han respondido á las quejas de la razon. Asi es como ellos han llegado á hacerse dueños del campo de batalla, que sus contrarios jamas pudieron disputarles públicamente. A pesar de las desventajas de combate tan desigual, aunque los defensores de la religion hayan usado de todas las armas y hayan podido pelear al descubierto cuando sus contrarios no tenian otras armas que las de la razon, y no podian, ni esponerse ni poner en accion todas sus fuerzas; sin embargo, no han dejado de hacer heridas profundas á la supersticion. Pero si se crée á sus partidarios, la bondad de su causa pone su sistema á cubierto de todos los tiros que se dirijan á ella, y han respondido mil veces de una manera victoriosa á las objeciones que sin cesar se renuevan contrá ella. No obstante su grande seguridad, los vemos sobre las armas luego que se presenta algun nuevo combatiente. Este puede servirse con utilidad de las objeciones mas comunes y mas

disputadas, en la inteligencia de que hasta ahora es cierto no han podido ni destruirlas ni oponerles respuestas satisfactorias. Para que quedes convencida de lo que digo, no tienes sino comparar las dificultades mas sencillas, mas comunes que el buen sentido opone á la religion con las decantadas soluciones que dan sobre ellas, y verás que las dificultades capaces de conocerse, aun por los niños, no han podido ser rebatidas por los doctores mas acreditados. No hallarás en sus respuestas sino distinciones sutiles, subterfúgios metafisicos y un lenguaje oscuro que no puede ser el de la verdad, y que no prueba sino la dificultad, la imposibilidad y mala fé de aquellos que por razon de estado tienen interés en sostener una causa desesperada. En una palabra, las dificultades que se proponen contra la religion, son claras y al alcance de todos: cuando por el contrario las respuestas que se dan son oscuras, confusas y poco satisfactorias, aun para las personas mas acostumbradas á este lenguaje; pero yo creo que los mismos que dan las respuestas no entienden lo que dicen.

Si consultas nuestros doctores, no dejarán de hacer valer la antigüedad de su doctrina, y que siempre se ha mantenido á pesar de los contínuos atáques de los herejes, de los incrédulos, de los impíos, y aun á pesar de las persecuciones de los paganos. Amiga mia, tú tienes demasiadas luces para conocer que la antigüedad de

una opinion nada prueba en su favor. Si la antigüedad fuese la prueba de la verdad, el cristianismo se vería en la necesidad de ceder al judaismo, y este por la misma razon cedería á la religion de los egipcios ó de los caldeos, es decir, á la idolatría, que fué muy anterior á Moisés. Se ha creido por millares de años que el sol daba la vuelta al rededor de la tierra, y que esta permanecia fija, y no por eso deja de ser cierto que el sol está fijo y que la tierra es la que se mueve al rededor de él. Ademas, que el cristianismo no es hoy lo que era en otros tiempos; los contínuos ataques que esta religion ha sufrido de parte de los *herejes*, prueba que jamas ha podido haber armonía entre los partidarios de un sistema divino vicioso en sus principios; cuando menos, algunas partes de este sistema divino han desagradado á los mismos que admitian lo demas. Si los incrédulos han atacado con frecuencia la religion sin utilidad, ha sido porque las razones mas convincentes llegan á ser escusadas contra la ciega supersticion, apoyada por la autoridad pública, ó porque chocaban contra el torrente de la opinion y de la costumbre que arrastra los hombres. Respecto de las persecuciones que la Iglesia ha esperimentado de parte de los *paganos*, se deja conocer por ella los efectos de fanatismo y encaprichamiento religioso, y que la tirania jamas ha sido propia, sino para escitar y estender aquello que ha querido mandar ó prohibir.

Tú no has nacido para dejarte llevar de nombres y de autoridades. Te molestarán con infinitos testimonios de muchos sábios ilustres, que no solamente han admitido la religion cristiana, sino que tambien han sido celosos defensores de ella. Te hablarán de santos *doctores*, de grandes *filósofos*, de estraordinarios *razonadores*, de *padres de la Iglesia*, de *sábios intérpretes* que sucesivamente han sostenido el sistema religioso. Yo no trato de poner ahora en duda su instruccion, sin embargo de que muchas veces dan pruebas de no tenerla; solo me contentaré con repetirte, que frecuentemente los mayores ingénios ven con tan poca claridad como el pueblo mismo en materia de religion; que no han examinado las opiniones que enseñan, sea porque las han mirado como sagradas, ó sea porque jamas han subido hasta sus principios, que hubiera hallado ruinosos, si los hubiesen considerado sin prevencion, ó sea, en fin, porque han tenido interés en defender una causa de la que dependia su bienestar. Así su testimonio es irrecusable, y su autoridad no debe ser de gran peso.

Respecto de los *intérpretes* y *comentadores*, que hace tantos siglos están trabajando sin descansar en aclarar las leyes divinas, esplicar los libros sagrados de los cristianos, y fijar los dogmas de la fé, sus mismas tareas deben hacernos sospechosa la religion que se funda sobre estos libros, y que predica tales dogmas: ellos

nos prueban que obras emanadas de la sabiduria increada son oscuras, ininteligibles, y que tienen necesidad de los socorros humanos para ser entendidos de aquellos á quienes la divinidad se dignase manifestar su voluntad. Las leyes de un Dios sábio, deben ser sencillas y claras: solamente las leyes defectuosas tienen necesidad de ser interpretadas.

Asi, amiga mia, no es á estos intérpretes á quienes debes recurrir, sino a tí misma y á tu razon á quienes debes consultar. Se trata de tu felicidad y de tu reposo, y estos objetos son demasiado sérios para dejar á otros el derecho de decidir sobre ellos. Si la religion es tan importante como se asegura, merece sin duda la mayor atencion. Si esta religion debe influir sobre la felicidad de los hombres en este y el otro mundo, no hay ningun negocio que nos interese tan vivamente, ni que pida por consiguiente un exámen mas reflexionado. ¿Hay alguna cosa mas estraña que la conducta que tienen la mayor parte de los hombres? Intimamente convencidos de la necesidad de la religion y de su importancia, jamas se toman el trabajo de examinarla atentamente; la siguen por costumbre; jamas se dan razon de sus dogmas; la reverencian y se someten á ella, y gimen bajo de su peso sin preguntar ni saber por qué: en fin, se refieren á otros para examinarla, y aquellos á cuyo juicio y opinion se entregan, son precisamente las personas de

quien mas deberian desconfiar: son los sacerdotes que están en posesion de juzgar exclusivamente y sin apelacion de un sistema inventado solo para su utilidad. Pero ¿qué nos dicen estos sacerdotes? Visiblemente interesados en mantener las opiniones recibidas, nos las manifiestan como *necesarias* al bien público, como *útiles y consoladoras* para cada uno de nosotros, como *unidas* intimamente á la moral como *indispensables* á la sociedad, y últimamente como la cosa de mayor importancia, Despues de habernos imbuido en estas ideas, inmediatamente nos prohiben su exámen, siendo tan importante y necesario para nosotros. ¿Que debemos pensar de semejante conducta? Sin duda ninguna que decidirás que se nos quiera engañar; que se teme su exámen porque la religion no tendria medios para sostenerlo, y que se teme á la razon, que podria levantando el velo, manifestar los mas funestos proyectos del sacerdócio contra el género humano.

Por tanto, amiga mia, no puedo dejar de repetirlo muchas veces, que hagas uso de tus propias luces; que busques la verdad en la sinceridad de tu corazon; que impongas silencio á la preocupacion; que desprecies la costumbre y que desconfies de la imaginacion; entónces, de buena fé contigo misma, pesarás en una balanza fiel las opiniones de la religion, y cualquiera que sea su orígen, tú no quedarás pacífica sino con lo que sea capaz de convencer tu espí-

ritu, de satisfacer tu corazon, y lo que sea igualmente conforme con la sana moral y aprobado por la virtud. Tú mirarás con desprecio lo que no sea conforme con tu razon: echarás de tí con horror las nociones criminales y nocivas á la moral, y que la religion hace los mayores esfuerzos en hacerlas pasar por virtudes sobrenaturales y divinas.

¿Qué digo yo, amable y sábia Eugenia? Examina con el mayor cuidado las ideas que voy á presentarte: que tu confianza en mí, que tu prevencion hácia mis débiles conocimientos no te ciegue sobre mis opiniones: yo las someto á tu juicio: dispútalas, combátelas y no te rindas jamas, sino cuando veas en ellas la verdad. Mis sentimientos no son ni oráculos divinos, ni opiniones teológicas, de las que no se puede apelar: si digo la verdad, adopta mis ideas; si me engaño, manifiéstame mis errores, que yo estoy pronto á reconocerlos y condenarlos. Me seria la cosa mas agradable aprender de tí verdades que hasta aquí he buscado, pero en vano, en los escritos de nuestros doctores. Si al presente tengo alguna ventaja sobre tí, no se puede atribuir á otra causa que la tranquilidad que gozo, y que por desgracia tú careces de ella por ahora.

Las penas de espíritu, las inquietudes, los accesos de devocion con que tu alma está trastornada, te impiden en este instante ver las cosas á sangre fria y hacer uso de tus propias lu-

ces; pero no dudo que bien presto tu alma, apoyada con la razon contra vanas quimeras, vuelva á tomar su vigor natural y la superioridad que le pertenece. Esperando este momento que preveo y que deseo, yo me tendré por muy feliz, si mis reflexiones contribuyen á volverte la tranquilidad de espíritu, tan precisa para juzgar las cosas sanamente, y sin la que no hay felicidad.

Yo conozco, aunque tarde, lo mucho que me hé dilatado en esta carta; y espero, amiga mia, que lo disimules, igualmente que mi franqueza: lo uno y lo otro te harán conocer á lo ménos el vivo interés que tomo en tu penosa situacion; el verdadero deseo que me anima de que tenga fin, y la extraordinaria pasion de volverte á ver en tu serenidad acostumbrada. No era necesario ménos que estos poderosos motivos para hacerme tomar la pluma: era preciso que tu me lo mandases para verme en la necesidad de hablarte de objetos, que una vez bien examinados, no deben ocupar mas un buen talento. Yo me habia impuesto la ley de no hablar jamas sobre la religion: la esperiencia me ha enseñado que generalmente la mas inútil de las empresas, es querer desengañar á los hombres imbuidos en ella: yo estaba muy ajeno de creer que jamas hubiera tenido que escribir sobre esta materia; pero tú sola eres capaz de vencer mi indolencia y obligarme á mudar de resolucion. Eugénia, afligida, atormentada de escrú-

pulos y dispuesta á entregarse á una devocion incómoda para los demas, sin hacerla á ella mas feliz, me honra con su confianza y me pide consejo, y exije que se lo dé: ea, pues, me hé dicho yo: escribamos para Eugénia: procuremos volverle la tranquilidad que ha perdido: trabajemos con calor por aquella de cuya felicidad depende la de tantas otras personas.

Estos son los motivos que me han decidido á tomar la pluma en la mano por algun tiempo. Esperando que quedarás desengañada, me lisonjeo á lo menos que no mirarás con los mismos ojos que los sacerdotes y los devotos quieren que se mire á todos aquellos que se atreven á contradecir sus ideas. Si se les hubiera de creer, todo hombre, dicen, que se declara contra la religion, es un mal ciudadano, es un frenético armado para justificar sus pasiones, un perturbador del reposo público, un enemigo de sus conciudadanos á quien no se podria castigar como merecia. Mi conducta ya la conoces; y la confianza que haces de mí, es mi mayor apología: para tí sola escribo; es para disipar las nubes que turban tu alma, que yo te manifiesto las reflexiones que, sin motivos tan poderosos, hubiera para siempre guardado en mi corazon. Si la casualidad les hiciese caer en otras manos que las tuyas, y les fuesen de alguna utilidad, yo me daré la enhorabuena por haber contribuido á hacer felices, volviendo á la razon espiritus estraviados, haciendo conocer la verdad y

festando en toda su luz á los impostores que hacen la desgracia de tantos sobre la tierra.

En una palabra, yo someto mis razones á tus luces; yo hago entera confianza de tu discrecion, y espero que mis ideas, despues de haberte asegurado contra los vanos terrores, á los que en la actualidad te veo entregada. te convencerán plenamente que la religion que se manifiesta á los hombres como la cosa de mas importancia, mas verdadera, mas interesante y mas útil, no es sino un tejido de absurdos, propios solo para confundir las ideas y turbar los espíritus, y por consecuencia útil solamente para aquellos que hacen uso de ella para dominar el género humano. Ultimamente, si yo no me engaño, probaré del modo mas claro que la religion es falsa, inútil, peligrosa, y que la moral solamente es digna de ocupar los entendimientos y consolar las almas.

Yo entraré en materia en mi primera carta subiré á los principios, y me lisongeo de que hé de probar en esta corrrespondencia, que los objetos que la teología se esfuerza en embrollar y rodear de tinieblas para hacerlos mas respetables y mas sagrados, son, no solamente capaces de tu comprension é inteligencia, sino que están al alcance de todo el que tenga sentido comun. Si mi franqueza te parece exesiva, cúlpate á tí misma: me ha sido necesario hablarte con claridad: yo he creido que debia oponer un remedio activo y violento á la enfermedad de

que te veo atacada. Por último espero que ántes de poco tiempo me has de dar las gracias por haberte manifestado la verdad con la mayor claridad, y que me perdonarás por haber disipado las fantasmas incómodas que apestaban tu razon: mis esfuerzos para volverte la paz, te harán conocer á lo menos el interés que como en tu felicidad, mi celo por servirte, &, &.

CARTA SEGUNDA.

Toda religion es un sistema de opiniones y de conducta, fundados sobre nociones verdaderas ó falsas que tenemos acerca de la divinidad. Para juzgar de la verdad de un sistema, es necesario examinar sus principios, ver si están de acuerdo unos con otros, y asegurarse si todas sus partes se corresponden mútuamente. Una religion para ser *verdadera* debe darnos de Dios ideas *verdaderas*: solamente con el socorro de nuestra razon, podemos juzgar si las que la teología nos dá de este ser y sus atributos son tales. La verdad no es para el hombre si no la conformidad con la razon, y es esta razon la que se quiere proscribir, por la que únicamente podemos juzgar de las verdades que la religion nos propone. El verdadero Dios no puede ser sino el Dios mas conforme con nuestra razon; el verdadero culto no puede ser si no el que la razon aprueba.

La religion no es importante, si no en virtud de las ventajas que proporciona á los hombres: la mejor de todas seria la que ofreciese al hombre bienes mas verdaderos, mas grandes y de mas duracion. Una religion falsa no puede ofrecer á los que la practican, sino bienes falsos, quiméricos y momentáneos: á la razon toca conocer y juzgar, si las ventajas que proporciona son verdaderas ó falsas. Pertenece igualmente á la razon decidir si una religion, un culto, un sistema de conducta son útiles ó perjudiciales al género humano.

Bajo de estos principios incontestables, voy á examinar la religion de los cristianos, y daré principio por analizar las ideas que nos dá de la divinidad, que se gloría de hacérnosla conocer de un modo mas perfecto que todas las otras religiones del mundo. Examinaré si estas ideas están de acuerdo unas con otras; si los dogmas que enseña son verdaderamente conformes con estas ideas fundamentales y pueden conciliarse entre si; si la conducta que ordena, corresponde á las nociones que nos dá de la divinidad. En fin, concluiré este exámen con el de las ventajas que ésta religion proporciona al género humano, ventajas que, segun sus sectarios, sobrepujan infinito á todas las que resultan de las demas religiones de la tierra.

La religion cristiana admite por fundamento de su creencia, un Dios único, que nos lo de-

fine un puro espíritu, una inteligencia eterna, independiente é inmutable, que lo puede todo, que todo lo sabe, que todo lo preveé, que todo lo llena, que há criado el mundo de la nada con todo lo que en él se contiene, que lo conserva y lo gobierna segun las leyes de su sabiduria, de su bondad, de su justicia, de sus perfecciones infinitas que resplandecen en todas sus obras.

Tales son las ideas que el cristianismo nos dá de la divinidad. Veamos ahora si están de acuerdo con las demas nociones que nos presenta este sistema religioso, que pretende haber sido revelado por Dios mismo; que es decir, que solo á él le há revelado las verdades que ha ocultado al resto del género humano. para quien su esencia há quedado oculta. Así, que la religion cristiana, está fundada sobre una revelacion particular ¿Y á quien se ha hecho esta revelacion? Por la primera vez á Abrahan, despues á su posteridad. ¡El Dios del universo, el padre de todos hombres no há querido darse á conocer,sino á los descendientes de un caldeo, que por millares de años han tenido la posesion esclusiva del conocimiento del verdadero Dios! Por un efecto de su bondad especial, solo el pueblo judio há gozado por tanto tiempo el conocimiento igualmente necesario á todos los hombres. No hubo si no este pueblo que supiese quien era este ser supremo: todas las naciones estaban en tinieblas, ó no tienen

sino ideas informes, ridículas y criminales del Soberano de la naturaleza.

Asi vemos el primer paso, que el cristianismo aniquila á la bondod y justicia de su Dios. Una revelacion particular anúncia un Dios parcial que favorece á algunos de sus hijos, y perjudica à todos los demas; que no consulta sino su capricho, y no el mérito real; que, incapaz de hacer la felicidad de todos los hombres, no manifiesta su ternura, sino á algunos individuos que no tienen otros títulos que los demás para agradarle. ¿Que dirias tú de un padre, que puesto á la cabeza de una numerosa familia, no cuidase mas que de uno solo de sus hijos, ni se dejase ver tampoco si no de este solo, y sin embargo se quejase de los demas, porque no tenian idea de su fisonomia, cuando él jamas les habia consentido acercarse á su persona? ¿No acusarias tú á semejante padre caprichoso, de cruel, de irracional y de loco, si hiciese experimentar su cólera á aquellos hijos que él mismo habia escluido de su presencia? ¿No le reprenderias de una injusticia de que solamente pueden ser capaces los séres mas insensatos de nuestra especie, si los castigase por no haber ejecutado órdenes que no les habia impuesto?

Concluye, pues, conmigo amiga mia, que toda revelacion particular supone, no un Dios bueno, imparcial y equitativo, sino un tirano, injusto y estravagante, que si mani-

fiesta bondad y preferencia hácia alguna de sus criaturas, es tambien muy cruel para todas las demás. Esto supuesto, la revelacion no prueba la bondad, sino el capricho y parcialidad de Dios, que la religion nos enseña ser todo sabiduria, bondad y equidad, y que no le representa como el padre comun de todos los habitantes de la tierra. Si el interés y el amor propio de aquellos que favorece, les hace admirar los fines profundos de Dios, porque los llena de beneficios en perjuicio de sus semejantes, él debe parecer por lo mismo muy injusto á todos los que son víctimas de su parcialidad. Solamente el orgullo de algunos hombres podia haberles hecho creer que ellos solos, con esclusion de los demás, eran los hijos predilectos de la divinidad: ciegos con su loca vanidad, no han conocido que era desmentir la bondad universal é infinita de Dios, el suponer que podia amar con preferencia á algunos hombres ó algunas naciones: todas deben ser iguales á sus ojos, si es cierto que todos son obra de sus manos.

Sin embargo todas las religiones están fundadas sobre revelaciones particulares. De la misma manera que cada hombre tiene la vanidad de considerarse la criatura mas importante del universo, así tambien cada nacion está persuadida que debe gozar esclusivamente de la ternura del soberano de la naturaleza. Si los indios viven persuadidos que solo á ellos há hablado Brahgma, los indios y los cristianos

creen que solamente para ellos fué creado el mundo, y que solo á ellos se há manifestado Dios.

Pero, supongamos por un instante que Dios se haya realmente manifestado. ¿Cómo un puro espíritu ha podido hacerse visible? ¿Qué forma pudo tomar? ¿De que órganos materiales se pudo servir para hablar? ¿Cómo el ser infinito ha podido comunicarse á seres finitos? Se responderá que para acomodarse á la debilidad de sus criaturas, se ha servido de algunos hombres elegidos para anunciar su voluntad á los demas, que los ha llenado de su gracia y que ha hablado por su boca. Pero ¿cómo es posible concebir que un ser infinito haya podido unirse con la naturaleza finita del hombre? ¿Qué seguridad tendré yo para creer que aquel que se dice inspirado de la divinidad, no venda sus sueños y sus imposturas por oráculos del cielo? ¿Qué medios hay para conocer si es verdad que es Dios quien habla por su boca? Se me responderá inmediatamente, que Dios, para dar peso á las palabras de aquellos que há elegido por sus intérpretes, les há comunicado una porcion de su poder, con cuya virtud han hecho milagros que prueban su mision divina.

Pero yo pregunto: ¿Qué es un milagro? Se me responderá, que es una operacion contraria á las leyes de la naturaleza, fijadas por el mismo Dios: á lo que replico, que segun las ideas que tengo de la sabiduria divina, me pa-

rece imposible que un Dios inmutable pueda nunca variar las leyes sábias que él mismo há establecido; de lo que infiero que los milagros son imposibles, en atencion á que son incompatibles con las ideas que tengo de la sabiduría é inmutabilidad del Dios del universo. Ademas de que, ¿á qué venia el que Dios hiciese milagros? Si es todopoderoso, no puede modificar á su gusto los espíritus de sus criaturas? Para convencerlas y persuadirlas no tiene necesidad, sino de querer que sean convencidas y persuadidas; no tiene sino decirles cosas claras, sensibles y demostradas, y se rendirán á la evidencia: para esto no tendrá necesidad, ni de milagros, ni de intérpretes; la verdad basta por sí sola para convencer á los hombres.

Pero, aun suponiendo la utilidad y posibilidad de los milagros, ¿cómo podré tener seguridad si la operacion maravillosa que veo hacer al intérprete de la divinidad es conforme ó contraria á las leyes de la naturaleza? ¿Estoy yo al alcance de todas estas leyes? Aquel que me habla en nombre de Dios, ¿no podria ejecutar por medios naturales, pero para mí desconocidos, obras que me parecen enteramente extraordinarias? ¿Qué seguridad podré tener de si me engaña ó nó? La ignorancia que yo tengo de sus secretos y de los recursos de su arte, ¿no me esponen á ser engañado por un impostor astuto que habrá podido tomar el nombre de Dios, para inspirarme respeto y alucinarme?

Así, sus pretendidos milagros deben serme muy sospechosos, aun cuando yo fuese testigo de ellos. ¿Qué será si estos milagros se han hecho millares de años ántes que yo viniese al mundo? Se me dirá que están confirmados con el testimonio de multitud de testigos; pero si yo desconfio de mí cuando se trata de un milagro, ¿tendré mas confianza en los demas, que podian ser ó mas ignorantes, ó mas estúpidos que yo, ó que acaso tendrian interés en confirmar con su testimonio hechos destituidos de realidad y de verdad?

Sin embargo, si admíto los milagros, ¿qué pueden ellos probarme? Me harán creer que Dios se ha servido de todo su poder para convencerme de cosas diametralmente opuestas á las ideas que debo formar de su esencia, de su naturaleza y de sus cualidades divinas. Si estoy persuadido que Dios es inmutable, un milagro no me hará creer que está sujeto á mudanza: si estoy convencido de que Dios es justo y bueno, un milagro jamás me hará pensar que puede ser injusto y malo: si estoy penetrado de la idea de la sabiduría, todos los milagros del mundo no me persuadirán que Dios sea capaz de hablar ú obrar como inconsecuente. ¿Acaso se dirá que la divinidad consiente los milagros para destruirse á sí misma, ó que son propios para aniquilar en el espíritu de los hombres las ideas que deben tener de sus perfecciones infinitas? Esto es lo que sucederia si Dios hiciese ó diese

poder de hacer milagros en favor de una revelacion particular: él trastornaria el curso de la naturaleza para enseñar al universo que es caprichoso, parcial, injusto y cruel; pondria en práctica todo su poder, con el objeto de hacer ver que es falto de bondad para la mayor parte de sus criaturas; haria una vana ostentacion de su poder, para ocultar la imposibilidad en que se halla de convencer á los hombres por un solo acto de su bondad; en fin trastornaria las leyes eternas é inmutables de la naturaleza para manifestar que él mismo puede mudarse, y para anunciar al género humano novedades importantes de las que á pesar de su bondad le habia privado por tanto tiempo.

Así, bajo cualquier punto de vista que se mire la revelacion, y de cualesquiera milagros que se la suponga apoyada, siempre será contraria á las ideas que se nos dá de la divinidad. Ella nos haria ver que es injusta, que obra de un modo arbitrario, que no consulta sino su capricho en la distribucion de sus favores, que puede mudar de conducta, que no ha podido persuadir de una vez á todos los hombres de los conocimientos que les eran necesarios, ni llevarlos á su mayor perfeccion. De lo que puedes inferir, amiga mia, que la suposicion de una revelacion jamás podrá acordarse, ni con la bondad infinita, ní con el poder infinito, ni con la inmutabilidad del soberano del universo.

Te se dirá que el Criador de todas las cosas,

que el monarca independiente de la naturaleza, es señor y árbitro para conceder sus favores á quien le parezca, que nada debe á sus criaturas, que puede disponer de ellas como mas le acomode, sin injusticia y sin que nadie tenga motivo de quejarse; que el hombre es incapaz de sondear lo oculto de sus derechos, y su justicia no es como la justicia de los hombres. Pero todas estas palabras que nuestros teólogos tienen continuamente en la boca, no sirven sino para destruir mas y mas las grandes ideas que nos dán de la divinidad. En efecto resultaria que Dios se gobernaba por las máximas de un soberano fantástico que, satisfecho con hacer la felicidad de algunos favoritos, creeria tener derecho de abandonar el resto de sus súbditos, y dejarlos gemir en la mas horrorosa miseria. Amiga mia, tú conocerás que sobre un modelo semejante no se puede formar un Dios poderoso equitativo, bienhechor, que con todo su poder debe procurar la felicidad de todos sus súbditos, sin temer jamás que se agoten los tesoros de su bondad.

Si se nos dice que la justicia divina no es semejante á la de los hombres, yo responderé que en este caso nosotros no estamos autorizados para calificar á Dios de *justo*, en la suposicion de que por justicia no es imposible concebir otra cosa que una calidad semejante á la que nosotros llamamos *justicia* en los seres de nuestra especie. Si la justicia divina no tiene ningu-

na semejanza con la justicia humana, si esta justicia por el contrario, se parece á la que nosotros llamamos *injusticia*, entónces todas nuestras ideas se confunden, y no sabemos ni lo que entendemos ni lo que decimos, cuando aseguramos que Dios es *justo*. Segun las ideas humanas (que son las únicas que pueden tener los hombres), la justicia escluirá siempre el capricho y la parcialidad, y jamás podremos dejar de mirar como inícuo y vicioso el soberano que, queriendo y pudiendo hacer la felicidad de todos sus súbditos, dejase el mayor número en la desgracia, y reservase sus beneficios para aquellos á quienes su capricho hubiese preferido á todos los demás.

Respecto de lo que se nos dice que Dios no debe nada á las criaturas, este principio atroz es destructor de toda idea de justicia y de bondad, y directamente se encamina á echar por tierra los fundamentos de toda religion. Un Dios bueno y justo debe hacer felices á todos los seres que ha criado; y dejaría de ser bueno y justo si los hubiera formado solamente para hacerlos desgraciados; sería nécio é irracional si les diese la vida nada mas que para que fuesen víctimas de su capricho. ¿Qué idea se podria formar de un padre que solamente desease hijos para tener el placer de sacarles los ojos y atormentarlos á su gusto?

Ademas, toda religion está fundada sobre las obligaciones recíprocas que se suponen entre

Dios y sus criaturas. Si Dios no les debe nada á éstas, si no está obligado á llenar sus obligaciones con ellas cuando ellas cumplan las suyas, ¿para qué sirve la religion? ¿Qué motivos tendrán los hombres para ofrecer á la divinidad sus homenajes y su culto? ¿Se desearía con mucha ánsia amar ó servir á un amo que se creyese dispensado de todo reconocimiento hácia aquellos que están en su servicio en vista del salario que les hubiera prometido?

Es muy fácil conocer que las ideas destructoras que se nos dan de la justicia divina, no están fundadas sino sobre la fatal preocupacion que persuade á la mayor parte de los hombres, que un gran poder debe dispensar necesariamente á aquel que le tiene de las leyes de la equidad, que la fuerza puede dar el derecho de hacer mal, y que nadie lo tiene de pedir cuenta de sus acciones á un hombre tan poderoso que puede hacer lo que se le antoje. Se vé claramente que estas nociones se han tomado de la conducta de los tiranos, que desde que se hallan con un poder ilimitado, no conocen otras reglas que sus propios caprichos, y llegan á pensar que las leyes de lo justo no les comprenden.

Este es el horroroso modelo sobre que nuestros teólogos han formado el Dios, que sin embargo aseguran que es justo, cuando si la conducta que se le atribuye fuese verdadera, nos veríamos en la necesidad de mirarlo como el mas injusto

de los tiranos, como el mas parcial de los padres, como el príncipe mas fantástico, y en una palabra, como el ser mas temible y menos digno de amor que nuestro espíritu puede formarse. Se nos dice que el Dios que ha criado todos los hombres, no há querido dejarse conocer, sino por un número muy corto de ellos, que mientras tanto que este corto número goza esclusivamente de sus bondades, todos los demas son los objetos de su cólera, y que no los há criado sino para dejarlos en el error y ceguedad, con el objeto de castigarlos del modo mas cruel. Nosotros vemos que estas nociones funestas de la divinidad, son contra la economía de la religion cristiana: las hallamos en los libros que se dicen revelados; las hallamos en los dogmas de la predestinacion y de la gracia. En una palabra, todo en la religion nos anuncia un Dios despótico, á quien en vano se quiere representar como justo, cuando todo lo que de él se nos habla, no prueba sino sus injusticias, sus caprichos tiránicos, sus fantasías, por lo regular crueles, y su funesta parcialidad por el mayor número de los hombres. Cuando clamamos sobre su conducta, desordenada en sentir de todo hombre racional, se crée que se nos satisface diciendo, que Dios es todopoderoso, que es señor de sus beneficios, que á nadie debe nada, nosotros somos unos gusanos de la tierra, y no tenemos derecho para criticar sus acciones; y se concluye intimidándonos con cas-

tigos horrorosos é inícuos, que tiene preparados para los que tengan el atrevimiento de censurar sus decretos.

Es muy fácil conocer la debilidad de estas razones. El poder, lo vuelvo á decir, jamas puede conferir el derecho de violar la equidad; un soberano, por mas poderoso que sea, no será menos reprensible cuando no sigue sino su antojo en recompensar ó castigar. Es cierto que se le temerá, se le adulará y se le harán homenajes serviles; pero jamas se le podrá amar con sinceridad, servirle con ternura, ni mirarle como un modelo de justicia y de bondad: si á los que han recibido sus beneficios les parece equitativo y bueno, los que no han experimentado sino sus caprichos y su dureza, no podrán menos de aborrecer y detestar en el fondo de su corazon sus horrorosas iniquidades. Si se nos dice que somos gusanos de la tierra con relacion á Dios, ó que no somos en sus mànos sino como un puchero en las del alfarero, en este caso yo diré que no puede haber ni relaciones ni obligaciones morales entre la criatura y su Criador; y concluiré que la religion es inútil, visto que el gusano de la tierra nada debe al hombre que lo pisa, y que el vaso nada puede deber al alfarero que lo ha formado; y suponiendo que el hombre no es sino un gusano ó un vaso de tierra á los ojos de la divinidad, no será capaz ni de servirla, ni de glorificarla, ni de honrarla, ni de ofenderla. Sin em-

bargo, se nos está diciendo contínuamente, que el hombre puede merecer ó desmerecer para con su Dios; que debe amarlo, servirlo; darle culto y adoracion. Se nos asegura tambien que la divinidad tuvo al hombre siempre presente en todo lo que hizo, que solamente para el hombre há criado el universo, que solamente por su utilidad há trastornado muchas veces el órden de la naturaleza, y que solo para ser honrado, querido y glorificado por el hombre, este mismo Dios se le há revelado. En fin, siguiendo los principios de la religion de los cristianos, Dios no deja al hombre de la mano ni un solo instante, á este gusano, á este vaso de tierra que ha formado: aun mas, este hombre tiene bastante poder para influir en el humor, en la felicidad y en la gloria de su Dios: está en su mano contentarlo ó enfadarlo, merecer su gracia ó su ódio, agradarlo ó enojarlo, aplacarlo ó irritarlo.

¿Conoces tú, amiga mia, las contradicciones chocantes de todos estos principios, que sin embargo sirven de fundamento á todas las religiones? En efecto, no hay una que no se haya establecido sobre la influencia recíproca de Dios con el hombre, y del hombre con la divinidad: nuestra especie, que tanto se la deprime y se aniquila, por decirlo así, siempre que se trata de poner á salvo la divididad de los dictados de justa y parcial; estas criaturas miserables á quienes se dice que Dios nada de-

be, y de quienes se asegura que no tiene ninguna necesidad para su dicha; la especie humana, que nada es á sus ojos, se vé á primera vista hacer el mayor papel en la naturaleza; ella es precisa para la gloria de su Criador; es el único objeto de todos sus cuidados; él puede alegrarlo ó aflijirlo, merecer sus favores ó provocar su cólera. Segun estas nociones contradictorias, el Dios del universo, el orígen de toda felicidad, ¿no es en realidad el mas desgraciado de todos los séres? Nosotros lo vemos perpétuamente espuesto á los insultos de los hombres que le ofenden con sus pensamientos, palabras, acciones, y aun con sus omisiones: que lo incomodan é irritan con los caprichos de su voluntad, con sus pasiones, con sus deseos y aun con su misma ignorancia. Si admitimos los principios del cristianismo, que suponen que la mayor parte del género humano escita la cólera del Eterno, y que hay muy pocos hombres que vivan segun sus deseos, resultará necesariamente que de la inmensa multitud de seres que Dios ha criado para su gloria, no hay sino muy pocos que le alaben y le complazcan, y que todos los demas no hacen otra cosa que incomodarlo, escitar su cólera, turbar su felicidad, trastornar el órden que desea, frustrar sus ideas y obligarle á variar sus disposiciones inmutables.

Sin duda que te sorprenderán las contradicciones que desde los primeros pasos se encuentran en el exámen de la religion, y yo me atre-

vo á pronosticar que tus dudas se aumentarán cuanto mas adelante sigas en él. Si examinas con detencion las ideas que nos presenta la revelacion comun á los judios y cristianos que se contiene en los libros que llaman *sagrados*, advertirás que la divinidad que habla, está siempre en contradiccion consigo misma; que se destruye á sí misma; que perpétuamente está ocupada en deshacer lo que ha hecho y en reparar su propia obra, á lo que no pudo, cuando la hizo, darle el grado de perfeccion que quiso encontrar en ella. Dios jamás está contento con sus obras, y no puede, á pesar de todo su poder, llevar el género humano al punto que desea. Los libros que contienen la revelacion, sobre la que está fundado el cristianismo, te manifestarán por todas partes un Dios bueno, que comete maldades; un Dios todopoderoso, cuyos proyectos se trastornan continuamente; un Dios inmutable, que varia á cada instante de conducta y de opiniones; un Dios previsor, que muchas veces le cogen las cosas de nuevo; un Dios sábio, cuyas medidas jamás le salen bien; un Dios grande, que no se ocupa sino en pequeñeces y puerilidades; un Dios que no necesita de nadie, y sin embargo es celoso; un Dios fuerte, que es tímido, vengativo y cruel; un Dios justo, que comete ó manda cometer las atrocidades mas horrendas; y últimamente, un Dios perfecto que muestra imperfecciones y

vicios capaces de avergonzarse de ellos los hombres mas perversos.

Hé aquí, amiga mia, el Dios que la religion te manda adorar *en espíritu y en verdcd.* Yo te dejo para otra carta el análisis de los libros santos que te obligan á mirar como oráculos del Cielo. Yo echo de ver que por la primera vez acaso me habré alargado demasiado; pero no dudo que desde ahora habrás conocido ya que un sistema fundado sobre bases tan superficiales, como es el de un Dios que se levanta con una mano para arruinarlo con la otra, no puede tener nāda de cierto, y solo puede mirarse como un largo tejido de errores y contradicciones.—Soy tu, etc.

CARTA TERCERA.

Amiga mia: en mi carta anterior has visto las ideas incompatibles y contradictorias que la religion nos da de la divinidad, y habrás conocido que la revelacion que se nos muestra como un efecto de su bondad y ternura hácia el género humano, no es en realidad sino una prueba de injusticia y parcialidad, de que un Dios infinitamente justo y bueno no deberia ser incapaz. Examinemos ahora si las ideas que nos ofrecen los libros en donde se hallan los oráculos divinos, son mas racionales, mas consiguientes y mas conformes á las perfecciones divinas. Veamos si los hechos que nos refiere

la Bíblia, si las reglas que prescribe en nombre del mismo Dios, son verdaderamente dignas de este Dios y llevan los caracteres de bondad, de poder, de sabiduria y de justicia infinita.

Estos libros revelados suben al orígen del mundo. Moises, el confidente, el intérprete, é historiador de la divinidad, nos dá, por decirlo asi, los testimonios de la formacion del universo: nos dice que el Eterno, fastidiado de su inaccion, le ocurrió un dia crear el mundo que hacia falta para su gloria, y con este fin hizo la materia de la nada: un puro espíritu produce una sustancia que ninguna relacion tiene con él: aunque este Dios lo llena todo con su inmensidad, encuentra, no obstante, medio de poner en ella el universo y todos los cuerpos materiales que en él se encierran: á lo menos estas son las ideas que nuestros teólogos quieren que se tengan de la creacion, si es posible tener ideas netas, y consebir cómo un puro espíritu puede conducir la materia. Pero esta discusion me conduciria á investigaciones metafísicas que yo procuraré evitar. Bastará decirte que puedes y debes consolarte de no comprender nada de ellas, pues que los pensadores mas profundos que te hablan de la creacion ó de la educcion del mundo, del seno de la nada, no tienen ideas mas claras que las que tú misma puedes formar. Por poco trabajo que te tomes en meditar sobre ellas, hallarás que nuestros teólogos, casi siempre, en lugar de

esplicar las cosas, no han hecho sino inventar palabras propias á oscurecerlas mas y confundir todas las ideas naturales.

Yo no te molestaré con el pormenor fastidioso de las tonterias y equivocaciones de que está llena la narracion de Moisés, que nos anuncia como dictada por la divinidad; si se lee con atencion, se encontrarán en ella á cada paso errores de física y astronomía, inperdonables á un autor inspirado, y que parecerian muy ridículas en un hombre que hubiese estudiado ó contemplado la naturaleza muy ligeramente. Tú hallarás, por ejemplo, criada la luz ántes que el sol, cuando positivamente se sabe que este astro es el oríjen de la luz para nuestro globo; hallarás establecida la tarde y la mañana, ántes de la formacion de este mismo sol, con cuya presencia se forma el dia y la noche con su ausencia, y que por sus diferentes aspectos se constituyen la noche y la mañana: encontrarás que hace la luna un cuerpo opaco que toma su luz de aquel. Estos errores tan groseros bastan para que conozcas que la divinidad que se ha revelado á Moisés, no sabia palabra sobre la naturaleza que habia sacado de la nada, y que tú estás mas instruida en estos conocimientos, que lo estaba en otros tiempos el criador del mundo.

Yo no ignoro que nuestros teólogos tienen una respuesta muy pronta para todas estas dificultades que parecen atacar la ciencia divina,

y que ponen sus conocimientos muy inferiores á los de Galileo, Descartes, Newton, y aun de los de aquellos jóvenes que apénas han estudiado los primeros elementos de física. Nos dirán que para hacerse entender de los judios, salvajes y groseros, se ha conformado con sus ideas informes y con el lenguaje falso y poco correcto del vulgo. Esta solucion, que parece triunfante á nuestros doctores, y que se sirven de ella con tanta frecuencia cuando se trata de justificar la Bíblia de ignorancia y de las espresiones vulgares de que usa, deben sernos de poca consideracion. Yo les replicaria, que un Dios que lo sabe todo, y que lo puede todo, hubiera podido rectificar con una sola palabra las falsas ideas del pueblo á quien queria ilustrar y ponerlo al alcance de conocer la naturaleza de las cosas con mas perfeccion que lo han ejecutado los hombres mas instruidos que han venido despues. Si se quiere decir que la revelacion no se há hecho para hacer los hombres mas sábios, sino mas piadosos, yo respondo que la revelacion no se ha hecho para establecer ideas falsas; que seria indigno de Dios tomar el lenguaje de la mentira ó de la ignorancia; que la ciencia de la naturaleza, léjos de ser contra la piedad, no es, segun el dictámen de nuestros teólogos, sino mas apropósito para manifestar la grandeza de Dios: que la religion seria indestructible, si fuese conforme con la verdadera ciencia; que no se tendria que hacer objecio-

nes contra la relacion de Moisés y contra la física de la Sagrada Escritura, si todo lo que en ella se encuentra fuese siempre confirmado por la experiencia, la astronomía y las demostraciones de geometría. Sostener lo contrario y decir que Dios tiene gusto en confundir la ciencia de los hombres y en hacerla inútil, es pretender que se regocija en hacernos ignorantes y condena los progresos del espíritu humano, á quien sin embargo suponemos el autor de él. Afirmar que Dios se ha visto en la necesidad de conformarse en la escritura al lenguage de los hombres, es pretender que no ha querido dar mas luces á los que queria ilustrar, ó que no ha podido hacerles comprender el lenguage de la verdad. Esta es una observacion que es necesario no perderla de vista en el exámen de los libros revelados, en los que á cada pájina hallarémos que Dios se esplica de una manera indigna de la divinidad. Un Dios todopoderoso, en lugar de degradarse, en lugar de abatirse al hablar el lenguage de los ignorantes, ¿no podria iluminarlos hasta el punto de que entendiesen un lenguage mas verdadero, mas noble y mas conforme á las ideas que se nos dan de la divinidad? Un maestro hábil, vá poniendo poco á poco, á sus discípulos en disposicion de entender lo que les quiere enseñar: Dios debe estar en estado de infundir de una vez toda la ciencia que ha querido dar á los hombres.

Pero sea de esto lo que . quiera, siguiendo el Génesis, Dios, despues de haber criado el mundo, produce el hombre del limo de la tierra, y se nos asegura que lo hizo á *su imágen y semejanza.* ¿Pero cual es la imágen de Dios? ¿Cómo el hombre que es material, á lo menos en parte, puede representar un puro espíritu que escluye toda materia? ¿Cómo su alma tan imperfecta pudo formarse por el modelo de una alma perfecta, tal como debemos suponer la del Creador del universo? ¿Qué semejaza, qué proporciones, qué relaciones puede haber entre una alma finita y envuelta en un cuerpo, con el Criador, que es un espíritu infinito? Hé aquí sin duda dificultades tan grandes que hasta ahora han parecido difícil de resolver, y probablemente ocuparán mucho tiempo á todos los que se dediquen á entender el sentido incomprensible del libro por el que Dios ha querido instruirnos.

Pero ¿por qué ha hecho Dios el hombre? Porque quiso poblar el universo de seres inteligentes que le tributasen homenajes, que fuesen testigos de sus maravillas, que le glorificasen, que pudiesen meditar sus obras y merecer sus favores por la sumision á sus leyes. Ve aquí que el hombre llega á hacer necesario para la grandeza de suDios, que si el viviera sin gloria, no recibiera obsequios, que seria el triste soberano de un imperio sin súbditos, condicion

á que su vanidad no podria acomodarse. Me parece que es escusado advertirte cuán poco conformes son estas ideas con aquellas que se nos dan de un ser que se basta así mismo, y que sin el socorro de nadie es soberanamente feliz. Todos los rasgos bajo de los que la Bíblia nos presenta la divinidad, son siempre tomados del hombre ó de un monarca orgulloso, y encontraremos por todas partes, que en lugar de haber hecho Dios el hombre á su imágen y semejanza es siempre el hombre quien lo á hecho á la suya, que le ha atribuido su modo de pensar, sus virtudes y hasta sus propios vicios.

Pero en fin, ¿el hombre que la divinidad acaba de criar para su gloria, llenará fielmente las miras de su autor? ¿Este súbdito que acaba de adquirir, le será obediente? Dará el justo homenaje á su poder? Ejecutará lo que le mande? Nada de esto hace: apénas lo ha criado, cuando rebelde á las órdenes de su soberano, come del fruto prohibido que Dios le puso delante para tentarle, y por esto él con toda su posteridad incurren en la cólera divina: él deshace así de un golpe los grandes proyectos del todopoderoso que no habiendo hecho el hombre sino para su gloria, los ve destruidos por unas acciones que deberia haber previsto, y se halla obligado á mudar de sentimientos; llega á hacer su enemigo, lo condena con toda su descendencia, que aun no existia, á en-

fermedades sin número, calamidades crueles, á la muerte. mas ¡que digo! á suplicios que durarán despues de la muerte. Así el Dios que queria ser glorificado no lo es; y parece no haber criado al hombre si no pára que le ofendiese. con el objeto de castigarlo despues.

En esta relacion fundada sobre la Biblia, ¿reconoces tú un Dios todopoderoso, cuyas órdenes se han cumplido siempre y cuyos proyectos se han ejecutado necesariamente? En un Dios que tienta ó que permitió la tentacion. ¿ves tu un sér bienhechor y sincero? En un Dios que castiga al que ha tentado ó permitido tentar, echas de ver alguna equidad? En un Dios que estiende su venganza, aun sobre aquellos que todavia no han pecado, ¿adviertes alguna sombra de justicia? En un Dios que se irrita de lo que necesariamente ha debido suceder, ¿puedes tú suponer prevision? En suplícios rigurosos destinados á vengarse éste Dios de sus débiles criaturas en este mundo y en el otro, ¿puedes hallar la menor vislumbre de bondad?

Sin embargo. sobre esta historia, ó mas bien sobre esta fábula, está fundada la religion cristiana. Si Adan no hubiera quebrantado el precepto, el género humano no hubiera sido el objeto de la cólera divina, ni hubiera sido necesario el Redentor. Si Dios, que todo lo sabe, que todo lo prevée y que todo lo puede,

hubiese impedido ó previsto el pecado de A-dan, no hubiera sido preciso que este Dios hubiese echo morir á su propio hijo inocente para satisfacer la falta del primer hombre. Los hombres, para quienes habia criado el universo, hubieran sido siempre felices, y jamás hubieran incurrido en la desgracia de la divinidad que exijía sus homenajes. En una palabra, si Adan y Eva no hubiesen imprudentemente comido de la manzana vedada, el género humano no hubiera sufrido misérias, el hombre hubiera gozado sin intermision de la felicidad eterna que Dios le habia destinado, y los fines de la Providencia sobre sus criaturas no se hubieran frustrado.

Seria impertinente reflecionar sobre nociones tan extrañas y tan contrarias á la sabiduría, al poder y á la justicia divina: será bastante poner á la vista los objetos que la Bíbila nos presenta, para conocer sus inconsecuencias, absurdos y contradicciones. Nosotros vemos pintado en ella contínuamente un Dios sábio que se conduce como un insensato, que deshace su propia obra para repararla despues, que se arrepiente de lo que ha hecho, que obra como sin prevision, que se ve en la necesidad de permitir lo que con todo su poder no puede evitar. En las escrituras reveladas por este Dios, parece que no se ejercita en otra cosa que en difamarse, degradarse y envilecerse á los ojos de los hombres á quienes

desea escitar á que le den culto y homenaje y en trastornar ó confundir el espíritu á los que quiere ilustrar.

Lo dicho bastaria para desengañarnos de un libro que mas bien parece destruir la divinidad, que encerrar oráculos dictados ó revelados por ella misma: todo lo que puede resultar de principios tan irracionales y tan falsos, no pueden ser sino un monton de absurdos. Sin embargo, recorramos todavia los principales objetos que esta obra divina nos muestra á cada instante ó con tanta frecuencia. Pasemos, pues, al *diluvio*: los libros santos nos enseñan, que á pesar de la voluntad del todopoderoso, el género hnmano, ya castigado con enfermedades, accidentes y con la muerte, continúa entregado á la corrupcion de costumbres mas desordenada: Dios se irrita contra él, y se arrepiente de haber hecho al hombre, de quien sin duda no habia previsto sus iniquidades, y mas bien que mudar las malas disposiciones de su corrazon, que estaba en su mano ejecutarlo, quiere hacer el mas grande y mas imposible de los milagros, para anegar de una vez todos los habitantes de la tierra, á escepcion de algunos favoritos que destina para poblar el mundo, renovado con una familia elegida que se hará mas agradable á Dios. ¿Y el todopoderoso sale bien en este nuevo proyecto? No: la familia elegida y puesta en salvo de las aguas del diluvio sobre las

reliquias de la tierra destruida, empieza á ofender al Soberano de la naturaleza; se abandona á nuevos crímenes, se entrega á la idolatría, y olvidando los efectos tan recientes de la venganza celeste, no hizo sino provocarla con nuevos delitos. A fin de remediarlos, Dios elige por su favorito al idólatra Abraham, se manifiesta á él, y le manda que renuncie el culto de sus padres, y que abrace una relijion nueva: en recompensa de su alianza, el soberano de la naturaleza le ordena una ceremonia dolorosa, ridícula y estraña, la que un Dios sensato quiere recompensar con favores. En consecuencia de ella, la posteridad de este hombre elejido debe gozar para siempre de todo género de ventajas: será siempre el objeto de la ternura parcial del todopoderoso: será mas feliz que todas las demas naciones, á las que en adelante abandonará para entregarse al cuidado de esta sola. Estas promesas tan solemnes no impidieron que la familia de Abraham llegase á ser esclava de una nacion proscrita y detestada por el Eterno: sus queridos amigos sufren el trato mas duro de los egipcios; pero Dios, que no habia podido librarlos de la desgracia en que habian caído, les dá un libertador ó jefe que hace los milagros mas brillantes, á fin de sacarlos de su cautiverio. A la voz de Moisés, se trastorna toda la naturaleza; Dios, que se sirve de él para declarar su voluntad; Dios, que pue-

de criar el mundo y volverlo á la nada no puede humillar á Faraon; la obstinacion de este príncipe hace que por diez veces se frustre todo el poder divino, del que Moisés es depositario. Despues de haber intentado vanamente ablandar el corazon del monarca que Dios tenia gusto en petrificar, se vé en la necesidad de salvar su pueblo por los medios mas comunes; le dice á Moisés que huya, aconsejándole al mismo tiempo que ántes robe á los egipcios: estos persiguen á los ladrones que huyen; pero Dios, que proteje estos ladrones, ordena al mar que sepulte en sus ondas á los miserables egipcios, que tienen la temeridad de correr á recobrar sus bienes.

Sin duda ninguna que la divinidad será en adelante amada y reverenciada por este pueblo que acaba de redimir con tantos y tan repetidos milagros. ¡Ah!, ni Moisés, ni el Todopoderoso pueden apartarlo de la adhesion hácia los falsos dioses del país en que este pueblo habia sido tan desgraciado, y los prefiere al Dios que lo acaba de salvar. Todas las maravillas que el Eterno obra cada dia en favor de Israel, no pueden vencer su obstinacion mas estraordinaria y mas inconcebible que los mayores milagros. Las maravillas que se nos refieren en el dia, como pruebas convincentes de la mision divina de Moises, segun el testimonio que él mismo nos há trasmitido, fueron incapaces de convencer al pueblo que fué tes-

tigo de ellas, y jamás produjeron los buenos efectos que Dios se habia propuesto al ejecutarlas.

La incredulidad, la obstinacion, la corrupcion constante del pueblo judío, son, amiga mia, las pruebas mas convincentes de la falsedad de los milagros de Moisés y de sus sucesores, á quienes la Sagrada Escritura atribuye, como á él, un poder sobrenatural. Si á pesar de esto se pretende que estos milagros han sido verdaderos, se deberá concluir, segun la Bíblia, que han sido inútiles; que el Todopoderoso frecuentemente há salido mal en sus proyectos, y que jamás ha podido hacer de los hebreos un pueblo obediente á sus mandatos.

Sin embargo, vemos que Dios se empeña sin cesar en hacer este pueblo digno de sí; no lo pierde de vista ni un solo instante; le sacrifica naciones enteras; le permite el robo, la violencia, la traicion, la muerte y la usurpacion; en una palabra, le permite todo lo que puede conducir para satisfacer sus deseos. En todos tiempos le envia gefes, profetas y hombres grandes que hacen todo lo posible por volverlo hácia su Dios. Toda la historia del antiguo Testamento no manifiesta otra cosa que los vanos esfuerzos de Dios para vencer la dureza de su pueblo, para esto emplea los beneficios, los milagros y el rigor: tan presto lo entrega á las naciones que manda aborre-

cer, robar y esterminar, y tan presto permite á estas mismas naciones ejercer sobre sus favoritos las mayores crueldades: los entrega en las manos de sus enemigos, que por esta razon son los enemigos de Dios. Los idólatras llegan á ser los señores de los judios, los insultan, los desprecian y les hacen padecer los tormentos mas desconocidos, y aun les obligan algunas veces á adorar sus ídolos y á violar la ley de su Dios. La raza de Abraham llega á ser la presa de los impíos; los asirios, los persas, los griegos y los romanos le hacen sufrir sucesivamente el trato mas cruel y los ultrajes mas sangrientos: Dios sufre que su templo sea profanado para castigar los judios.

En fin, para poner término á los trabajos de su querido pueblo, el espíritu que ha criado el universo, envia su propio hijo. Se dice que él lo habia hecho anunciar mucho antes por sus profetas, aunque de una manera muy propia para que no se pudiese conocer el tiempo de su venida. Este hijo de Dios se hace hombre para bien de los judios, á quienes venia á ilustrar, libertar y hacer los mas felices de los mortales. Revestido de todo su poder divino, obra los milagros mas asombrosos, que sin embargo no fueron bastante para convencer á los judios; él lo puede todo, menos persuadirlos; y á pesar de todos sus milagros, en lugar de convertirlos y librarlos, le hacen
un suplicio infame y le quitan la v

á un malhechor. Dios es condenado á muerte por los mismos que venia á salvar. El Eterno endurece y ciega á los que él envia su propio hijo; no ha previsto que este hijo seria despreciado; mas ¡qué digo! ha tomado medidas para que no se le conociese, y para que su pueblo querido no pudiese sacar ningun fruto de la venida del Mesias; en una palabra, la divinidad parece que tomó el mayor cuidado para que sus proyectos, tan favorables á los judios fuesen inútiles y sin fruto.

Cuando se clama sobre una conducta tan estraña y tan indigna de la divinidad, se nos dice que era necesario que sucediese así para que se cumpliesen las profecias que habian anunciado que el Mesías seria desconocido, despreciado, y que sufriria la muerte. Pero ¿por qué el Dios que lo sabe todo y que prevé la suerte de su querido hijo, formó el proyecto de enviarlo á los judios para quienes sabia que su mision seria inútil? ¿No hubiera sido mejor y mas sencillo no haberlo mandado anunciar, ni haberlo enviado? ¿No hubiera sido mas conforme al Todopoderoso ahorrar tantos milagros, tantas profecias, tantos trabajos perdidos, tanta cólera y tantos sufrimientos á su propio hijo, haciendo de una vez á la especie humana tal como queria que fuese?

Se nos dirá que era necesaria una víctima á la divinidad: que para reparar la falta del primer hombre, no era preciso menos que la

muerte de un otro Dios; y que el solo Dios del universo no podia aplacarse sino con la sangre de Dios su hijo. En primer lugar, yo responderé que Dios no debió permitir que Adan pecase, y con esto hubiera escusado muchos disgustos y penas, y hubiera salvado la vida á su propio hijo. Digo tambien que el hombre no ha podido ofender á Dios, sino porque lo haya permitido ó querido. Sin meterse á examinar como es posible que Dios tenga un hijo, que siendo Dios como él, pueda haberse sujetado á la muerte, digo que es imposible comprender una falta tan grande en el pecado de la manzana, y que no puede haber proporcion entre la injuria hecha á la divinidad por haber comido de la manzana y la muerte de su propio hijo.

Bien sé que se me dirá que todas estas cosas son misterios; pero replicaré á mi vez, que los misterios son palabras enfáticas imaginadas por hombres que no saben salir del laberinto en que sus falsos razonamientos y principios insensatos los han metido.

Sobre todo se asegura que el Mesías ó el libertador de los judios habia sido claramente predicho y señalado por las profecías contenidas en el antiguo testamento. En este caso yo preguntaré: ¿por qué los judios han despreciado este hombre maravilloso, éste Dios que Dios les enviaba?

Se me responderá que hasta la ceguedad

de los judíos habia sido anunciada, y que varios inspirados habian tambien predicho la muerte del hijo de Dios, á lo que repongo, que un Dios sensato no debia haberlo enviado; que un Dios todopoderoso hubiera podido elegir medios mas eficaces y mas seguros para volver su pueblo al camino que él quisiese señalarle. Si no queria convertir y librar á los judios, era muy inútil enviarles su hijo y esponerlo á una muerte cierta y prevista.

No dejarán de responderme, que la paciencia se cansó al fin de los escesos del pueblo judio, que el Dios inmutable que habia jurado alianza con Abraham y su posteridad, quiso, por último, quebrantar el tratado que, sin embargo, habia asegurado que duraria para siempre. Se pretenderá que Dios habia determinado abandonar la nacion hebrea para adoptar los gentiles aborrecidos y menospreciados por él cerca de cuatro mil años. Pero responderé, que estos discursos son poco conformes á las ideas que se deben tener de un Dios inmutable, cuya misericordia es infinita, y cuya bondad es inagotable. Diré que en este caso, el Mesias anunciado por los profetas judios, destinado para los judios, debia ser su libertador, y no el destructor de su nacion, de su culto y de su religion. Si fuera posible llegar á entender alguna cosa en los oráculos oscuros, equívocos, enigmáticos y simbólicos de los profetas de Judea que hallamos en la Biblia, si

hubiese medio de adivinar los geroglíficos indescifrables que se han condecorado con el pomposo nombre de profecias, veriamos continuamente que los inspirados cuando estaban de buen humor, prometian á los judios un reparador de sus males, un restaurador del reino de Judá, y no un destructor de la religion de Moises. Si es que el Mesías habia de venir para los gentiles, entónces no es el Mesías prometido á los judios y anunciado por sus profetas: si Jesus es el Mesías de los judios, no ha podido ser el destructor de la nacion. Si se me dice que Jesus mismo ha venido para cumplir y no para destruir la ley de Moises, pregunto ¿por qué los cristianos no siguen la ley de los judios?

Así, de cualquiera manera que se mire, Jesucristo no puede ser el que han anunciado los profetas, pues que es evidente que no ha venido, sino para abolir la religion de los hebreos, que, aunque instituida por Dios mismo, le habia llegado á ser desagradable. Si este Dios inconstante, cansado del culto de los judios, se hubiese por último arrepentido de su injusticia hácia los gentiles, hubiera sido á estos á quienes debiera haber enviado su hijo, y de esta manera habria evitado que sus antiguos amigos hubiesen ejecutado un deicidio que les obligó á cometer por no haber conocido al Dios que les enviaba. Ultimamente, se les debia perdonar á los judios el no conocer

al Mesías que esperaban de un artesano de Galilea, que no tenia ninguna de las señales anunciadas por los profetas, y que viviendo todavia con sus conciudadanos, éstos no fueron ni mas libres ni mas felices.

Se dirá que hacia milagros, que curaba enfermos, sanaba los cojos, daba vista á los ciegos, resucitaba los muertos, y por último, que resucitó á sí mismo. Enhorabuena que todo esto sea asi; pero en el único milagro por el que vino á la tierra, visiblemente no salió bien; jamás pudo ni persuadir ni convertir á los judios que vieron las maravillas que obraba cada dia, y sin embargo de todos estos prodigios, lo enclavaron ignominiosamente en una cruz: él no pudo á pesar de su poder divino, sustraerse de la muerte; quiso morir porque los judios fuesen culpables, y para tener el placer de resucitar al tercero dia, con el objeto de confundir así la ingratitud y la obstinacion de sus conciudadanos. ¿Qué resultó de esto? ¿Sus conciudadanos se rendieron á este grande milagro y lo reconocieron por el Mesías? De ninguna manera: ellos no lo volvieron á ver, y el hijo de Dios que habia resucitado en secreto, no se manifestó sino á sus allegados; y estos son los únicos que dicen que hablaron con él, los que nos han trasmitido su vida y sus milagros. ¿Y se pretende que un testimonio tan sospechoso nos convenza de la divinidad de su mision al cabo de diez y ocho

siglos, cuando los judios, sus contemporáneos, no lo fueron?

A ésto se nos responde, que muchos judios se convirtieron á Jesucristo, que despues de su muerte éstos convirtieron á otros, que los testigos de la vida y milagros del hijo de Dios han sellado su testimonio con su sangre, que no se sufre la muerte por testificar mentiras, que por un efecto visible del poder divino, una gran parte de la tierra ha llegado á ser cristiana, y subsiste hasta el dia en esta misma religion divina.

En todo esto yo no veo nada milagroso; no veo sino cosas muy conformes á los proyectos del espíritu humano. Un impostor astuto, un hábil charlatan puede hallar muy fácilmente algunos que se le junten en un populacho grosero, ignorante y supersticioso: estos pegadizos, arrastrados por sus consejos ó seducidos con sus promesas dejan con facilidad una vida penosa y trabajosa por seguir un hombre que les hace creer que los hará *pescadores de hombres*, es decir, que comerán con los recursos de su arte á espensas del populacho, siempre crédulo. El charlatan, con la ayuda de sus remedios, puede hacer curaciones que parezcan maravillosas á espectadores ignorantes: estos ven desde luego en él un hombre sobrenatural y divino; él mismo adopta esta idea, y confirma á sus devotos en la alta opinion que de él han concebido, y se vé interesado de mantener en

ella sus sectarios, cuyo entusiasmo haya medios de acalorar. Pero nuestro empírico se hace predicador, y habla por enigmas, sentencias oscuras y parábolas á la multitud que siempre admira lo que no comprende. Para atraerse mejor la voluntad del pueblo, clama delante de los miserables y necios contra los ricos, los grandes, los sábios, y sobre todo contra los sacerdotes que en todos tiempos han sido avaros, soberbios, poco caritativos, y onerosos á las naciones. Si sus discursos son bien recibidos del vulgo, siempre angustiado, envidioso y celoso, ellos desagradan á todos los que son objeto de las inventivas y sátiras del predicador popular. Desde entónces estos velan sobre él, le arman lazos y procuran cogerlo en alguna falta con el objeto de manifestarla de buena fé y vengarse de él. El empírico, á fuerza de imposturas les presenta ocasion, y á fuerza de milagros ó de prestigios se le llega á conocer, por lo que entónces se le echa mano, se le castiga y no le quedan por amigos, sino algunos tontos incapaces de desengañarse, algunos partidarios acostumbrados por él á llevar una vida ociosa, algunos pícaros astutos que quieren continuar imponiendo al pueblo con ilusiones semejantes á las de su antiguo maestro, por medio de arengas oscuras, sin órden, embrolladas y fanáticas, y con declamaciones contra los magistrados y los sacerdotes. Estos, que tienen el poder en la mano,

[illegible]

... que se quiere perseguir.

[illegible] el trabajo, [illegible] de apu-car la historia de nuestro [illegible] y de sus allegados al fundador, á los apóstoles y á los mártires de la religion cristiana. Haya sido como se quiera la vida de Jesucristo, que nosotros no sabemos sino por sus apóstoles ó sus discípulos, ella nos ofrece muchos motivos para fundar nuestras conjeturas. Yo observaré solamente, que la nacion judaica era renombrada por su credulidad; que los compañeros de Jesucristo fueron escogidos del mas bajo pueblo; que Jesucristo manifestó siempre preferencia al populacho, de quien queria sin duda ampararse contra los sacerdotes, y últimamente, que Jesucristo fué arrestado cuando acababa de hacer el mas maravilloso de

sus milagros, y puesto en la cruz inmediatamente despues de la resurreccion de Lázaro, que segun la relacion del Evangelio, tiene los caractéres mas evidentes de fraude para todos los que quieran examinarlo sin preocupacion.

Yo creo que lo que acabo de decir es bastante para que conozcas la opinion que debes formar del fundador del cristianismo y de sus primeros sectarios: estos fueron ó engañados ó fanáticos, que se dejaron seducir por mentiras y discursos conformes á sus deseos, ó por impostores hábiles que supieron hacer uso de las picardias de su antiguo maestro, que astutamente y con maña hicieron revivir á fin de establecer una religion que les proporcionaba subsistir á espensas de los pueblos, y que mantiene todavia en la abundancia á los que nosotros pagamos con esceso, porque nos trasmiten de padres á hijos las fábulas, las visiones y las maravillas que nacieron en la Judea. La propagacion de la fé cristiana y la constancia de los mártires nada tiene de admirable; el pueblo corre tras de todos aquellos que hacen cosas estraordinarias, y admite sin reflexion todo lo que le dicen y trasmite á sus hijos los cuentos que ha oido, y poco á poco sus opiniones arrastran los soberanos, los grandes y aun los sábios.

En cuanto á los mártires, su constancia nada tiene de sobre natural. Los primeros cristianos, así como todos los innovadores, fueron

tratados por los judios y paganos como perturbadores del reposo público. Bien embriagados ya del fanatismo que su religion inspiraba; persuadidos de que Dios los esperaba para coronarlos y recibirlos en las mansiones eternas; en una palabra, viendo los cielos abiertos, y convencidos además de que el mundo se iba á acabar, no es de admirar que tuviesen valor de despreciar los castigos, de sufrirlos con constancia y despreciar la muerte. A estos motivos, fundados sobre sus opiniones religiosas, se juntaron otros muchos que por su naturaleza obran siempre con demasiada energia sobre el espíritu del hombre. Los que como cristianos se hallaban encarcelados y maltratados por defender la religion, eran visitados, consolados, alentados, honrados y colmados de bienes por sus hermanos, que les prodigaban sus cuidados y sus socorros durante su reclusion, y despues de su muerte les daban una especie de adoracion y culto. Por el contrario, aquellos que manifestaban cobardía y debilidad eran infamados, menospreciados y detestados, y aun cuando manifestasen señales de arrepentimiento, se les obligaba á padecer una sentencia rigurosa por toda su vida. Así los motivos mas poderosos se reunian para inspirar valor á los mártires, y este valor nada mas tenia de sobre natural, que aquel que todos los dias nos determina á despreciar los peligros mas evidentes por temor de deshon-

rarnos á los ojos de nuestros conciudadanos: una cobardía nos espondria á la infamia para siempre. Nada hay de milagroso en la constancia de un hombre, á quien por una parte se le manifiestan la felicidad eterna y los mayores honores, y por otra se vé amenazado del ódio, del menosprecio y de penas eternas.

Ya ves, amiga mia, la poca solidez de las pruebas sobre las que los doctores cristianos establecen la revelacion que creen tan bien apoyada. Los milagros, los mártires y las profecías nada prueban. Todas las maravillas que se nos refieren en el antiguo y nuevo Testamento, si fuesen verdaderas, no probarian el poder divino, sino por el contrario, la imposibilidad en que la divinidad estuvo siempre de convencer á los hombres de las verdades que queria anunciarles. Además, suponiendo que estos milagros hubiesen producido todo el efecto que Dios podia esperar, nosotros no podriamos creerlos, sino sobre la tradicion y relacion de otros, que por lo comun son sospechosos exajeradores. Los milagros de Moisés solamente son afirmados por Moisés ó por escritores hebreos, interesados en hacerlos creer al pueblo que querian gobernar. Los milagros de Jesus no son testificados, sino por sus discípulos, que procuraban ganarse compañeros, contando á un pueblo crédulo, prodigios de los que pretendian haber sido testigos, ó que acaso algunos aseguraban haberlos visto real-

mente. No todos los que engañan son pícaros: por lo regular son engañados de otros que han sido engañados de buena fé. Por último, yo creo haber probado suficientemente que los milagros repugnan á la esencia de un Dios que es inmutable, así como á su sabiduria, que no le permitiria mudar nada de las sábias leyes que ha establecido. En fin los milagros son inútiles, supuesto que los que la sagrada Escritura nos refiere, no han producido los efectos que Dios se habia propuesto.

La prueba que la religion cristiana saca de las profecías, no está mejor fundada. Cualquiera que examine sin prevencion estos pretendidos oráculos divinos, no hallará en ellos sino una gerigonza ambigua, ininteligible, absurda, sin órden y enteramente indigna de un Dios que tuviese la mira de manifestar su presencia y de instruir á su pueblo de lo porvenir. No hay en toda la Sagrada Escritura una sola profecía que literalmente y con exactitud se le pueda aplicar á Jesucristo. Para convencerte de esta verdad, pregunta á los mas sábios de nuestros doctores: ¿cuáles son las profecías en las que tienen la felicidad de descubrir al Mesías?, y verás que solo con la ayuda de esplicaciones violentas, figuras, parábolas y sentidos místicos, llegan á encontrar alguna cosa sensata que la aplican al Dios hecho hombre que nos hacen adorar. Parece que la divinidad no ha hecho predicciones, sino para que no se

pudiesen comprender. En aquellos oráculos equívocos, cuyo sentido es inconcebible, no hallarás, sino el lenguaje del fanatismo y del delirio. Cuando se crée llegar á entender alguna cosa, es fácil conocer que los profetas han querido hablar de acontecimientos sucedidos en su tiempo, ó de personajes que les habian precedido. Así es, que, nuestros doctores aplican gratuitamente á Cristo, profecías, ó mas bien relaciones tomadas de David, Salomon, Ciro, etc. Se crée ver anunciado el castigo del pueblo judío en las relaciones en que claramente no se trata sino de la cautividad de Babilonia. En este acontecimiento, muy anterior á Jesucristo, se crée hallar la profecía de la dispersion de los judios, que se supone un castigo visible de su deicidio, y que se pretenderia hacer pasar el dia de hoy por una prueba indubitable de la verdad del cristianismo. No es estraño que los judios antiguos y modernos no hayan visto en los profetas lo que nuestros doctores nos manifiestan en ellos, ó ellos mismos imaginan ver. El mismo Jesus no ha sido mas feliz que sus predecesores en sus pronósticos. En el Evangelio anuncia á sus discípulos, del modo mas formal, la destruccion del mundo y juicio final como acontecimientos muy inmediatos y que debia suceder antes que pasase la generacion entonces existente. Sin embargo, el mundo dura todavia, y parece que no hay apariencias de que

se concluya. Es verdad que nuestros doctores pretenden que en la prediccion de Jesucristo se trata de la ruina de Jerusalen por Vespasiano y Tito; pero solo las personas que no hayan leido el Evangelio, pueden darle esta aplicacion, ó contestarse con esta interpretacion. Por último, adoptándola, era necesario á lo menos convenir que el hijo de Dios no ha sabido profetizar con mas claridad que sus predecesores.

En efecto, á cada página de los libros sagrados que se asegura haber sido inspirados por Dios, este Dios parece que no se manifestaba sino para ocultarse mas; no habla sino para no ser entendido; no anuncia oráculos, sino para que no se puedan ni comprender ni aplicar; no hace milagros, sino para hacer incrédulos; no se manifiesta á los hombres, sino para atolondrar su juicio y trastornar la razon que les habia dado. La Biblia continuamente nos representa á Dios como un seductor, un tentador, un tirano sospechoso que no sabe como obrar con relacion á sus súbditos; que se divierte en tender lazos á sus criaturas; que los tienta para tener el placer de castigarlos por haber caido en sus tentaciones; este Dios no se ocupa, sino en edificar para destruir, y en destruir para edificar. Semejante á un niño que se fastidia con sus juegos, él deshace sin cesar lo que ha hecho, y hace pedazos lo que era objeto de sus deseos. No tiene prevision, ni constancia, ni uniformidad en su conducta, ni

union ni claridad en sus discursos; si obra alguna cosa, tan presto la aprueba como se arrepiente de haberla hecho; se irrita y se enfada de lo que ha permitido hacer; á pesar de su poder infinito, sufre que el hombre le ofenda, y consiente que Satanás, criatura suya, trastorne sus proyectos. En una palabra, los libros revelados de los cristianos y de los judios, parece que no se han imaginado sino para hacer inciertas ó aniquilar las calidades que se atribuyen á la divinidad, y que se asegura constituyesen su esencia. Toda la Sagrada Escritura, el sistema entero de la religion cristiana parece que no están fundados sino sobre la imposibilidad en que Dios se halla de hacer al género humano tan sábio, tan bueno y tan feliz como quiere que sea. La muerte de su inocente hijo, sacrificado á su venganza, ha llegado á ser inútil para la mayor parte de los habitantes de la tierra: casi todo el género humano, á pesar de los continuos esfuerzos de la divinidad, subsiste ofendiéndole, frustrando sus proyectos, resistiendo su voluntad y perseverando en su maldad.

Sobre estas nociones tan fatales y tan contradictorias, tan indignas de un Dios justo, sábio, bueno, racional, independiente, inmutable y todopoderoso, se funda la religion cristiana, que se asegura establecida para siempre por un Dios que, sin embargo, se ha disgustado ya de la religion de los judios, con los que ha-

bia hecho y jurado una alianza eterna.

Toca al tiempo decidir si este Dios será mas constante y mas fiel en cumplir sus pactos con los cristianos, que lo ha sido en cumplir los que habia hecho con Abraham y su posteridad. Yo confieso, amiga mia, que su conducta pasada me hace dudar sobre la que podrá tener en adelante. Si él mismo ha reconocido por boca de Ezequiel, que las leyes que habia dado á los judios *no eran buenas*, podrá llegar muy bien un dia en que halle defectuosas las que ha dado á los cristianos. Nuestros sacerdotes parece que fomentan mis sospechas en temer que Dios se fastidie de la proteccion que por tan largo tiempo ha concedido á su Iglesia. La inquietud que manifiestan, los esfuerzos que hacen para impedir que el mundo se ilustre, las persecusiones que se suscitan á todos los que les contradicen, parecen probar que desconfian de las promesas de Jesucristo, y que no están íntimamente convencidos de la duracion eterna de una religion que no les parece divina, sino porque les dá el derecho de mandar como dioses á sus conciudadanos. Sin duda seria bien desagradable que su imperio fuese destruido: sin embargo, es de temer que si los soberanos de la tierra y los pueblos se cansasen una vez del yugo, el Soberano del cielo llegaria á perder su partido.

Mas sea lo que quiera, yo me lisonjeo que la lectura de esta carta te desengañará plena-

mente de una veneracion ciega á los libros que se llaman divinos, cuando parece que no se han hecho sino para degradar y destruir el Dios que se supone su autor. En mi primera carta prometo hacerte ver que los dogmas establecidos por estos mismos libros ó inventados despues para justificar las ideas que nos dan de Dios, no son menos contrarios á las nociones de este ser infinitamente perfecto. Un sistema que se funda sobre falsos principios, jamás puede llegar á ser sino un conjunto de falsedades.—Soy, etc.

CARTA CUARTA.

Ya sabes, amiga mia, que nuestros doctores pretenden que los libros revelados (que aunque de paso he examinado en mi carta anterior) no contienen una sola palabra que no haya sido inspirada por el Espíritu Santo. Lo que he dicho yo sobre esto, debe hacerte conocer, que la divinidad ha hecho la obra mas imperfecta, mas contradictoria y mas oscura que jamas ha existido; en una palabra, una obra de la que todo hombre sensato se avergonzaría ser el autor. Si hay alguna profecía que se haya verificado para los cristianos, no puede ser otra que la de Isaías que dice: *Si me escuchais me oireis, pero no me entendereis*: y en este caso yo diré, que es muy inútil hablar para no ser entendido;

y revelarse para no enseñar nada, es no revelarse.

No estrañemos si los cristianos, no obstante la revelacion con que aseguran haber sido favorecidos, no tienen idea ninguna exacta ni sobre la divinidad, ni sobre su voluntad, ni sobre el modo de interpretar sus oráculos. El libro en que están escritos es propio si no para confundir las nociones mas sencillas, para abismar el hombre en las mayores incertidumbres, y para crear eternas disputas. Si este fué el proyecto de la divinidad, salió con él admirablemente. Los doctores del cristianismo jamás estuvieron de acuerdo sobre el modo de entender las verdades que Dios por sí-mismo se habia tomado el trabajo de revelar. Con todos los esfuerzos que han empleado hasta aquí, no han podido llegar á poner nada en claro; y los dogmas que sucesivamente han inventado, jamás podrán justificar á los ojos de un hombre de buen sentido la conducta del ser infinitamente perfecto.

Muchos de nuestros doctores, conociendo los inconvenientes que podian seguirse de la lectura de los libros santos, los han quitado con cuidado de las manos del vulgo y de las personas sencillas, pues comprendian que semejante lectura no era á propósito sino para escandalizarlos, y que no se necesitaba mas que un buen sentido para descubrir en ellos una infinidad de absurdos. Así los oráculos del mismo Dios

no han existido sino para aquellos á quienes Dios ha querido dirigirlos; es necesario estar iniciado en los misterios del sacerdocio para tener derecho de tomar en la Sagrada Escritura las luces que la divinidad destina á todos sus hijos queridos. ¿Pero los mismos teólogos consiguen penetar las dificultades que los libros sagrados presentan á cada página? Despues de haber meditado mucho los misterios que contienen, ¿nos dan acaso ideas mas exactas sobre los fines que se ha propuesto la divinidad? Sin duda que no; ellos esplican misterios por otros misterios; amontonan nuevas tinieblas sobre las que antes habia; rara vez piensan con uniformidad, y aun cuando por casualidad se reunan en sus opiniones, nosotros no por esto somos mas ilustrados, y nuestra razon igualmente se halla siempre confusa y en la oscuridad.

Si están de acuerdo en algun punto, es para decirnos que la razon humana de la que se supone á Dios por autor, ha podido viciarse y corromperse: ¿no es esto quitar á Dios su poder, tratarle de injusto y de malvado? ¿Por qué este Dios, criando un ser racional, no le ha dado una razon incapaz de corromperse? Se nos responde que la razon del hombre debió ser necesariamente limitada; que la perfeecion no puede ser la herencia de la criatura; que los fines que Dios se propone no se parecen á los del hombre. Pues siendo así, ¿por qué la divinidad se ofende de las imperfecciones necesarias que se hallan en

las criaturas? ¿Cómo un Dios justo puede exigir que nuestro espíritu admita lo que no está hecho para que él lo comprenda? Lo que no está al alcance de nuestra razon, ¿puede haberse hecho para nosotros, cuya razon es limitada? Si Dios es infinito, ¿cómo una criatura finita puede dar razon de él? Si los misterios y designios ocultos de la divinidad no pueden ser comprendidos por el hombre, ¿de qué sirve el estar ocupado siempre en ellos? Si Dios hubiese querido que nosotros pasásemos el tiempo pensando y meditando en sus altos fines, ¿no nos hubiera dado una razon proporcionada á las cosas que queria que supiésemos?

Ya ves, amiga, que deprimiendo nuestra razon, y suponiéndola corrompida, nuestros sacerdotes mismos destruyen la necesidad de la religion, que no puede ser útil ó importante para nosotros, sino en tanto que la podamos comprender. Hacen mas todavia: suponiendo nuestra razon depravada acusan á Dios de injusto, pues exigen que esta razon conciba lo que no puede entender; acusan de limitado su poder, porque no ha hecho la razon mas perfecta: en una palabra, degradando el hombre degradan á Dios y le despojan de los atributos esenciales. ¿Llamarias tú bueno y justo á un padre que, queriendo que sus hijos caminasen en la noche mas oscura por una senda llena de peligros, no les diese para hallar esta senda y evitar los contínuos riesgos de que estaba sem-

brada, sino una luz muy escasa y moribunda? ¿Podrás tú persuadirte de que este padre les haya dado una gran seguridad entregándoles por escrito instrucciones ininteligibles, y que ni aun apenas podrian leer á la débil y casi apagada luz que les habia concedido?

Se dirá que la corrupcion de la razon y la debilidad del espíritu humano son consecuencias del pecado; pero ¿por qué ha pecado el hombre? ¿Cómo un Dios bueno ha permitido que este hijo querido, para quien habia criado el universo, y del que exigia adoracion, le ofendiese, y por esto le haya apagado ó debilitado la antorcha de la razon que le habia dado? Mas: la razon de Adan, antes que ofendiese á Dios, debia ser muy perfecta; y en este caso. ¿cómo no le impidió que pecase? ¿La razon de Adan se habia corrompido aun antes de haber incurrido en la cólera de su Dios? ¿Se habia depravado aun antes que hubiese hecho nada que pudiera haberla corrompido? Para justificar la estravagante conducta de la Providencia, para impedir hacerla autora del pecado. para salvarla de ser la causa ó cómplice de las ofensas que se le hacen, lo teólogos han creado un *sér* subordinado al poder divino, y á éste es á quien han hecho el autor de todo el mal que se ejecuta en el universo. Hallándose en la imposibilidad de conciliar los contínuos desórdenes de que el mundo es el teatro, con la voluntad de un Dios lleno de bondad, criador y conservador de las

cosas, que ama el órden, que no busca sino la felicidad de sus criaturas, han imaginado un génio destructor, lleno de maldad, que hace todo lo posible porque los hombres sean desgraciados, y porque no tengan efecto las admirables y bienhechoras miras del Eterno. A este *sér* malechor y perverso se le dan los nombres de *Satanás, diablo y espíritu maligno:* nosotros le vemos hacer un gran papel en todas las religiones del mundo, cuyos fundadores se han visto en la imposibilidad de hacer que el bien y el mal tuviesen un mismo origen. Se ha creido que creando este *sér* imaginario se deshacían todas las dificultades, y no se ha tenido presente que una invencion semejante aniquilaba enteramente todo el poder divino; que este sistema estaba lleno de contradicciones palpables; que si el diablo es el que hace pecar, en rigor de justicia, él solo sería el que debiese sufrir la pena.

Si Dios es el autor de todo, Dios ha criado al diablo: si el diablo es malo y hace que se frustren los proyectos de la divinidad, es porque la divinidad permite ó quiere que sus proyectos no se verifiquen, ó porque no tiene bastante poder para impedir al diablo que haga lo que hace. Si Dios no quisiera que el diablo existiera, el diablo no existiría: Dios podría reducirlo á la nada con solo una palabra, ó á lo menos podría mudar en él sus inclinaciones tan funestas para nosotros, y tan opuestas á los proyectos de una Providencia bienhechora.

Desde el momento en que conocemos que el diablo obra y existe, nos vemos en la necesidad de confesar que Dios tiene placer en que obre de la manera que lo hace, y en que perpétua y constantemente desordene é impida sus proyectos.

Así, amiga mia, la invencion del diablo nada remedia; al contrario, no sirve sino para embrollar mas las cosas. Echándole á él la culpa de todo lo malo que sucede en el mundo, nada se disculpa por esto á la divinidad; todo el poder que se le supone lo tiene del Eterno; y tú sabes muy bien que segun las nociones de la religion cristiana, el diablo tiene mas partidarios que Dios; contínuamente le está pervirtiendo sus amigos ó servidores, y llega á conseguir que se le revelen contra él; sin cesar y contra la voluntad del mismo Dios, los lleva á la perdicion; para un hombre que permanezca fiel y que sea irreprensible delante de sus ojos, no ignoras que hay millones que, siguiendo las banderas de Satanás, serán condenados por él á tormentos eternos.

Pero ¿cómo el mismo Satanás ha incurrido en la desgracia del Todopoderoso? ¿Por qué delito ha podido llegar á ser el objeto de la cólera eterna del Dios que lo ha criado? La religion cristiana nos lo esplica todo: nos dice que el diablo en su orígen era an ángel; es decir, un puro espíritu lleno de perfecciones, criado por la divinidad para ocupar un lugar distinguido

[illegible]

todas estas [illegible]
pues en que era [illegible]
Dios le amaba, [illegible]
formasen en su [illegible]
orgullo y de [illegible]

luz fué tan ciego que no vió la locura de su empresa? ¿Ignoraba que su señor lo podía todo? ¿Qué es lo que ha intentado Satanás? ¿Qué razon pudo tener la divinidad de elegirlo para que fuese el objeto de su furor, el destructor de sus proyectos y el enemigo de su poder? Si el orgullo es pecado, si la idea de una revolucion es el mayor de los crímenes, el pecado fué sin duda anterior al pecado, y Lucifer ofendió á Dios aun en estado de pureza, porque es innegable que un sér puro inocente, agradable á su Dios, que tenia todas las perfecciones de una criatura, debia estar libre de ambicion, de orgullo y de locura. Lo mismo debemos decir de nuestro primer padre, que á pesar de su sabiduría, de su inocencia y de su ciencia infusa por Dios mismo, no ha dejado de pecar sometiéndose á la tentacion del demonio.

Por último, siempre será Dios la causa del pecado: este mismo Dios será quien haya tentado á Lucifer ántes de la creacion del mundo, con el objeto de que este llegase á su vez á ser el tentador del hombre, y la causa de la perdicion de todo el género humano. Parece que Dios no crió á los ángeles y al hombre sino para darles ocasion de pecar.

Es muy fácil conocer la ridiculez de este sistema; asi, para salvarlo, los teólogos han creído necesario inventar otro no menos absurdo que sirve de fundamento á todas las religiones reveladas, y por cuyo medio se cree justificar ple-

namente la Providencia divina. Este sistema es el que supone el libre albedrío del hombre; es decir, que él es señor de hacer el bien ó el mal, y de dirigir su voluntad. A las palabras de *libre albedrío*, yo veo que te asustas, y temerás sin duda una disertacion metafísica; pero no, tranquilízate, pues me lisonjeo de simplificar la cuestion hasta hacerla muy clara, no solamente para tí, sino tambien para las personas que no tengan tus luces y tu talento.

Decir que el hombre es libre, es sustraerlo del poder del Sér supremo, es querer que Dios no sea Señor de su voluntad, es avanzar á que una débil criatura pueda cuando le acomode volverse contra su Criador, trastornar sus proyectos, turbar el órden que ama, hacer inútiles sus obras, incomodarlo; afligirlo, obrar contra él y poner sus pasiones y su bílis en movimiento. Así á primera vista verás nacer de este principio un monton de absurdos. Si Dios es amigo del órden, todo lo que hacen sus criaturas debe necesariamente conspirar á la conservacion de este órden, sin lo que la voluntad divina no conseguiria su fin. Si Dios tiene proyectos, deben ejecutarse necesariamente; si el hombre tiene facultad de afligir á Dios, el hombre es el árbitro de la felicidad de este mismo Dios, y la union que hace con Satanás es bastante para trastornar los proyectos de la divinidad. En una palabra, si el hombre tiene libertad de pecar, Dios no es todopoderoso. Se me

responderá que Dios sin perder nada de su poder puede dar al hombre la libertad, que esta libertad es un beneficio por el que Dios quiere ponerlo en estado de ganar su voluntad; pero que tambien esta libertad lo pone del mismo modo en disposicion de conciliarse su ódio, de ofenderle, y por lo mismo de incurrir en su desgracia eterna; de lo que yo infiero que esta libertad de ninguna manera es un beneficio, y que ofende infaliblemente á la bondad divina. Esta bondad seria mas real y verdadera si los hombres se viesen siempre en la necesidad de ejecutar lo que debe agradar á Dios, lo que fuese conforme al órden y lo que pudiera conducirlos á la felicidad. Si los hombres, en virtud de su libertad obran contra las miras de Dios, este mismo Dios que lo prevé todo, debió prever tambien que abusarian de su libertad; si previó que pecarian debió impedirlo; si no les impidó que obrasen mal, consintió en el mal que podrian hacer; si lo ha permitido no debe ni puede ofenderse de ellos; si se ha dado por ofendido, si los castiga por el mal que han hecho, es un injusto y malo; si permite que corran á su perdicion, debe quejarse de si mismo, y no puede con razon castigarlos por haber abusado de su libertad y de haber sido engañados ó seducidos por los objetos que él mismo les presenta al paso para seducirlos, tentarlos y determinar su voluntad á hacer mal.

¿Qué dirias tú de un padre que diese á sus

hijos, todavia criaturas y sin esperiencia, la libertad de satisfacer sus apetitos desordenados hasta que perdiesen su salud? ¿Este padre tendria derecho para enfadarse del abuso que habian hecho de la libertad que les habia concedido? ¿No seria culpable este padre que, habiendo debido prever lo que necesariamente sucederia, dejase á sus hijos con disposicion de dañarse á sí mismos? ¿No manifestaria el colmo de la sinrazon si los castigase del mal que se hicieron y del disgusto que le ofrecen? ¿No deberia imputarse á sí mismo la tonteria ó simplicidad de sus hijos?

Hé aqui, no obstante, el punto de vista bajo del que el sistema de la libertad del hombre nos presenta á la divinidad. Está libertad seria de su parte el presente mas peligroso, pues que ponia al hombre en estado de hacerse á sí los males mas horrorosos. De donde debemos concluir, que este sistema, lejos de justificar la dividad, la hace culpable de malicia, de imprudencia, de injusticia y de locura. Seria trastornar todas nuestras ideas, pretender que un ser infinitamente sábio y bueno consintiese en que se castigasen sus criaturas por las inclinaciones que él mismo les habia dado, ó que habia permitido que el diablo les inspirase. Todas las sutilezas de la teología no se dirigen á otra cosa que á destruir las nociones que ella misma nos dá de la divinidad. Esta teología es sin duda ninguna la tinaja de las Danaides. Sin embar-

go, nuestros doctores han inventado medios para sostener sus ruinosas suposiciones. Tú habrás oido hablar mas de una vez de la *predestinacion* y de la *gracia*: ¡palabras terribles! que escitan todavia entre nosotros disputas que avergüenzan nuestra razon [si los cristianos no creyesen que era obligacion el renunciar de ella,] y que acarrean fatales consecuencias á la sociedad. No nos sorprendamos, pues: los principios falsos ú oscuros de los teólogos necesariamente deben producir disputas entre sí; estas disputas serian indiferentes si no se les diese mas importancia de la que merecen.

Sobre todo, el sistema de la predestinacion supone que Dios en sus decretos eternos ha determinado elegir y favorecer algunos hombres con dones singulares por cuyo medio podrian hacerse agradables á Dios, y conseguir la eterna felicidad; cuando por el contrario, la mayor parte están destinados à eterna condenacion, y jamás recibirán del cielo ninguna de las gracias necesarias para obtener la salvacion. Me parece que es bastante esponer este sistema para conocer su absurdidad; él hace de Dios, del ser infinitamente bueno y perfecto, un tirano parcial que solamente ha criado el mayor número de los hombres para que fuesen el juguete y las víctimas de su capricho: supone que Dios castiga sus criaturas por no haber recibido la gracia que no ha querido concederles; nos presentan á este Dios con colores tan horribles,

que los teólogos se han visto obligados á confesar que lo que nos dicen sobre esto es un profundo misterio que al espíritu humano no le es concedido penetrar.

Pero si no está al alcance del hombre el llegar á conocer este horroroso misterio, quiero decir, la asombrosa oscuridad que nuestros doctores han inventado sin fruto para hacer conocer los decretos de Dios, ó para conciliar la injusticia atroz de este Dios con su bondad infinita, ¿con qué derecho pretenden obligarnos á adorar este misterio, hacérnoslo creer, y forzarnos á suscribir á una opinion que echa por tierra la bondad divina? ¿Cómo hablan ellos de un dogma, y se querellan con encarnizamiento sobre un sistema que ellos mismos confiesan que no entienden?

Cuanto mas examines la religion, mas motivos encontrarás de convencerte que las cosas que nuestros doctores llaman *misterios*, jamás son otra cosa que las dificultades que se les presentan cuando no pueden evitar los absurdos á los que necesariamente les conduce sus falsos principios. Esta palabra no se ha inventado sino para alucinarnos. Nuestros graves doctores no entienden ellos mismos las cosas de que todos los dias nos están hablando; hallándose en la imposibilidad de esplicar las cosas, inventan palabras, y dan nombre de *misterios* á lo que no comprenden mejor que nosotros.

Todas las religiones del mundo están funda-

das sobre la predestinacion: toda revelacion, como ya has podido conocer, supone el dogma odioso que hace de la Providencia una injusta madrastra, que muestra una ciega predileccion hácia algunos de sus hijos, en perjuicio de todos los demás. Hacen de Dios un tirano que castiga las faltas necesarias que él mismo ha deseado, ò á lo menos ha permitido que se cometan. Este dogma, que ha servido de fundamento á todo el paganismo, es tambien el grande eje de la religion cristiana, cuyo Dios manifiesta su ódio de la misma manera que las divinidades mas malignas de los pueblos idólatras. Con semejantes nociones no es de admirar que este Dios sea para los que meditan en él un objeto horroroso y aflictivo, cuya idea es bastante para turbar la imaginacion y para conducir á el hombre á locuras peligrosas.

El dogma de la otra vida sirve tambien para disculpar la divinidad de las injusticias aparentes ó pasajeras, de que naturalmente se le debió acusar. Se supone que Dios tiene gusto de probar en la tierra á sus amigos con la resolucion de recompensarlos con largueza en la mansion que se ha inventado para las almas. Pero como yo creo ya haber insinuado, las pruebas que Dios hace con los buenos, ó manifiestan su injusticia, á lo menos pasageramente, ó contradicen su *omniscencia*. Si Dios lo sabe todo y conoce hasta lo mas oculto del corazon de sus criaturas, ¿qué necesidad tiene de probarlas? Si

está determinado á concederles las gracias necesarias para sostenerlos, ¿no tiene seguridad de que jamás dejarán de amarle? Si es injusto y cruel, este Dios no es inmutable, y desmiente su carácter, á lo menos por algun tiempo, y aniquila las perfecciones que siempre deberian hallarse en él. ¿Qué juzgariamos de un rey si por algun tiempo hiciese sufrir á sus fovoritos el mas horroroso trato, sin que ellos jamás hubiesen hecho nada para merecerlo, y creyese que reparaba todo el mal que les habia causado colmándolos despues de gracias y beneficios? Un príncipe semejante ¿no nos pareceria malo, fantástico y cruel? Sin embargo, se le deberia perdonar á este príncipe receloso si por su propio interés y para asegurar mejor el afecto de sus amigos hiciese con ellos algunas pruebas. Pero esto no puede convenirle á Dios; pues sabiéndolo todo, y pudiendolo todo jamás tendrá que temer nada de las disposiciones de sus criaturas. De donde se infiere, que si la divinidad hace pruebas con sus criaturas y les hace padecer sin necesidad en este mundo para premiarlas en el otro, se le hace ejecutar un papel muy pueril, muy ridículo y muy injusto.

No dejarán nuestros teólogos de hallar motivos para justificar la conducta de Dios; pero estos pretendidos motivos los tomarán del absoluto poder de este sér para con sus criaturas, á quienes no debe dar cuenta de sus acciones; en fin, veremos siempre que nuestra teología,

minemos con cuidado esta opinion en sí misma; veamos la solidez de los principios en que está apoyada; admitámosla si la encontramos bien fundada, y despreciémosla si nos pareciese destituida de pruebas y contraria á la razon, aun cuando haya sido recibida como una verdad constante por toda la antigüedad, y aun cuando esta idea sea adoptada por la mayor parte de los hombres.

Los que sostienen la inmortalidad del alma, la consideran como un ser distinto del cuerpo, de una sustancia totalmente diferente de la suya, á la que dan el nombre de *espíritu*. Si se pregunta ¿qué es espíritu? se nos dice que lo que lo que no es materia; si se replica y vuelve á preguntar ¿qué se entiende por lo que no es materia? que es la única cosa de que nosotros podemos formar idea, se nos dirá que es espíritu. Por lo comun, tanto los hombres mas salvajes, como los pensadores mas sutiles, se sirven de la palabra espíritu para nombrar todas las causas que no pueden comprender claramente; así la palabra espíritu, jamás significa otra cosa que un ser del que no se tiene idea.

Con todo se ha pretendido que este ser desconocido, enteramente diverso del cuerpo, de una sustancia que nada tenia de conforme con la suya, era sin embargo capaz de hacer mover este cuerpo, lo que ya es un misterio incomprensible. Se ha visto que esta sustancia espi-

ritual se hallaba unida con el cuerpo material, y que regulaba todas sus funciones. Como se habia supuesto que la materia no podia ni pensar, ni querer, ni sentir, se ha creido que se concebirian mucho mejor estas operaciones atribuyéndolas á un sér, de quien todavia se tenian ménos ideas que de la materia; y así se han inventado una infinidad de suposiciones gratuitas para esplicar la union del alma con el cuerpo. En fin, viéndose con la imposibilidad de salir de las grandes dificultades en que se habia venido á parar haciendo al hombre dos ó doble, y suponiendo que encerraba en sí mismo, un ser distinto de sí, se han cortado todas las dificultades diciendo que esta union era un misterio muy grande, lo que en castellano quiere decir que nada se entiende. Se ha recurrido al poder de Dios, á su voluntad suprema y á los milagros que son siempre los últimos recursos de que los teólogos echan mano cuando no saben cómo salir de las dificultades.

A esto se reduce toda la gerigonza metafísica de los profundos soñadores, que hace tantos siglos nos están hablando del alma, de la sustancia inmaterial de que ellos no tienen la menor idea, de un espíritu, que es decir, de un ser fuera del alcance de lo que nosotros podemos conocer: toda la gerigonza teológica se reduce á decirnos en términos pomposos, hechos para alucinar á los ignorantes, que no se

sabe lo que es el alma: que se llama *espíritu* toda causa cuya naturaleza y modo de obrar son desconocidas, cuyo fuego y mecanismo son incomprensibles, y cuyo modo de obrar y de ser, es el efecto del poder de un Dios, cuya e-sencia es mas diferente de la nuestra y mas oculta para nosotros que el alma misma. Con estas palabras, que nada te enseñaran, sabrás tanto, amiga mia, como todos los teólogos del mundo.

Si quieres formar ideas mas verdaderas de tí misma, desprecia las preocupaciones de esa vana teologia que solamente se reduce á pronunciar palabras que nada significan, y que distinguiendo el alma del cuerpo (parece que no se propone sino multiplicar los séres sin motivo), no hace sino presentar mas incomprensibles y mas oscuras las nociones, á la verdad bien confusas, que tenemos de nosotros mismos. Estas nociones llegarian á ser mas sencillas y mas exactas si consultásemos la naturaleza, la esperiencia y la razon; nos harian conocer que el hombre no siente sino por los órganos materiales de su cuerpo; que no vé sino por los ojos; que no toca sino con todo ó cualquiera parte de su cuerpo; que no oye sino con los oidos, &: que si alguno de sus órganos no es actualmente ofendido, ó no ha sido anteriormente movido, el hombre no puede tener ideas, ni pensamientos, ni memoria, ni reflexion, ni juicio, ni deseos, ni voluntad. La

esperiencia nos manifiesta que seres corporales y materiales solamente pueden obrar por sus órganos corporales, y que sin estos órganos lo que se llama *alma*, ni pensaria, ni sentiria, ni querria, ni obraria. Todo nos hace conocer que el alma padece siempre las mismas vicisitudes que el cuerpo; ella se desarrolla, se fortifica, declina y se debilita con él; y en fin, todo nos anuncia tambien que debe perecer con él, á ménos que no se diga que el hombre, despues de haberse descompuesto sus órganos, que son los que le hacen esperimentar el sentimiento, verá sin tener ojos, oirá sin tener oidos, tendrá ideas sin tener sentidos para recibir la impresion de los seres físicos, y escitar las percepciones en su entendimiento; y últimamente, que gozará y padecerá cuando no tenga ni nervios ni sensibilidad.

Asi todo conspira á probar que nuestra alma es la misma cosa que el cuerpo, mirada con relacion á algunas de sus funciones, á la verdad ménos visibles que las otras. Todo está de acuerdo para convencernos que sin el cuerpo el alma no es nada, y que todas las operaciones que se le atribuyen, cesan desde el momento que el cuerpo se destruye. Nuestro cuerpo es una máquina que en tanto que vivimos es capaz de producir efectos que se señalan bajo de diferentes nombres, para distinguir los unos de los otros; el sentimiento es uno de estos efectos; el pensamiento, la reflec-

cion, &, son los demás. Estos últimos pasan dentro de nosotros mismos; y parece que el cerebro es el lugar ó el órgano susceptible de ellos. Esta máquina una vez desordenada, no es capaz de producir los mismos efectos y ejecutar las mismas funciones. Sucede con nuestro cuerpo lo que con un relój que no da ni señala las horas desde que se hizo pedazos.

Asi, bella amiga, deja de pensar melancólicamente en la suerte que te espera cuando hayas dejado de existir. Despues de la muerte del cuerpo, el alma tampoco existirá. Esos fuegos horribles con que se le amenaza, son quiméricos; ella no será susceptible ni de placeres, ni de dolores, ni de ideas alegres ó tristes, ni de reflecciones alhagüeñas ó espantosas. Con el cuerpo es con el que solamente sentimos y pensamos, con el que estamos alegres ó tristes y con el que somos felices ó desgraciados: el cuerpo, una vez desunido y deshecho, ni percibirá ni sentirá, y por consiguiente no tendrá ni memoria ni ideas; sus partes dispersas no tendrân ya las mismas cualidades que cuando formaban un todo, y no conspirarán á producir los mismos efectos. En una palabra, el cuerpo, habiendo sido destruido, el alma, que no es sino el resultado de la reunion del cuerpo, será nada.

Nuestros doctores han llegado á conocer tan bien que el alma, que tan voluntariamente habian distinguido del cuerpo, no podia hacer

nada sin él, que se han visto en la necesidad de admitir un dogma ridículo, inventado por los magos de Persia, conocido bajo el nombre de *resurreccion*. Para que este raro fenómeno se verifique, será necesario que las partículas de nuestros cuerpos destruidos, de las que unas se convertirán en tierra, otras pasarán á las plantas, otras á los animales, tanto de nuestra especie como de cualquiera otra, será necesario, digo, que estas partículas, de las que algunas se mezclarán con las aguas, otras andarán en los aires que regularmente habrán pertenecido en diferentes tiempos á muchos hombres diversos, se reunan para reproducir el individuo que habian formado. Si no concibes la posibilidad de esta operacion, los teólogos te la esplicarán diciéndote que es un profundo misterio que no puede llegarse á comprender: te dirán que la resurreccion es un milagro y un efecto sobrenatural del poder divino. Asi es como salen de las dificultades que el buen sentido les opone.

Si por casualidad no te hiciesen mucha fuerza estas razones sublimes, ellos procurarán seducir tu imaginacion con las vagas pinturas de los placeres inefables que gozarán en el paraiso los cuerpos y las almas de los que hayan admitido sus sueños; te dirán que no se puede dejar de creerlos sin incurrir en la indignacion eterna del Dios de las misericordias; alarmarän tu imaginacion con las horrorosas

pinturas de los tormentos crueles que el Dios de bondad prepara al mayor número de sus criaturas.

Pero si consideras las cosas á sangre fria, conocerás la futileza y poca solidez de sus promesas lisongeras y de sus amenazas, que no se han hecho sino para espantar á los tontos. Tú conocerás que aun cuando fuese verdad que el hombre pueda sobrevivirse á si mismo, Dios si le premiase, no haria otra cosa que premiarse á sí mismo de la gracia que le habia concedido; y si le castigase, no le castigaria sino por no haber recibido la gracia que habria tenido la dureza de rehusarle. Conducta pueril ó bárbara que debe ser indigna de un Dios sabio y bueno.

Si tu espíritu, asegurado contra los terrores que la religion cristiana tiene gusto de hacer probar á sus sectarios, es capaz de pesar las circunstancias horribles de que se supone serán acompañados los refinados suplicios que Dios destina á las víctimas de su venganza, hallarás que son imposibles y enteramente incompatibles con todas las ideas que te han dado de la divinidad. En una palabra, conocerás que los castigos de la otra vida son quiméricos é inventados para trastornar la razon humana, para subyugarla bajo el peso de la impostura, para aniquilar enteramente el reposo de los esclavos que los sacerdotes quieren hacer y tener bajo su yugo.

En efecto, se nos dice que los tormentos de la otra vida serán horribles y espantosos, lo que no se aviene con las ideas de un Dios bueno; se nos dice que serán eternos, lo que repugna á la idea de un Dios justo que deberia proporcionar los castigos á los delitos, y por consiguiente no podrá castigar sin fin delitos pasajeros, cuyos efectos son limitados por el tiempo. Se nos responde que las ofensas contra Dios son infinitas, y que por consiguiente la divinidad, sin faltar á su justicia, puede vengarse como en Dios, que es decir eternamente. Pero si esto fuere asi, yo diré que este Dios no es bueno, que es vengativo, carácter que anuncia siempre el temor y la debilidad. Últimamente yo diria que entre los seres imperfectos que componen la especie humana, acaso no habrá uno solo que sin sacar algun provecho para sí ó sin temer algo hácia su persona, en una palabra, si no es loco, consienta en que se castigue eternamente á cualquiera que le haya ofendido, como esté seguro de que jamás podrá volver á hacerle mal. Calígula hallaba á lo ménos una diversion pasagera en el espectáculo de los tormentos que hacia sufrir á los desgraciados que tenia interés en arruinar. Pero Dios, ¿qué provecho sacaria de los castigos que hiciese padecer á los condenados? ¿Se divertiria con ellos? Sus horrorosos castigos, ¿podrian servir de escarmiento y correccion á los que padecen? Los ejemplos de severidad

divina, ¿serán de alguna utilidad para los vivos que no pueden ser testigos de ellos? ¿No seria el mas asombroso de los milagros, hacer que los cuerpos de los condenados resistiesen por toda la eternidad los horribles tormentos á que estàn condenados?

Tú ves, pues, amiga mia, que las ideas que se nos dan del infierno hacen de Dios un sér mucho mas insensato, mas malo y mas cruel que los mas atroces de los hombres. A esto se añade que serán el diablo y sus compañeros, es decir, los enemigos de la divinidad los que le servirán para ejercer su venganza implacable. Ellos ejecutarán los decretos que el severo juez pronuncie contra los hombres en el dia del juicio final. Porque debes saber que un Dios que lo sabe todo, hará, no obstante, que sus criaturas le den cuenta de las acciones que él sabe y tiene presentes. No contento con haber juzgado á cada hombre despues de su muerte, hará sufrir á todos los hombres con grande aparato un juicio general en el que se confirmará su sentencia en presencia de todo el género humano, reunido para recibirla. Sentado sobre las ruinas del mundo, pronunciará definitivamente y sin apelacion.

Pero hasta que llegue este juicio memorable, ¿qué harán las almas de los hombres separadas de los cuerpos que no hayan todavia resucitado? Las almas de los justos pasarán inmediatamente á disfrutar de las delicias del paraiso.

En cuanto á las almas manchadas por sus delitos, los teólogos infalibles que están tan bien instruidos de lo que pasa en el otro mundo, no están de acuerdo sobre la suerte que les espera; siguiendo el dictámen de los nuestros, Dios pondrá las almas que no le hayan desagradado enteramente en un lugar de suplicios en donde con tormentos rigurosos acabarán de expiar las faltas con que se hallaban manchadas en el instante de su muerte. Siguiendo este bellísimo sistema tan útil á nuestros sacerdotes, le parece á Dios mas fácil construir un horno ardiendo con el único fin de atormentar algunas almas que no están enteramente purificadas, que el dejarlas por algunos años mas unidas á sus cuerpos y darles el tiempo necesario para que se arrepintiesen y mereciesen de una vez la suprema bienaventuranza. Sobre nociones tan ridículas, está fundado el dogma del purgatorio, que todo buen católico romano está obligado á creer, para utilidad de sus sacerdotes, que se han reservado, como con razon, el poder de obligar á Dios justo é inmutable á que por su mediacion dé libertad á las almas cautivas que solo habia condenado al purgatorio para que se depurasen como en un crisol.

Respecto de los protestantes, que son, como todos sabemos, hereges ó impios, en atencion á que no se prestan á las miras lucrativas de los doctores romanos, opinan que el hombre es juzgado sin apelacion en el momento de su

muerte, y que va en derechura á la gloria ó al infierno; y tambien que antes de que se haya podido juntar su cuerpo con el alma, que es un espíritu puro privado de órganos y de sentidos, se halla, sin embargo, capaz de sufrir la accion del fuego. Verdad es que algunos teólogos nos dicen que el fuego del infierno es espiritual, y por consiguiente muy diferente del fuego material; mas nosotros no debemos dudar que estos profundos doctores no saben lo que se dicen y que no tienen idea del fuego espiritual, así como no la tienen de los gozos inefables del paraiso, que deben ser tan espirituales como las penas del infierno.

Males son, amiga mia, en pocas palabras los absurdos, no menos fastidiosos que ridículos, que el dogma de la vida futura y de la inmortalidad del alma ha creado en el espíritu de los hombres. Tales son los fantasmas de que se sirven para seducir y alarmar á los mortales, para despertar en ellos sus esperanzas y sus temores, estos resortes tan poderosos para séres débiles y sensibles. Pero como las lúgubres ideas tienen mucho mas influjo sobre la imaginacion que las ideas agradables, los sacerdotes han insistido fuertemente en que los hombres deben temer mas á Dios terrible, que esperar en su misericordia como lleno de bondad. Los príncipes mas perversos son infinitamente mejor servidos que los humanos é indulgentes. Los sacerdotes han tenido la habi-

lidad de ponernos en la incertidumbre y la desconfianza por el doble carácter que han dado á la divinidad. Si nos prometen la salud, nos dicen que obremos con *respeto* y *temor*. Así es como llegan á poner las almas mas virtuosas en la turbacion y en el espanto, repitiéndoles sin cesar que jamás se puede llegar á saber *si el hombre es digno del amor ú odio de la divinidad*. El terror fué y será siempre el medio mas seguro para engañar y subyugar á los hombres.

Se nos dirá sin duda que los terrores que la religion inspira son *terrores saludables*, que el dogma de la otra vida es un freno muy poderoso para impedir los delitos y mantener al hombre en el cumplimiento de sus obligaciones. Para desengañarse de esta máxima tan disputada y tan generalmente adoptada sobre la palabra de los sacerdotes, no hay mas que abrir los ojos. Por todas partes vemos cristianos muy persuadidos de la existencia de la otra vida; y sin embargo se conducen como si nada tuviesen que temer del Dios vengador ó nada que esperar del Dios remunerador. Siempre que se trata de algun grande interés, y siempre que el hombre es arrastrado por alguna pasion fuerte ó por la costumbre, no se le pone delante la otra vida, ni ve el juez irritado; comete el crímen, y despues de haberlo cometido, se tranquiliza diciendo: *Dios es bueno*. Además, la religion nos consuela contradiciéndose, pues nos manifiesta al mismo Dios que nos lo ha pinta-

do tan pronto á encolerizarse, lleno de misericordia y perdonando á todos los que se arrepienten de sus faltas. En una palabra, yo no veo que á nadie le detengan los temores del infierno. Los sacerdotes, que tanto se esfuerzan en hacérnoslo creer, tienen generalmente inclinaciones mas perversas que los que jamás han oido hablar de la otra vida. Los que desde la infancia han recibido sus horrorosas lecciones, no son ni menos libertinos, ni menos vengativos, ni menos orgullosos, ni menos soberbios, ni menos injustos, ni menos avaros. Por último, el dogma de la otra vida, en nada influye sobre la presente: ninguna de las pasiones aniquila, y no sirve de freno sino á algunas almas tímidas, que aun sin él, no se atreverian á cometer grandes escesos.

Este dogma no sirve sino para turbar el reposo de algunas personas virtuosas, timoratas, bien nacidas y crédulas, cuya imaginacion acalora sin detener jamás la mano de los grandes malvados y sin ser capaz de intimidar á los que la decencia y las leyes no han podido contener.

En fin, para decirlo todo, yo veo una religion lúgubre y temible hacer la impresion mas viva, mas profunda y mas peligrosa sobre un alma tal como la tuya, cuando no la hace sino muy ligera sobre almas endurecidas en el crímen, ó en quien la disipacion destruye á cada instante el efecto de sus amenazas. Mas conse-

cuente que los demás en tus principios, te ocupas demasiado y con la mas escrupulosa atencion para tu felicidad de los objetos tristes y melancólicos que han alarmado tu imaginacion sensible con tanta viveza, cuando los mismos fantasmas que te persiguen desaparecen bien presto del espíritu de los que no tienen ni tus luces, ni tu sensibilidad.

Un cristiano, consecuente en sus principios, deberia vivir siempre en el mayor desasosiego; jamás puede saber si es agradable ó desagradable á Dios: el menor movimiento de orgullo ó de concupiscencia, el menor deseo basta para incurrir en su desgracia y perder en un momento todo el fruto de lo bueno que habia hecho. No es de maravillar que con tan horrorosos principios el hombre procure aislarse con el objeto de ocuparse tristemente en la meditacion de sus penas y evitar las ocasiones que le espongan á pecar, y quetome los medios que se le anuncian como propios para expiar las faltas de las que se supone que Dios se vengará por toda la eternidad.

Así las lúgubres ideas de la otra vida no dejan en paz sino á los que no piensan en ella sériamente, y dejan sin consuelo á todos los que su temperamento los determina á ocuparse de ellas. Las ideas atroces que los sacerdotes nos dan de la divinidad son las que obligan á tantas personas virtuosas á entregarse en los brazos de la incredulidad. Si algunos

libertinos incapaces de razonar abjuran de una religion que pone obstáculos á sus pasiones ó que acibara sus placeres, hay tambien muchas gentes que despues de haberla examinado con cuidado se disgustan de ella con conocimiento de causa, y no quieren vivir en contínuos temores y sobresaltos ni morir en la desesperacion. Por tanto, abjuran y detestan de una religion que no es á propósito sino para llenar el espíritu de inquietudes, y van á encontrar la paz y el descanso en el seno de la razon.

El tiempo de los grandes delitos es siempre el de la ignorancia, y en este tiempo es en el que comunmente se tiene mas religion; los hombres siguen entónces maquinalmente y sin exámen las prácticas que sus sacerdotes les proponen, sin detenerse á examinar su doctrina. Á proporcion que los pueblos se ilustran, los grandes delitos llegan á ser menos, las costumbres se dulcifican, las ciencias se cultivan y la religion que se examina pierde sensiblemente de estimacion. Entónces es cuando se ve un número considerable de incrédulos en el seno de las sociedades que han llegado á ser mas pacíficas en el dia, que podian haberlo sido en tiempos en que dependia del capricho de un sacerdote llenarlas de turbacion y convidar los pueblos á los delitos prometiéndoles el cielo.

La religion no da consuelo sino á aquellos

que no la han abrazado en todas sus partes; las vanas recompensas que promete sin dar ideas de ellas, no se han inventado sino para seducir á los que no han reflexionado en el carácter inquieto, falso y cruel que esta religion atribuye á su Dios. En efecto, ¿cómo se ha de confiar en las promesas de un Dios que representa como un tentador, un seductor que parece tiene gusto en tender lazos peligrosos por todas partes á sus débiles criaturas? ¿Como se ha de contar con el favor de un Dios caprichoso, de quien jamás se puede saber si se merece su amor ó su ódio? ¿Con qué derecho se podrán esperar recompensas de un Dios despótico y absoluto, que nada debe á los hombres, y que no consulta sino su fantasía para salvarlos ó condenarlos? No puede haber sino algun entusiasta enteramente ciego que pueda poner su confianza en un Dios semejante: no pueden ser sino locos los que le amen, y estravagantes los que puedan esperar recompensas desconocidas que nos prometen de su parte, al mismo tiempo que se nos asegura que es señor de sus gracias, y que nosotros no tenemos derecho de exigirle ninguna.

En una palabra, amiga mia, las nociones de la otra vida lejos de consolar, no sirven sino para emponzoñar todas las dulzuras de la presente. Segun las funestas ideas que el cristianismo, siempre en contradiccion consigo mismo, nos presenta de su Dios, no puede tener

por mucho mas seguro incurrir en los eternos castigos que merecer sus recompensas inefables; no concede ni acuerda su gracia sino á quien quiere, en lugar que depende de nosotros nuestra condenacion y la vida mas pura no nos da derecho de presumir si seremos dignos de su amor. ¡A la verdad que el aniquilamiento total de nuestro sér seria preferible al peligro de caer en las manos de un Dios temible! Todo hombre sensato, ¿no deberia desear mas no haber nacido que nacer y ser para siempre el juguete eterno de los caprichos de la divinidad, tan cruel para condenar y atormentar sin fin á séres que ella misma ha hecho tan débiles con solo el objeto de castigar sus necesarias debilidades? Si Dios es bueno, como se asegura, á pesar de las crueldades de que se le supone capaz, ¿no hubiera sido mejor que no hubiese concedido la vida á séres que podian arriesgar su eterna condenacion? Este mismo Dios, ¿no ha concedido mejor suerte á los animales que al hombre, pues á lo menos aquellos están libres de pecar, y por lo mismo no están espuestos á merecer la eterna desgracia?

El dogma de la inmortalidad del alma ó de la otra vida nada tiene de consolador en la religion cristiana; por el contrario, parece que no se ha inventado sino para llenar el corazon de un cristiano consecuente en sus principios de amargura y eterno desconsuelo.

Yo apelo á tí, amiga mia: estas nociones sublimes, ¿te han dado hasta ahora algun consuelo? Siempre que la idea de lo porvenir se ha presentado á tu espíritu: ¿has podido evitar un estremecimiento interior? La conciencia de una vida la mas virtuosa y pura, ¿ha sido bastante para asegurarte contra los temores necesarios que te inspira un Dios celoso, severo y caprichudo, hácia quien la menor falta puede ser bastante para incurrir en su eterna desgracia, y á quien la debilidad mas pequeña y mas involuntaria podria hacer olvidar muchos años consagrados en su obsequio?

Yo no sé muy bien lo que te se dirá para mantenerte en la preocupacion: los ministros de la religion tienen el secreto de templar los temores que ellos mismos tienen cuidado de fomentar. Ellos procuran inspirar confianza á á las almas que ven demasiado abatidas por el temor, contrapesan una pasion con otra, tienen en suspension el ánimo de sus esclavos, con el fin de que la mucha confianza no los haga demasiado deferentes, ó la desesperacion no les obligue á sacudir el yugo. A las personas muy atemorizadas no les hablan sino de esperanzas y de la bondad de Dios: á las muy confiadas no les hacen presentes si no los terrores y los juicios de un Dios severo. Con esta política consiguen tener bajo su yugo á los que escuchan sus lecciones contradictorias.

Ellos te dirán tambien que el sentimiento

de la inmortalidad es inherente al hombre; que los infinitos deseos que devoran su alma, y que nada de este mundo es capaz de satisfacer, son pruebas indudables de que esta alma fué destinada á existir eternamente; en una palabra, porque nosotros deseamos existir siempre, ellos concluyen que debemos existir, ¡Dónde iriamos á parar con semejantes razonamientos! Nosotros deseamos la continuacion de nuestra existencia, cuándo esta existencia es feliz ó cuando nos persuadimos que podrá llegarlo á ser. Pero no podemos desear una existencia miserable, ó á lo menos en la que es mas probable que seamos desgraciados que felices. Si como la religion cristiana lo repite contínuamente, el número de elegidos es muy corto, la salud muy difícil, el número de réprobos muy grande, y la condenacion muy fácil, ¿quién será el que para siempre desee existir con el riesgo tan probable de ser condenado? ¿No seria mejor no haber nacido que verse obligado contra su voluntad á jugar con tanto peligro? La misma nada, ¿no es preferible á la existencia que tan fácilmente puede conducirnos á males eternos? Lleva á bien, amiga mia, que te pregunte, si ántes de venir al mundo te hubiese dado á elegir el nacer ó no nacer, habiéndote persuadido de antemano que puesta ya en el mundo arriesgabas el ser desgraciada para siempre, con el riesgo de cien mil á uno, ¿te hubieras determinado á recibir la vida?

Es muy fácil de conocer la debilidad de las pruebas sobre las que se pretende fundar el dogma de la inmortalidad del alma y de la otra vida. Si nosotros la deseamos, no puede ser sino con la esperanza de gozar en ella de una felicidad permanente. ¿Pero la religion nos da esta seguridad? Te dirán que sí, si te sometes fielmente á las reglas que te ordena. Mas para conformarse con estas reglas ¿no es necesaria la gracia del cielo? ¿Y quien podrá asegurar si la obtendrá ó merecerá? ¿ No se nos dice contínuamente que Dios es el árbitro y señor de sus gracias y que no las concede sino á un pequeño número de elegidos? ¿No se nos repite todos los dias que para un solo hombre que se haga digno de la eterna felicidad, hay millones que se condenan? Esto supuesto, todo cristiano que reflexionase, seria un loco si deseara una existencia futura tan espuesta á conducirlo á eternos tormentos, ó si contase con una felicidad que todo se reune y conspira á manifestársela muy incierta, casi imposible de conseguir, y como que depende únicamente de la fantasia de un Dios caprichoso que tiene placer en divertirse con sus desgraciadas criaturas.

Bajo de cualquiera punto de vista que se mire el dogma de la inmortalidad del alma, debemos tenerlo por quimérico é inventado por hombres que han realizado sus deseos, ó que no han podido justificar á la Providencia de las injusticias pasajeras que ha cometido en este

mundo. Este dogma fué admitido con entusiasmo porque lisonjeaba los deseos, y principalmente la vanidad del hombre, que se juzga superior á todos los seres que se contienen en la naturaleza; él se ha creido el favorito de su Dios, sin considerar que este mismo Dios le hacia sufrir contínuamente trastornos, calamidades y trabajos como á todos los seres dotados de sentido, y que por último le hacia padecer la muerte ó la disolucion, que es la terrible y dura ley á la que todo lo que existe está sujeto. Esta criatura orgullosa que se tiene por un sér privilegiado, y como solo agradable para su autor, podia haber conocido que por muchos capítulos su existencia era mucho mas incierta y mas débil que la de otros animales, y aun que la de los seres inanimados. El hombre no ha querido confesar que no poseia ni la fuerza del leon, ni la ligereza del siervo, ni la larga duracion de la encina, ni lo solidez de una roca y los metales: él se ha creído el ser mas favorecido, mas sublime y mas noble. Se ha juzgado superior á todos los demas, porque él solo tenia la facultad de pensar, de juzgar y raciocinar. Pero el pensamiento, ¿no lo hace mas desgraciado que lo son todos los demas animales que supone privados de esta facultad, ó á lo menos que cree que no la tienen en el mismo grado que él? La facultad del pensamiento, de la memoria y de la prevision, ¿no lo hacen mucho mas desgraciado por la idea de lo pasado, de lo presente

y de lo futuro? Sus pasiones, ¿no lo llevan á escesos desconocidos en los demás animales? ¿Sus juicios son enteramente exactos y ciertos? ¿La razon llega á desenvolverse en toda su estension en el mayor número de los hombres, á quienes se les prohibe el uso de ella como peligroso? ¿No estan bien imbuidos en las preocupaciones y quimeras que los hacen desgraciados por toda su vida? Ultimamente, los animales, ¿tienen una religion que les inspire continuos terrores, haciendoles considerar un porvenir temible que emponzoñe sus mas dulces placeres, que los obligue á atormentarse, y que les amenace con la condenacion eterna?.

En verdad, amiga mia, que si pesamos en una justa balanza las pretendidas ventajas del hombre sobre los demás animales, veremos deshacerse como el humo esa fingida superioridad que se abroga sobre ellos. Encontraremos que todas las producciones de la naturaleza están sometidas á las mismas leyes; que todos nacen para morir, y se producen para ser destruidos; que todos los séres sintientes están en la necesidad de esperimentar placeres y penas, que aparecen y desaparecen, que son y dejan de ser, y que se manifiestan bajo una forma que luego pierden, para producir otra. Tales son las contínuas vicisitudes á las que todo lo existente está infaliblemente sujeto, y de las que el hombre no está libre, como no lo está todo lo que le rodea. Nuestro globo se altera, los mares mu-

dan de lugar, las montañas se caen y se aplanan, todo lo que respira muere por ùltimo, ¡y solo el hombre pretende ser eterno!

No se me diga que es degradar al hombre el compararlo á séres sin alma y sin inteligencia; esto no es envilecerlo, es ponerlo en el lugar de donde su nécia vanidad lo habia sacado. Todos los séres son iguales: bajo de diferentes formas ellos obran de distinta manera; pero por las leyes de la naturaleza que invariablemente son las mismas para todo lo que existe: todo compuesto se disuelve; todo lo que vive termina con la muerte: todos los hombres están igualmente obligados á padecerla: son iguales en ella aunque durante su vida halla habido entre ellos una diferencia necesaria, real, pero momentanea por su poder, su talento, y sobre todo por su virtud. Qué serán despues de su muerte? Lo que eran diez años ántes de nacer. Así sábia Eugenia, destierra para siempre de tu espiritu los temores que te inspiran de la muerte. Ella es para los desgraciados un puerto seguro contra las desgracias de la vida; si parece cruel para los que viven llenos de felicidades que procuren no acordarse ó familiarizarse con ella: que apelen á la razon, que con ella calmarán las inquietudes de una imaginacion demasiado acalorada; ella disipará las tinieblas que la religion derrama sobre los espíritus; ella hará conocer á los hombres que esa muerte tan terrible no es nada, y que despues que haya su-

castigos tan útiles para contener á los hombres en la virtud, se acabarian. Yo respondo que los remordimientos siempre subsistirian aun cuando cesase el temor de la venganza lejana é incierta de la divinidad. El hombre cuya razon no está turbada enteramente, que comete delitos, que se deja seducir de sus pasiones, que daña á sus semejantes, que rehusa hacerles bien, y que no tiene piedad, conoce muy bien que se hace odioso á los demás, que debe temer su enemistad, y se avergüenza de haberse hecho digno de desprecio y detestable á sus ojos. El conoce la necesidad contínua que tiene de su estimacion y de sus socorros: la esperiencia le hace ver que sus vicios aun los mas ocultos les son dañosos y nocivos; está en el caso de temer contínuamente que una desgraciada casualidad descubra sus vergonzosos vicios y los crímenes secretos que haya cometido. De estas ideas nacen los temores y remordimientos, aun en aquellos que no creen las quimeras de la otra vida. Respecto de aquellos que tienen trastornada la razon, que estén embriagados en las pasiones, ó enteramente sujetos al vicio por las cadenas de la costumbre; aunque crean en el infierno, no serán ni menos viciosos, ni menos corrompidos. Un Dios vengador jamás podrá intimidar á un loco y desarreglado para que no menosprecie la opinion pública, para que no eche por tierra la decencia, para que no desprecie las leyes, y para que deje de esponerse á la vergüen-

za y castigo de los mortales. Toda persona juiciosa conoce fácilmente que en este mundo la estimacion y el afecto de los demás le son necesarios para su propia felicidad, y que la vida es muy pesada para los que con sus vicios se dañan á sí mismos, y se hacen menospreciables á los ojos de la sociedad.

Amiga mia, el verdadero modo de ser feliz en esta vida es hacer felices á los demás; proporcionar la felicidad á sus semejantes, es tener virtud; con la virtud se llega en paz y sin remordimientos al término que la naturaleza ha señalado á todos los séres, término que, atendida tu edad, todavia no puede estar cerca; término que tú no debes anticipar con los temores; término, en fin, que con los cuidados y deseos de todos los que te conocen harán lo posible para que no llegue, hasta que llena de años y satisfecha del papel que has representado sobre la escena del mundo, desees tú misma volver á entrar dulcemente en el seno de la naturaleza.—Yo soy, &.

CARTA SESTA.

Amiga mia: Creo que las reflexiones que te he manifestado en mi carta anterior, podrá haber sido suficientes para que te haya desengañado en gran parte de las ideas lúgubres y melancólicas que las preocupaciones religiosas me parece que te han inspirado. Sin embargo, para

cumplir con la obligacion que me has impuesto, y para acabar de asegurarte, destruyendo las ideas favorables que te pueden haber quedado de un sistema lleno de inconsecuencias y contradicciones, voy á examinar los raros misterios que el cristianismo hace adorar; ellos están fundados sobre ideas tan estrañas y tan contrarias á la razon, que si desde la infancia no se nos hubiera poco á poco familiarizado con ellas, nos avergonzariamos de haber podido admitirlas ó creerlas por solo un instante.

Los cristianos, no contentos todavia con la multitud de enigmas y contradicciones de que están llenos los libros de los judíos, han inventado además un gran número de misterios incomprensibles, á los que prestan la mas profunda veneracion: su impenetrable oscuridad parece que es para ellos un motivo de mayor veneracion y respeto. Sus sacerdotes, alentados por su incredulidad y poder absoluto. parece que han hecho estudio de multiplicar los artículos de su fé y el número de objetos impenetrables que les han obligado á admitir en silencio y adorar sin comprenderlo.

El primer misterio es el de la *Trinidad*, se supone que Dios es único y simple, un espíritu puro, y no obstante, se compone de tres divinidades que se llaman *personas*. Estos tres dioses que se llaman *padre*, *hijo* y *espíritu santo*, no son sino un solo Dios. Estas tres persouas son iguales en poder, sabiduría y perfeccion; sin embar-

go, la segunda está subordinada á la primera, hasta el punto de haber sido obligado á tomar carne humana ó hacerse hombre para llegar á ser la víctima de la primera, y este es el misterio de la *Encarnacion.* A pesar de su inocencia, de su perfeccion y pureza, el hijo de Dios viene à ser objeto de cólera para un Dios justo, que es la misma cosa que él, pero que no quiere darse por satisfecho de la culpa de Adan sino con la muerte de su propio hijo ó de una porcion de sí mismo. El hijo de Dios, no contento con haberse hecho hombre, muere sin haber pecado por la salud de los hombres que han pecado; Dios prefiere los séres imperfectos, y á quienes no podrá corregir, á su querido hijo lleno de perfecciones divinas; la muerte de Dios llegó á ser necesaria para librar el género humano de la esclavitud de Satanás, con lo que si no, no hubiera dejado su presa, y tuvo tanto poder contra el que todo lo puede, que le obligó á sacrificar su propio hijo; esto es lo que se llama misterio de la *Redencion.*

No se necesita mas que esponer estas opiniones para manifestar su contradiccion. Es evidente que si no existe sino un solo Dios, no puede haber tres. Se puede considerar la divinidad, como los cristianos, bajo tres puntos de vista diferentes; es decir, como todo poderoso, como sábio y racional, en fin, y como lleno de bondad; pero no ha podido llegar á mas el esceso de locura, que personificar estas tres cua-

lidades divinas ó trasformarlas en seres reales. Muy bien se puede suponer que estos atributos morales se hallen reunidos en un mismo Dios; pero es mucha insensatez hacer de ellos tres dioses diferentes, pues jamás se podrá salvar el politeismo metafísico, asegurando que estos dioses no hacen sino un solo Dios. Por otra parte, este sueño ó locura jamas le habia ocurido al legislador de los hebreos. El Eterno, cuando se reveló á Moisés, no le dijo que era tres. En el antiguo Testamento nada se habla sobre la Trinidad, sin embargo de que una idea tan estraña, tan maravillosa y tan imposible de adivinar, deberia haber sido formalmente revelada, sobre todo, cuando debia servir de fundamento al cristianismo, que desde la eternidad fué el objeto de los cuidados de la divinidad, y de cuyo establecimiento parece que habia cuidado aun ántes de la creacion del mundo.

Sea como quiera, la segunda persona ó el segundo Dios de la trinidad tomó carne; el hijo de Dios se hizo hombre. Pero ¿cómo el espíritu puro que preside el universo, pudo engendrar un hijo? ¿Cómo este hijo que ántes de su encarnacion no era sino un espíritu puro pudo combinarse con un cuerpo material y encerrarse en él? ¿Cómo la naturaleza divina pudo juntarse é identificarse con la naturaleza imperfecta del hombre, y cómo un ser inmenso é infinito como su padre se pudo formar en el vientre de una vírgen? ¿Cómo un

espíritu puro pudo fecundar á esta vírgen privilegiada? El hijo de Dios, gozó de su razon en el vientre de su madre, ó tuvo como los demás niños por algun tiempo la debilidad de espíritu, la imbecilidad y enfermedades de la infancia, y en este tiempo la sabiduria divina, y todo su poder, qué se hizo? Por último, cómo Dios ha podido padecer y morir? ¿Cómo un Dios justo ha podido consentir que un Dios libre de toda culpa padeciese los suplicios de un fascineroso? ¿Por qué no se aplacó su cólera sin haber hecho sacrificar en su honor una víctima tan preciosa y tan inocente? ¿Te pareceria á tí providencia muy acertada, si un soberano para deshacer la cólera que hubiese concebido contra su pueblo por haberse rebelado, obligase á este mismo pueblo á que le sacrificase un hijo querido, pero que no habia tenido parte en la rebelion?

Se nos dirá que fué por el amor que Dios tiene al género humano que quiso que se verificase este sacrificio. Pero yo pregunto: ¿no hubiera sido mas sencillo y mas conforme con las ideas de Dios perdonar la iniquidad del género humano, ó haberle impedido que las cometiese, que echar mano de semejantes medios? Siguiendo todo el sistema de la religion cristiana, parece evidente que Dios no crió el mundo sino para que su hijo fuese sacrificado. La caida de los ángeles rebeldes, visiblemente parece que no se verificó sino para prepa-

rar la de Adan: Dios no permite el pecado del primer hombre, sino para tener el gusto de manifestar su bondad á los hombres sacándolos de la esclavitud de Satanás; y no concede tanto poder al mismo Satanás, sino para tener la satisfaccion de dar un golpe mortal á este enemigo, haciendo que Dios muriese, y destruir por este medio el dominio que aquel habia tomado sobre la tierra.

Y por último, ¿salió Dios con su intento? ¿Los hombres se libraron del imperio de Satanás? ¿Dejaron de ser esclavos del pecado y se hallan en la feliz imposibilidad de incurrir en la cólera divina? La sangre del hijo de Dios, ¿lavó las iniquidades de la tierra? Los que han rescatado, aquellos á quienes se ha hecho conocer, los que creen en él, no ofenden al cielo? La divinidad que ha debido quedar satisfecha con un sacrificio tan asombroso, ¿ha libertado á los hombres de la pena del pecado? ¿No exige ya nada de ellos? Y despues de la muerte de su hijo, ¿los ha eximido de las enfermedades, calamidades y la muerte? Nada de esto ha sucedido: las medidas que desde la eternidad se habian tomado por la sábia prevision de Dios, á cuya voluntad nada puede oponérsele, fueron destruidas y sin efecto; la muerte del mismo Dios ha sido inútil para el género humano; todos los proyectos divinos han sido desbaratados por el libre albedrio del hombre y el poder de Satanás. El hombre to-

davia peca y se muere; el diablo ha quedado dueño del campo de batalla, y no ha sido sino para un número muy pequeño de escojidos que Dios quiso morir.

A la verdad, amiga mia, que me da vergüenza verme en la precision de tener que combatir sériamente tales quimeras; si alguna cosa tienen de maravillosa, es haber podido ser producidas é inventadas por la imaginacion del hombre y que las hayan admitido seres racionales. En fin, estas ideas verdaderamente son misteriosas, y nada hay tan demostrado como el que las personas que nos hablan de ellas son tan incapaces de comprenderlas como nosotros. Decir que se creen semejantes absurdos, es mentir positivamente; siempre será imposible creer lo que no se puede comprender; para creer una proposicion, es necesario entenderla. Creer lo que no se puede comprender, es adherirse neciamente á las tonterias de los otros; creer las cosas que no entienden los que nos las dicen, es el colmo de la estupidez; creer ciegamente los misterios de la religion cristiana, es admitir las contradicciones, que aun los mismos que las anuncian no pueden convencerse de ellas, pues necesariamente se pierden ellos mismos en el laberinto de absurdos que sin exámen han admitido de sus padres ó de sus antecesores, que sin duda serian, ó impostores, ó engañados por éstos.

Si me preguntas cómo los hombres no se han cansado ó incomodado con sueños tan absurdos é ininteligibles me contentaré con esplicarte este gran *misterio*, que es el secreto de la Iglesia y el gran misterio de nuestros *sacerdotes*. Para conocerlo no se necesita sino examinar con refleccion las disposiciones generales del hombre, sobre todo, cuando es ignorante é incapaz de raciocinar. El hombre, naturalmente tiene cierta curiosidad; esta curiosidad se acalora, y su imaginacion trabaja cuando en las cosas que se le anuncian como importantes para su felicidad, se le manifiestan misterios. El vulgo desprecia lo que conoce ó lo que entiende; el medio de ganarlo ó de rendirlo, es deslumbrarlo, anunciarle maravillas, prodigios y cosas extraordinarias; no admira ni respeta sino lo que le pasma, lo que afecta su imaginacion con demasiada viveza, lo que hace trabajar mucho su espíritu y aquello de que no tiene ideas. Los sacerdotes, que son los que con mas ansia son escuchados, los mejor recibidos del pueblo, los mas respetados y los mas premiados, serán siempre los que anunciarán mas maravillas y misterios.

Por otra parte, siendo la divinidad un sér cuya esencia impenetrable está oculta á los ojos de los mortales, estos han imaginado que todo lo que no pueden comprender, necesariamente tiene algo de divino. *Sagrado, misterioso y divino* han llegado á ser sinónimos; y es-

tas palabras imponentes han sido suficientes para hacer á los hombres doblar la rodilla.

Los tres misterios que acabo de examinar son recibidos unánimemente por todas las sectas de los cristianos; pero hay otros, sobre los cuales los teólogos no están de acuerdo. En efecto, vemos muchos hombres que despues de haber admitido con gusto un cierto número de estravagancias, hacen alto en ellas y rehusan admitir mas. Los cristianos protestantes están en este caso, pues desprecian misterios hácia los que la Iglesia romana manifiesta el mas profundo respeto. Sin embargo, que en punto á misterios parece muy difícil señalar el término en donde el espíritu humano deba detenerse.

Nuestros doctores, sin duda mas advertidos que los de los protestantes, astutamente nos han multiplicado los misterios. Ellos se desesperarian si hubiese en la religion alguna cosa clara, inteligible y natural. Mucho mas misteriosos que los sacerdotes de Egipto, han encontrado medio de convertirlo todo en misterio; movimientos de cuerpo, acciones indiferentes y ceremonias pueriles las han convertido en misterios sublimes y divinos. En la religion romana, todo es mágico, todo es prodigioso y sobrenatural. En las decisiones de nuestros teólogos el partido que adoptan casi siempre es el mas irracional y mas á apropósito para confundir y trastornar las ideas del buen sen-

tido. Por consiguiente, nuestros sacerdotes han llegado á ser los mas ricos, mas poderosos y mas respetados. La contínua necesidad que tenemos de ellos para obtener del cielo las gracias que se nos conceden por su mediacion, nos pone en la dependencia de estas personas maravillosas que se han hecho las medianeras y mensajeras entre Dios y los hombres.

Todos nuestros sacramentos encierran grandes misterios. Son ceremonias á las que la divinidad, segun se dice, comunica alguna virtud secreta por medios y caminos desconocidos, y de los que no se tienen ideas. El *Bautismo* es un sacramento sin el que ningun hombre se puede salvar: el agua que se echa sobre la cabeza del niño poco despues de haber nacido, lava su alma espiritual y la limpia de los horrores que son las consecuencias del pecado que Adan cometió por él. Por la misteriosa virtud de este agua y de algunas palabras igualmente incomprensibles, este niño se hace amigo de Dios, á quien su padre habia ofendido por él, aunque sin su noticia ni consentimiento. En todo esto, amiga mia, no podrás ménos de conocer una complicacion de misterios, pero que ningun cristiano puede dejar de creer, y esto aunque no haya uno solo que pueda concebir en qué consiste la virtud de este agua maravillosa, que se nos asegura tiene la de regenerar ó reengendrar, ni tampoco aunque no comprenda cómo el justo monarca del uni-

verso puede imputar faltas á los que no las han cometido, ni cómo un Dios sábio puede haber dado importancia á una ceremonia ridícula que sin mudar la inclinacion al pecado que traemos al nacer, puede muy bien en invierno llegar á ser peligrosa para la salud del niño.

La *Confirmacion*, este sacramento ó ceremonia para tener algun valor debe ser administrado por un obispo, que por medio de un bofeton aplicado sobre la mejilla del que lo recibe, baja el Espíritu Santo sobre su cabeza y le concede la gracia de no dudar jamás de la fé. Tú ves, amiga mia, que la eficacia de este sacramento es por desgracia desmentida en mí: aunque en mi juventud yo haya sido bien y perfectamente confirmado, no dejaré de avergonzarme de haber creido y dado fé por tanto tiempo á ideas desatinadas, y me lisonjearé de haber abandonado en este punto la creencia de mis padres.

El sacramento de la *Penitencia* consiste en decir al sacerdote en confianza todos los defectos y faltas que se hayan cometido, en el que igualmente vemos maravillas y misterios. En recompensa de esta humildad y sumision, á la que todo buen católico necesariamente está obligado, el sacerdote tambien pecador y con plenos poderes de la divinidad, les perdona y absuelve en su nombre los pecados por los que se habia hecho su enemigo, Dios se reconcilia

con el hombre que se prosterna delante de sus ministros, por cuya mediacion vuelve á abrir el cielo al desgraciado que se habia escluido de él. Si este sacramento no dispensa siempre señalados y grandes favores á los que le frecuentan, á lo ménos tiene la ventaja de hacerlos muy obedientes al clero; pues consigue por este medio ejercer su imperio sobre las almas, hasta el punto de poder algunas veces turbar la sociedad, y con mucha facilidad la paz y reposo de las familias y de las conciencias.

Los católicos tienen tambien otro sacramento que á la verdad encierra los mas extraordinarios misterios, y es el de la *Eucaristia*. Nuestros doctores nos obligan bajo de la pena de ser condenados si no, á creer que el hijo de Dios es obligado por un sacerdote á dejar la mansion de la gloria para venir á ocultarse bajo las especies de pan: este pan llega á ser Dios este Dios se multiplica siempre que los sacerdotes se lo mandan en diferentes lugares de la tierra: mas, sin embargo, en todos no es mas que uno solo, y un mismo Dios, á quien se da culto y adoracion por muchas jentes que se admiran y tienen por estravagante que los egipcios pudiesen en otro tiempo adorar las cebollas. Los católicos no contentos todavia con dar culto al pan que suponen divinizado, se lo comen tambien y creen que se alimentan con la sustancia del divino Dios. Los protestantes niegan un misterio tan extraordinario, y tienen

por verdaderos idólatras á los que lo admiten. Mas, en efecto, este dogma maravilloso, es sin duda alguna de una utilidad muy grande para nuestros sacerdotes: entre los que lo admiten, llegan á ser hombres muy importantes, pues tienen facultades y poder para disponer de la divinidad, que la hacen bajar á sus manos cuando quieren; un sacerdote católico es el creador de su Dios.

La *Estrema-Uncion:* este sacramento se reduce á untar con aceite á los que están próximos á la muerte, y se asegura que sirve de consuelo corporal y espiritual á los enfermos. Si produce estos buenos efectos, es de una manera invisible y misteriosa; las gracias que visiblemente conocemos que de él resultan, son el espanto que causa en las cabezas ya debilitadas con el mal, y anticipar el momento de la muerte. Pero nuestros sacerdotes son tan caritativos y se interesan tanto por nuestras almas, que quieren mas aventurar que por esta operacion se anticipe nuestra muerte, que al dejarnos partir de esta vida sin habernos administrado esta uncion saludable.

El *Orden* es una ceremonia misteriosa, en virtud de la que la divinidad derrama secretamente gracias invisibles sobre los que ha elegido para llenar las funciones de su ministerio sagrado. Segun la religion católica, Dios concede á sus sacerdotes la facultad y el poder de crear al mismo Dios, privilegio que no nos es

posible admirar bastante. Respecto de los efectos sensibles de este sacramento y de las gracias que visiblemente confiere, se reducen á trasformar por medio de algunas palabras y ceremonias un profano en un hombre sagrado, que es decir, en uno que ya no es profano. Por esta trasformacion espiritual este hombre llega á poder disfrutar rentas considerables, sin obligacion de hacer nada útil para la sociedad; ántes por el contrario, hasta el cielo le concede el derecho de engañar, turbar y saquear á sus ciudadanos que trabajan por él.

En fin, el *Matrimonio* es para nosotros un sacramento, supuesto que nos confiere gracias invisibles y misteriosas, de las que no tenemos la mas ligera idea. Los protestantes y los infieles que no miran el matrimonio sino como un contrato civil, y no como sacramento, no reciben ni mas ni ménos gracias que los buenos católicos: no vemos que estos por la virtud oculta de este sacramento, lleguen á ser ni mas unidos, ni mas constantes, ni mas fieles; y nosotros, amiga mia, conocemos á quienes se les ha conferido la gracia de aborrecerse *cordialmente*.

Yo no hablo aqui de otra multitud de ceremonias mágicas admitidas por algunas sectas cristianas, y desechadas por otras, á las que los devotos dan el valor, en la íntima y firme persuacion de que Dios se sirve de ellas para derramar visiblemente sus gracias. Sin duda alguna que

todas estas ceremonias encierran grandes misterios, y el modo de ejecutarlas es tambien muy misterioso. Así es que el agua sobre la que un sacerdote ha pronunciado algunas palabras de las que se contienen en su libro mágico, adquiere la virtud invisible de echar los espíritus malignos que por su naturaleza son tambien invisibles. El aceite sobre el que un obispo ha *marmoteado* algunas palabras, llega á tener la virtud de comunicar á los hombres, y aun á los seres inanimados tales como las maderas, las piedras, los metales y las murallas, virtudes invisibles que ántes no tenian. En fin, en todas las ceremonias de la iglesia se nos manifiestan misterios, y el vulgo que nada comprende, mas la admira y venera, y cesaria de prestarles la misma veneracion, si llegase á comprender alguna cosa.

Los sacerdotes de todas las naciones han comenzado por ser charlatanes, faranduleros, adivinos y mágicos. Se ven hombres de esta especie en las naciones mas groseras y mas salvajes, en donde se mantienen con la ignorancia y credulidad de los demas. Se les mira como á hombres superiores, adornados de gracias sobrenaturales, y favorecidos por los mismos dioses, porque les ven hacer cosas que tienen por maravillosas; pues es evidente que los ignorantes de todo se maravillan. En las naciones mas cultas el pueblo siempre es el mismo: las personas mas sensatas por lo comun tienen

las mismas ideas que él en materia de religion, y los sacerdotes, autorizados por la tonteria pública, continúan en su antiguo oficio con aplauso general.

No te maravilles, pues, de ver todavia ejercer la mágia á nuestros obispos y sacerdotes, ó hacer pantomimas á vista de los pueblos prevenidos en favor de sus antiguos usos, y que tienen mas apego á ellos, á medida que se hallan en menos disposicion de conocer su orígen. Todo lo misterioso tiene encanto y atractivo para los ignorantes; lo maravilloso arrastra y seduce á los hombres; las personas mas sábias é intruidas apenas se libran de este contagio. Así vemos que los sacerdotes estuvieron siempre obstinadamente unidos á los ritos y ceremonias de su culto, y jamás sucedió que sin revoluciones se pudiese conseguir el minorarlas ó destruirlas. La ceremonia mas despreciable, por lo regular, ha costado arroyos de sangre: los pueblos se han creído perdidos siempre que se ha querido innovar alguna cosa en materia de religion: creian que se les queria privar de los bienes desconocidos y gracias invisibles que suponia que la misma divinidad habia puesto en algunos movimientos del cuerpo. Los sacerdotes mas hábiles y mas astutos, han tenido mucho cuidado de sobrecargar la religion de ceremonias, prácticas y misterios, pues conocian que todos eran otros tantos lazos para atar mejor al pueblo, llenarlo de entusiasmo, ha-

cerse ellos necesarios, apoderarse ellos del dinero, y grangearse el respeto y la veneracion.

La naturaleza no te ha criado á tí para que por mas tiempo vivas engañada por esos charlatanes sagrados, que hacen temblar al vulgo con sus farándulas y trampas maravillosas: tú ya estas convencida de que sus misterios no son sino absurdos en los que ellos mismos se confunden, y que por consiguiente no pueden hacer entender á los demas: tú sabes que los movimientos del cuerpo ó las ceremonias deben ser cosas muy diferentes para el ser sábio que se nos manifiesta como el motor de todos los demas. Tú conoces que un Dios racional no debe pagarse mucho de ceremonias pueriles, y que el Soberano todopoderoso de la naturaleza, libre y escento de necesidades, de orgullo y de vanidad, no puede como los príncipes de la tierra exigir una vana etiqueta ni dispensar sus favores por medio de ceremonias ridículas é irracionales. De donde concluirás, que todos los ritos maravillosos, en los que nuestros sacerdotes nos aseguran que hay tantos ocultos misterios, y en los que el pueblo hace consistir toda su religion, no son sino puerilidades á las que las gentes sensatas se ven en la necesidad de someterse por no chocar contra la costumbre, y para no alarmar contra ella los ánimos demasiado engañados de sus débiles conciudadanos.—Yo soy, &.

CARTA SETIMA.

Amiga mia: Veo que ya sabes cómo te has de conducir respecto de las ceremonias y misterios que la religion te propone meditar y adorar en silencio. Voy ahora á tratar de las prácticas en las que nuestros doctores nos aseguran que Dios tiene la mayor complacencia, y que por medio de ella se nos dispensan muchos favores. En consecuencia de las ideas falsas, siniestras, contradictorias é incompatibles que todas las religiones reveladas tienen de la divinidad, los sacerdotes han inventado para los pueblos una infinidad de usos irracionales, pero muy conforme á las nociones erróneas que se tenian de este ser: Siempre se miró á Dios como un hombre lleno de pasiones, sensible á las ofertas, á la lisonja y á las señales de sumision, ó mas bien como un soberano fantástico, quisquilloso y que lleva muy á mal que se le falte á los respetos y cuidados que su vanidad podria exigir de sus súbditos.

Segun estas nociones tan indecentes para Dios se han inventado una multitud de prácticas estrañas, ridículas, fastidiosas y por lo regular crueles, con las que los hombres se persuaden que hacen un mérito particular para merecer la gracia y templar la cólera del soberano del

mundo. De aquí tienen orígen las oraciones, las ofrendas y los sacrificios que se han creído deberle hacer. Los hombres se han olvidado de que á un Dios bueno y que lo sabe todo, es impertinente y escusado que se le moleste ó importune: que un Dios, que es el autor de todo, no tiene necesidad que le presenten y ofrezcan sus propias obras; que un Dios que conoce su poder, no tiene necesidad, ni de la lisonja, ni de la sumision que le recuerden su grandeza, su poder y sus derechos: que un Dios que es señor de todo, no puede exigir que se le ofrezca lo que ya le pertenece: que un Dios que no necesita nada, no se podrá conquistar con presentes, ni envidiar á sus criaturas los bienes que han recibido de su bondad divina.

Por no haber hecho reflexiones tan sencillas, todas las religiones del mundo se han llenado de una infinidad de prácticas inútiles con las que los hombres á porfia han hecho esfuerzos para tener propicia la divinidad. Los sacerdotes, que siempre se han vendido por los cortesanos, los ministros, los favoritos y los intérpretes de Dios, han conocido que les seria muy fácil aprovecharse de los errores de los hombres y de los presentes que ofrecian á sus dioses. Así tuvieron grande interes en mantenerlos en sus falsas ideas, aumentar las tinieblas en sus espíritus, inventarles medios de agradar á las potestades desconocidas que disponian de su suerte, y en escitar su devocion y

su celo hácia seres invisibles de los que ellos se habian constituido los representantes visibles. Los sacerdotes conocieron desde luego que trabajando para sus dioses trabajaban para sí mismos, y que podrian aprovecharse de los presentes, sacrificios y ofrendas que se hacian á los seres que jamás se presentarian á reclamar lo que se les habia destinado.

Hé aquí cómo los sacerdotes han llegado á hacer causa comun con la divinidad. Su política les obligó á favorecr y aumentar los errores del género humano. Hablaron de este ser inefable como de un monarca interesado, celoso y vano que no daba nada, sino con el objeto que se le devolviese; que contínuamente estaba exigiendo señales de sumision y de respeto: que queria que siempre se le diese á conocer la deferencia que se tenia hácia él; que queria que se le suplicase; que no concedia sus favores sino á los importunos en pedírselos con el objeto de hacérselos desear mas y darles mayor importancia; y sobre todo, que templa su cólera y se deja ganar con regalos, de los que se aprovechan sus ministros.

Es indudable que sobre las ideas tomadas de las córtes de la tierra, se han fundado todas las prácticas, las ceremonias y los ritos que vemos establecidos en todas las religiones del mundo. Todos á porfia se han esforzado en hacer de su Dios el monarca mas grande, mas terrible, mas despótico y mas interesado. Los pue-

blos llenos de estas opiniones humanas y villanas, han admitido sin exámen las invenciones que los ministros de la divinidad les enseñaban, como las mas á propósito para conseguir lo que le pedian ó para apaciguar su cólera. Los sacerdotes acomodaron siempre á su sistema religioso y á sus intereses las prácticas que habian inventado; y el vulgo ignorante las siguió sin exámen. La costumbre lo familiarizó con cosas, sobre las que jamás habia meditado, y miró como una obligacion la rutina que se le habia trasmitido de edad en edad y de padres á hijos.

Apenas ha nacido el niño, cuando se le hacen juntar maquinalmente sus pequeñas manecitas para enseñarle á orar. Se oblíga á su lengüecita á tartamudear oraciones que no comprende, y dirigidas á un Dios que jamás llegará á conocer. Sobre los brazos de su madre ó nodriza es conducido al templo en donde sus ojos se acostumbran á mirar los espectáculos, las ceremonias y los pretendidos misterios de los que ni aun en su edad madura podrá entender una sola palabra. Si entónces se le preguntase la razon de por qué se conducia así, y se quisiese saber la causa que se habia obligado á formarse una obligacion importante y sagrada de este modo de conducirse, no responderia otra cosa sino que desde la infancia le habian dicho que observase con la mayor escrupulosidad y respeto aquellos usos que sin duda alguna debian ser

sagrados, supuesto que él nada de ellos entendia. Si se intentase desengañarlo de estas ridiculeces, ó no escucharia, ó se llenaria de ódio contra aquel que contradigese las ideas arraigadas en su cerebro; todo mortal que intente volverlo al camino de la razon y del buen sentido, y que raciocine contra los hábitos que ha contraído, le parecerá ridículo é insensato, ó bien le despreciará y echará de sí como impío y blasfemo, pues así se le ha dicho que debe llamar á la persona que no siga la misma rutina que él, ó que no una las mismas ideas á las cosas sin haberlas examinado.

¡Qué horror no concebiria todo cristiano devoto si se le dijese que la oracion era inútil! ¿Cuál seria su sorpresa y su asombro si se le hiciese conocer que aun sentados los principios de su religion, las súplicas y oraciones que en su infancia le han enseñado como las mas agradables á su Dios, son injurias á este mismo Dios? En efecto, si Dios le sabe todo, ¿á qué viene manifestarle las necesidades de las criaturas que él ama? Si Dios es un padre lleno de ternura y de bondad, ¿qué necesidad hay de pedirle *el pan de cada dia?* Si Dios prevée las necesidades de sus hijos y las conoce mucho mejor que ellos mismos las pueden conocer, ¿por qué permite que le importunen para que se las remedie? Si este Dios es inmutable y sábio, ¿cómo las criaturas podrian hacer que mudase sus resoluciones divinas? Si Dios es justo y bueno,

¿cómo hay valor de injuriarlo hasta el punto de suplicarle diciendo: *no nos dejes caer en la tentacion.*

Por esto conocerás, amiga mia, que hay muy pocos cristianos que se den razon de lo que dicen cuando todos los dias rezan la oracion que se asegura la compuso el mismo Dios. Tú ves que la *oracion dominical* contiene una infinidad de absurdos y de ideas enteramente contrarias á las que todo cristiano debe tener de Dios. Si se le pregunta por qué repite tantas veces esta vana fórmula sobre la que nunca ha reflexionado, no podrá decir otra cosa sino que sus padres desde la infancia le dijeron que juntase las manos y repitiese estas palabras que él jamás ha comprendido; añadirá tambien, que toda su vida los sacerdotes le han asegurado que esta fórmula de peticion era la mas sagrada y la mas propicia para alcanzar todas las gracias de su padre celestial.

Lo mismo debemos juzgar de la multitud de oraciones que nuestros doctores nos recomiendan sin cesar. Si se les hubiese de creer, el hombre, para agradar á Dios, no deberia hacer otra cosa en toda su vida, que molestarle con súplicas pesadas é importunas, á fin de conseguir sus gracias y favores. Si Dios es bueno, si ama á sus criaturas, si conoce sus necesidades, ¿á qué fin viene suplicarle? Si Dios es inmutable, ¿quién podrá hacerle variar sus decretos? Si Dios es sábio, él sabe mejor que los hombres

lo que necesitan: si Dios es capaz de ser ofendido por sus criaturas, y en efecto lo fuese, él debe despreciar las súplicas y oraciones que ofenden su bondad, su justicia y sabiduria infinitas.

¿Qué motivos tienen, pues, nuestros sacerdotes para inculcarnos sin cesar la necesidad de orar? El que por la oracion mantienen los espíritus en las opiniones ventajosas para ellos. Contínuamente nos representan á Dios con las propiedades de un monarca que apenas se deja ver de nadie, y que cuesta mucho si alguna vez se le ha de hablar, y de quien ellos son los ministros, los cortesanos y los favoritos: ellos son tambien los medianeros entre el soberano invisible y los súbditos de la tierra, á quienes venden á buen precio su poderosa intercesion: ruegan y piden por los pueblos, y con esta operacion tan sencilla y de poco trabajo, se hacen honrar, recompensar y pagar como si proporcionasen ventajas reales á la sociedad. Sobre la necesidad de la oracion está fundada la existencia de nuestros sacerdotes, de nuestros religiosos y religiosas, cuyo principal ejercicio es levantar al cielo sus manos ociosas é implorar por los pueblos la clemencia de Dios, que sin ellos no concederia nada á sus amadas criaturas, ó no les enviaria sino castigos y calamidades; las oraciones de los sacerdotes se tienen como el remedio universal para todos nuestros males. Las desgracias de las naciones inmediata-

mente se llevan á los piés de nuestros directores espirituales, y éstos por lo comun encuentran su ganancia en las calamidades públicas: entónces es cuando sacan utilidad de la asistencia que hacen al Todopoderoso. Por no conocer los hombres el curso de la naturaleza y sus leyes, miran todo lo que les aflige como efectos visibles de la cólera divina: los males, para los que no encuentran remedio, les parecen sobre todo señales de un poder sobrenatural ó divino que se encarniza contra ellos. El Dios que ellos llaman tan bueno, les parece que algunas veces se empeña en hacerles mal: les parece que su padre tan tierno y compasivo trastorna algunas veces el órden de la naturaleza para manifestar su furor. El Dios tan justo los castiga algunas veces sin que puedan adivinar la causa de haber merecido su enojo. Entónces llenos de angustia recurren á los sacerdotes, los que nunca dejan de hallar motivos para que Dios les haya hecho probar su cólera: les dicen que han ofendido á Dios; que lo han despreciado, y que para aplacarlo necesitan de la oracion, de las ofrendas y sacrificios; é igualmente que sus ministros sean mirados con mas respeto, mas escuchados y mas enriquecidos. Si no ejecutan todo esto, se le anuncia al vulgo que en castigo se helarán sus viñas, sus campos serán incendiados, y que la peste, el hambre y la guerra destruirán la tierra; y cuando todas estas desgracias han suce-

dido se le insta á que ore para que cesen.

Si el temor y el terror permitiesen raciocinar al hombre, veria que todos los males, así como todos los bienes son consecuencia necesaria de la naturaleza de las cosas. Conoceria que un Dios sábio é inmutable no puede obrar sino siguiendo las leyes que él mismo, dicen, que ha formado: llegaria á conocer que las calamidades, la esterilidad, las enfermedades, las pestes y la muerte son efectos tan necesarios como la abundancia, la salud y la vida. Veria que las guerras, las esterilidades y el hambre, son por lo regular efectos de la imprudencia de los hombres: se sujetaria á los accidentes y casualidades que son inevitables, y remediaria los que con anticipacion llegase á conocer. Se precaveria por medios sencillos y naturales contra aquellos males que tuviesen algun recurso, y despreciaria los medios sobrenaturales y oraciones inútiles que la experiencia de tantos siglos deberia ya haber desengañado á los hombres, si fuesen capaces de pensar en sus preocupaciones religiosas.

Esto no traeria cuenta á nuestros sacerdotes, pues llegarian á ser inútiles si se conociese la ineficacia de sus oraciones, la futileza de sus prácticas, y el poco fundamento de esos ejercicios de piedad que ponen á sus piés al género humano. Ellos no dejarán nunca de gritar contra aquellos que pretenden desacreditar *su tienda;* amedrentarán las almas apocadas con las

ideas aflictivas y terribles que les den de la divinidad: les prohibirán que raciocinen, y atolondrando su razon, los harán obedientes á sus mas ridículos mandatos, mas irracionales y mas contradicctorios á sus mismos principios; trasformarán esas prácticas arbitrarias é indiferentes, ó mas bien inútiles y nocivas, en obligaciones importantes que se las harán respetar como mas esenciales que las obligaciones mas sagradas de la moral. Ellos saben que el hombre no raciocina desde el momento que sufre ó que es desgraciado; así, si esperimenta verdaderas desgracias, es indudable que los sacerdotes se apoderan de él; si no es desgraciado, le amenazarán y le harán temer desgracias imaginarias.

En efecto, amiga mia, cuando te pongas á examinar sin prevencion las pretendidas obligaciones que la religion impone, no podrás menos de conocer, que útiles solamente para los sacerdotes, son inútiles para Dios y para la sociedad, y por lo comun suelen ser perniciosas. ¿Qué utilidad puede acarrear á su familia una madre muy devota que pasa su vida entregada á la oracion, á los ayunos, meditaciones y soledad, y poco satisfecha todavia con despreciar sus verdaderas obligaciones por estas obligaciones fútiles, no deja sus ejercicios de piedad sino para presentarse en la sociedad con un génio endemoniado que ha contraido en las místicas conversaciones con su director? Su

marido, sus hijos y su familia ¿se alegrarian de ver que su suerte dependia de una mujer que malgastaba el tiempo en la oracion, y que sus meditaciones y prácticas molestas no servian sino para hacerla áspera, indócil, incómoda y de mal génio? ¿No seria mejor que un padre ó madre de familia se ocupasen en el cuidado de su casa, ó de los negocios domésticos, por lo regular despreciados, principalmente en las casas grandes, que no pasar el tiempo en oir misas y sermones, meditar misterios y dogmas ininteligibles, retirarse y entregarse á ejercicios de piedad que para nada sirven? En la poblacion en que tú estás hay un número considerable de devotos y devotas llenos de deudas, y cuyos intereses se han menoscabado mucho por no haber cuidado de ellos. Contentos con poner en órden su conciencia, han abandonado la educacion de sus hijos, el arreglo de sus bienes, y no han cuidado de pagar las deudas. Habrá hombre que se ponga frenético y casi desesperado por haber faltado á una misa, y consentirá que se presenten en su antesala por muchos años los desgraciados acreedores que se habrán arruinado, tanto por su negligencia como por su mala fé. A la verdad, amiga mia, que todo bien considerado, la devocion jamás será buena para nada.

¿Pues qué diremos de tantas fiestas como tenemos? ¿No se vé que verdaderamente son perniciosas á la sociedad? ¿Los dias no son igua-

les para el Eterno? ¿Hay dias de *gala* para la córte celestial? ¿Se puede honrar á Dios con la ociosidad de un artesano ó comerciante, que en lugar de estar ganando el pan para la subsistencia de su familia, va á perder el tiempo á la iglesia, y despues que sale de ella, se mete en la taberna á gastar lo que tiene? Se dirá que es preciso que el hombre descanse; mas yo digo que cuando se sienta fatigado él descansará sin necesidad de que llegue el dia de fiesta. Seria mucho mejor que estuviese trabajando, que no el que se fuese al templo á cantar en latin, ó á oir sermones de los que nada podrá entender. Un hombre que escrupulice trabajar el domingo no se avergonzará de emborracharse en el mismo dia, y de gastar en él todo lo que ha ganado en la semana. Pero el clero tiene interés en que se cierren todas las tiendas cuando la suya está abierta, y hé aquí sin duda por qué son necesarias las fiestas.

Hay alguna cosa tan contraria á las ideas que se pueden formar de la bondad y sabiduria infinitas de la divinidad, como las abstinencias y prohibiciones, que la religion entre nosotros convierte en obligaciones? ¿ó las maceraciones, penitencias y austeridades que pretende trasformar en virtudes? Qué se diria de un padre que hiciese sentar sus hijos á una mesa llena de los manjares mas delicados, pero con la condicion de no tocar aquellos que mas apeteciesen? ¿Se puede suponer que un

Dios bueno envidie á sus criaturas el uso de los placeres inocentes que pueden hacer la vida mas agradable, ó que este Dios no haya criado los objetos apetecibles sino para incitar á los hombres, y prohibirles el uso de ellos? La religion cristiana parece que nos condena al suplicio de Tántalo. La mayor parte de las supersticiones de la tierra han hecho de Dios un soberano caprichudo y celoso, que se divierte en tentar é irritar los deseos de sus esclavos, y que les envidia todos los placeres que les pone en disposicion de gozar. Vemos por todas partes un Dios melancólico y triste, enemigo de la alegria, y que se enfada del bienestar de sus criaturas. En todos los países del mundo vemos hombres bastante locos que hacen mérito y gala de combatir contra la naturaleza, no socorriendola en sus necesidades y atormentándose ellos mismos con el objeto de hacerse agradables á Dios. Siempre y en todas partes se ha creido desarmar su cólera y evitar sus castigos mortificándose y sacrificándose al furor de un Dios que siempre desea víctimas.

Sobre todo, nosotros hallamos en la religion cristiana las ideas atroces, fanáticas é insensatas de suponer á su Dios tan cruel, que exigió de su hijo inocente tantas penas y dolores, y aun la misma muerte. Si un Dios libre de todo pecado él mismo se sujetó á sufrir y padecer, no es de admirar que hombres

pecadores se hayan hecho una obligacion el imitarlo, y que hayan inventado medios para hacerse miserables. Estas nociones lúgubres ya han poblado en otros tiempos los desiertos de una multitud de fanáticos, que renunciando los placeres de la vida se enterraban vivos, y creian alcanzar el cielo tratándose á sí mismos con la mayor crueldad, y haciéndose inútiles á la pátria. Por estas falsas ideas la divinidad se ha convertido en un tirano tan bárbaro como insensato, y son la causa de que se vean todavia entre nosotros hombres y mujeres entregarse para siempre á la melancolía, á la penitencia, al dolor y á las lágrimas, haciendo consistir la perfeccion en el arte ingenioso de atormentarse á sí mismos. Pero el orgullo sacerdotal, aun en el seno mismo de las austeridades, encuentra su provecho; los monges mas rígidos y mas austeros hacen vanidad y ostentacion de las barbaridades que su regla les obliga á ejecutar consigo mismos: ellos saben que estos tormentos refinados les atraen el respeto y la veneracion de los pueblos crédulos que se persuaden que los hombres que se mortifican y atormentan son hombres enteramente divinos. Los frailes que siguen reglas austeras son fanáticos que se sacrifican al orgullo del clero que vive en el seno de la abundancia y del lujo, mientras que algunos mentecatos hacen punto de honor el morirse de hambre.

¡Cuántas veces, amiga mia, te he visto yo enternecida acordándote de las pobres religiosas que tú has visto condenarse voluntariamente por toda su vida á los rigores de un encierro! Seducidas una vez por el entusiasmo de la juventud, ó violentadas por las órdenes de padres inhumanos, se ven precisadas á llevar hasta el sepulcro las cadenas de la mas dura prision. Sometidas sin apelacion á los caprichos de una superiora fastidiosa, que no halla consuelo en su propia esclavitud sino haciendo sentir su imperio á las demás con la mayor dureza, tú has visto á esas jóvenes desgraciadas en la precision de renunciar para siempre de su propia voluntad, y de suspirar á cada momento bajo el riguroso despotismo, al que votos indiscretos las habian sacrificado. Todos nuestros monasterios no nos presentân sino el odioso cuadro de fanáticos que se han separado de la sociedad para ocuparse en el triste cuidado de hacerse desgraciados, que se han reunido solo para hacerse mútuamente la vida insoportable, y que con el objeto de alcanzar el cielo han inventado el padecer en este mundo los tormentos del infierno.

Si la religion no obliga á todos los cristianos á estas sublimes perfecciones, sin embargo, les obliga á sufrir y mortificarse. La iglesia ordena á todos sus hijos penitencias, abstinencias y ayunos, que los pone en el número de las obligaciones, los místicos y devotos creen que

dan gusto á la divinidad cuando han llenado escrupulosamente las prácticas importunas, minuciosas y pueriles, en las que se puede decir que nuestros sacerdotes no se proponen otra cosa que probar la paciencia y sumision de los que se han entregado á ellos. ¿Qué idea tan ridícula deberán formarse de la divinidad las personas que creen de buena fé, por ejemplo, que toma interés por los diversos alimentos que entran en nuestros estómagos y que se persuaden que se pone de mal humor cuando comemos huevos ó carnero, y que se regocija cuando ve que comemos legumbres ó pescados? A la verdad, amiga mia, que nuestros sacerdotes, que algunas veces nos dan ideas tan sublimes de la divinidad, parece que muchas veces tienen placer en envilecerlas hasta lo sumo.

La vida de un buen cristiano ó de un buen devoto se reduce á una multitud de prácticas y ceremonias incómodas, que se deberian perdonar si procurasen algun bien á la sociedad. Mas nuestros sacerdotes no tratan de esto: ellos no quieren sino esclavos sumisos, y tan ciegos, que respeten todos sus caprichos como si fueran órdenes de un Dios sábio: los quieren nécios para que miren todas sus ceremonias como misterios divinos, y que las observen escrupulosamente como enseñadas por los favoritos del Todopoderoso. ¿Qué bienes resulta á las naciones de que los cristianos no coman el

viérnes en una misma comida carne y pescado, cuando todos tienen, y con razon, esta ley por muy ridícula? Es muy fácil de conocer que entre nosotros esta ley violada á cara descubierta por los ricos es solamente onerosa á los pobres, que se ven obligados á pagar mas caro un alimento malsano y poco apropósito para reparar las fuerzas perdidas con el trabajo. Fuera de que los sacerdotes ¿no venden á los ricos el permiso de quebrantar sus leyes? Parece que no han multiplicado las ceremonias, las obligaciones y las incomodidades sino para tener la satisfaccion de multiplicar nuestras faltas con el objeto de sacar un buen partido de nuestros pretendidos delitos.

Cuanto mas examinemos la religion, encontraremos mas motivos de convencernos que solamente se ha inventado para beneficio de los sacerdotes. Todo parece que conspira á hacérnoslos precisos, á someternos y á entregarnos á sus caprichos, á obligarnos á trabajar para su grandeza, y hacerlos ricos. Nos mandan cosas muy penosas; nos dicen que caminemos á perfecciones imposibles, para obligarnos á cometer algunas faltas, con lo que hacen que las almas piadosas se llenen de escrúpulos, de aflicciones de espíritu, que ellos quitan mediando el dinero. Un devoto está obligado á observarse á sí mismo contínuamente, se está reprendiendo siempre, y siempre tiene necesidad de su confesor para expiar las preten-

didas faltas que su imaginacion le presenta muy abultadas; pero por desgracia las faltas que tiene por de mayor consideracion, por lo regular importan muy poco á la sociedad. Por una consecuencia de las preocupaciones religiosas con que los sacerdotes apestan los espíritus débiles de los devotos, se creen estos infinitamente mas culpables cuando han omitido una práctica ó ceremonia inútil, que cuando han cometido una injusticia horrorosa, una calumnia atroz, ó por haber pecado contra la humanidad. A los devotos en estando bien con Dios, les importa poco el estar bien ó mal con los hombres, ó ser inútiles á sus semejantes.

En efecto, ¿qué fruto puede sacar la sociedad de las oraciones contínuas, de los ayunos, de las privaciones, de los retiros, de las meditaciones y austeridades á las que la religion da tan alta consideracion? ¿Todas estas prácticas misteriosas producen algun bien real y efectivo? ¿Son capaces de calmar las pasiones, corregir los vicios, y hacer virtuosos á los que mas escrupulosamente las observan? ¿No vemos todos los dias personas que se creerian condenadas si faltasen á una misa en un dia de fiesta, si se comiesen un pollo en viérnes, si despreciasen una confesion, permitirse por otra parte una infinidad de faltas, tener una conducta muy injusta é insoportable para los que tienen la desgracia de vivir en su compañia? Las prácticas de las que la mayor parte de los

hombres las hacen ó tienen por obligaciones esenciales, absorven por lo regular las verdaderas de la moral: si los devotos son religiosos, rara vez son virtuosos; contentos y satisfechos con lo que la religion les pide, se ocupan muy poco de lo demás; se creen queridos de Dios, y se les da muy poco el ser aborrecidos de los hombres, ó no hacen nada para merecer su amor. Toda la vida de un devoto se reduce á llenar con exactitud las obligaciones indiferentes á Dios, molestas á sí mismo, é inútiles á los demás: él cree que es virtuoso cuando ha cumplido fielmente las prácticas que su religion le ordena, cuando ha meditado los misterios de los que nada puede comprender, cuando tristemente ha empleado el tiempo en hacer cosas que un hombre de sentido no ve en ellas ninguna utilidad; en fin, cuando ha practicado todo cuanto ha podido las virtudes evangélicas ó cristianas, en las que se dice que está toda la moral.

Yo prometo examinar estas virtudes en mi primera carta, y probar que la mayor parte son contrarias á las ideas que tenemos de Dios, inútiles á nosotros mismos, y por lo regular peligrosas y funestas para los demás.

CARTA OCTAVA.

Amiga mia: Si nos hubiésemos de atener á lo que dicen nuestros doctores, sin duda nos convenceriamos de que la religion cristiana, por la hermosura de su moral, es superior á la filosofía y á todas las religiones de la tierra. Si los hubiésemos de creer, el espíritu humano y la débil razon jamás hubieran podido ni aun imaginar una moral mas sana, virtudes mas heróicas, y preceptos mas útiles para la sociedad. Mas todas las virtudes conocidas ó practicadas por los paganos no son tenidas por nuestros sacerdotes sino por falsas virtudes, que bien lejos de merecer nuestra estimacion y el favor del Todopoderoso, no son dignas sino de nuestro menosprecio, y á los ojos del Eterno *pecados de gran tamaño;* en una palabra, segun ellos, la moral cristiana es una moral enteramente divina, y los preceptos que nos da son tan sublimes que no pueden ser sino la obra de Dios.

En efecto, si por divino se entiende lo que los hombres no pueden concebir ni practicar; si por virtudes divinas se entienden aquellas cuya utilidad no puede adivinar el espíritu humano; si por perfecciones divinas se señalan cualidades que los mortales no puede co-

nocer, ó que son contrarias á todas aquellas de que tienen alguna idea, entónces se puede convenir que la moral cristiana será enteramente divina, ó á lo menos será cierto que nada tiene de conforme con la moral que conviene á los hombres, y que por lo comun no podrá servir para otra cosa que para confundir todas las ideas que pueden formarse de la virtud.

Por las débiles luces de la razon y del buen sentido, nosotros entendemos por virtudes las disposiciones habituales que se dirigen á la felicidad y utilidad real de aquellos con quienes vivimos en sociedad, y con cuya práctica les obligamos á interesarse recíprocamente en nuestro bienestar. En la religion cristiana se señalan con el nombre de virtudes las disposiciones que es imposible tener sin la gracia sobrenatural, y que cuando las conseguimos son inútiles y molestas para nosotros y para los demas con quienes vivimos. La moral cristiana es verdaderamente una moral del otro mundo. Los buenos cristianos se pueden comparar á aquel filósofo de la antigüedad, que teniendo siempre los ojos en los astros, cayó en un poso que tenia á sus pies. Toda su moral no tiene otro objeto que apartarlos de la tierra para conducirlos únicamente al cielo, del que no tienen idea. Esta moral jamas ha tenido ni tiene por blanco la felicidad temporal. Este mundo para un cristiano no es sino

un paso ó camino que lo conduce á otro mundo mucho mas interesante para él, por lo mismo que ni lo conoce ni lo puede conocer. Mas, para llegar á ser bienaventurado en el mundo desconocido, la religion nos enseña que lo mejor que podemos ejecutar es hacernos desgraciados en el mundo que conocemos, y sobre todo, que para caminar con seguridad á la felicidad, debemos proscribir nuestra razon, que es decir, que cerremos enteramente los ojos, y nos dejemos conducir como ciegos por nuestros sacerdotes. Sobre estos principios está fundada toda la moral cristiana.

Esto, supuesto, examinemos las virtudes que sirven de fundamento á la religion cristiana: se llaman teologales ó divinas, y se asegura que sin ellas el hombre no puede ser agradable á Dios.

La primera de las virtudes es la fé. Segun nuestros doctores la fé es un don de Dios, una virtud sobrenatural por la que se crée firmemente en Dios, y en todo lo que se ha dignado revelar á los hombres, aun cuando nuestra razon no lo pueda comprender. Se dice que la fé está fundada sobre la palabra de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos: por tanto, la fé supone que Dios ha hablado á los hombres. Pero ¿quién es el que nos afirma que Dios ha hablado á los hombres? Las santas Escrituras. ¿Y quién nos asegura que las santas Escrituras contienen la palabra de Dios?

Los sacerdotes, que, reunidos en cuerpo, constituyen lo que se llama Iglesia. ¿Mas quién nos asegura que la Iglesia no puede ó no quiere engañarnos? Los santas Escrituras que nos afirman la infalibilidad de la Iglesia; de la misma manera que ésta nos asegura la certeza de las Escrituras. De donde se deja conocer que la fé no es otra cosa que la ciega confianza que tenemos en nuestros sacerdotes, sobre cuya palabra abrazamos opiniones que no podemos comprender. Se nos habla, es verdad, de milagros que confirman las Escrituras; pero son las mismas Escrituras las que refieren y afirman los milagros, cuya imposibilidad me parece que he demostrado hasta lo sumo. Fuera de que yo creo haber probado hasta la evidencia que es imposible convencerse de lo que no se puede comprender. El exámen que formé de los libros que los cristianos llaman sagrados, ha debido convencerte que un Dios sábio, bueno, previsor, justo y poderoso, no podia ser el autor de ellos. Por tanto nos es imposible creer lo que dicen; y lo que llamamos fé jamas puede ser otra cosa que una ciega é irracional adhesion á los sistemas inventados por los sacerdotes que nos han persuadido, desde la edad mas tierna, que era preciso que adoptásemos opiniones que ellos han juzgado útiles á sus propios intereses. Pero estos sacerdotes, por interesados que sean en las opiniones que quieren hacernos creer ó admitir como verdaderas, ¿pueden creerlas

ellos mismos y estar convencidos íntimamente de su verdad? Sin duda que no. Son hombres como nosotros, provistos de iguales órganos, y que de la misma manera que nosotros, están en la imposibilidad de convencerse de las cosas igualmente incomprensibles para todo el género humano. Si ellos tuviesen algun sentido mas que nosotros, entónces podríamos creer que tenian la facultad de comprender lo que no está á nuestro alcance; pero como nada nos hace ver que tengan este sentido privilegiado, estamos obligados á concluir que su fé, así como la de los demas cristianos, no es sino una adhesion ciega é irracional á opiniones que han recibido su exámen de sus predecesores, y que es imposible que crean con el convencimiento necesario cosas de las que no pueden estar íntimamente persuadidos, supuesto que ellas jamas pueden prestar evidencia, que es la que solamente produce la certeza y aun la posibilidad.

Se replicará que la fé ó la facultad de creer cosas increibles es un don de Dios, que no es conocido sino por aquellos á quienes el mismo Dios se digne dispensarlo. A lo que respondo, que en este caso es necesario esperar que Dios nos comunique esta gracia, de la que no tenemos idea; miéntras tanto, parece que la credulidad, la estupidez y la irracionalidad no pueden ser gracias ni dones emanados de la divinidad racional, ó de aquella á quien el hombre

es deudor de la razon. Si Dios es infinitamente sábio, es imposible que le sean agradables los homenages de los pobres de espíritu. La fé, si fuese una gracia particular seria verdaderamente la facultad de ver las cosas de otra manera que son en sí ó de otro modo diferente del que Dios las ha hecho; y en este caso la naturaleza entera, y todo lo que vemos, no seria sino un monton de ilusiones. Para creer que la Biblia es la obra de Dios, es preciso echar por tierra todas las ideas que se tienen de él; para creer que un solo Dios es tres dioses, y que tres dioses no son sino un solo Dios, es necesario abandonar todos los principios que se tienen, y llegarse á convencer de que en la tierra nada hay cierto.

Por tanto, amiga mia, debemos sospechar que lo que nuestros doctores llaman un don del Todopoderoso, una gracia sobrenatural, no es otra cosa que una entera ceguedad, una credulidad irracional, una vil sumision, una vaga incertidumbre, una estúpida ignorancia, que nos hace suscribir sin exámen á todo lo que nos dicen nuestros sacerdotes, y que nos obliga á adherirnos, sin saber por qué, á las opiniones de algunos hombres que no pueden tener mayor certeza de ellas que nosotros mismos. Por último, podemos sospechar, sin arriesgar mucho, que esos hombres que tanto nos alaban sin necesidad, una virtud propia tan solo para confundir y embrollar las ideas mas

claras que tenemos, procuran taparnos los ojos para engañarnos con mas seguridad. Esto es lo que debemos inferir de la conducta de nuestros sacerdotes; éstos, olvidándose á cada instante de que nos han asegurado que la fé era un don de Dios, un presente de su gracia que lo concedia á quien le acomodaba, y que lo rehusaba á quien le parecia; se incomodan y enfadan contra todos aquellos á quienes la divinidad no ha concedido el don de creer. No cesan de clamar contra ellos. y cuando se hallan con el poder en la mano, hacen todo lo posible por exterminarlos. Así los hereges y los incrédulos llegan á ser responsables de las gracias que no han recibido, y se les castiga en este mundo, porque Dios les ha negado los medios necesarios para llegar al otro. La falta de fé es para los sacerdotes y los devotos el mas irremisible de los pecados; es el que por la bárbara locura de los hombres se castiga con mas rigor; pues tú sabes muy bien amiga mia, que en los paises en donde el clero tiene mucha influencia y consideracion, se quema en caridad á los que no tienen toda la fé que se necesita. Si se preguntan los motivos de una conducta tan injusta é irracional, se nos dice que la fé es la cósa mas necesaria y que es de la mayor importancia para las buenas costumbres; y que un hombre sin fé no puede ser sino un malvado temible y un mal ciudadano. Pero por último, ¿está en la mano

del hombre el tener fé? ¿Es él señor y dueño de sus pensamientos? ¿Depende de nosotros el tener por absurdo lo que el juicio nos prueba ser contrario á la razon? ¿Hemos podido impedir en nuestra infancia el recibir las impresiones, las opiniones y las ideas que nos han querido dar nuestros padres y nuestros maestros? En fin, ¿hay alguno que se pueda alabar de tener verdadera fé, ó que esté plenamente convencido de los inconcebibles misterios y maravillas increibles que la religion nos enseña?

Esto supuesto, ¿cómo es posible que la fé pueda ser útil á las costumbres? Si todos deben fundar su creencia sobre la palabra de otro, y no por un verdadero convencimiento, ¿cómo existen virtudes en la sociedad? Y suponiendo que se pudiese creer, ¿qué relacion puede haber entre las especulaciones oscuras que nadie puede comprender, y las obligaciones evidentes del hombre, que todos deben conocer por poco que consulten su razon, sus verdaderos intereses y el bien de la sociedad, de quien es parte? ¿Es preciso que yo crea el misterio de la trinidad, de la eucaristía, de la encarnacion y todas las fábulas del antiguo Testamento, para estar seguro y tener evidencia de que soy justo, bienhechor y sóbrio? Los atroces cuentos de la Biblia, tan contrarios á las ideas que yo debo tener de un Dios lleno de equidad, de sabiduria y de bondad, ¿no son

mas propios para hacerme injusto y perverso, que para inclinarme á la virtud? Aunque yo no conozco la utilidad de tantos misterios, que no comprendo, ni las prácticas estrañas y molestas que la religion me prescribe, ¿seré por ésto un ciudadano mas peligroso y temible, que los que persiguen, atormentan y matan á los desgraciados que no piensan ú obran como ellos? Todo bien considerado, es evidente que aquel que tiene una fé viva y un celo ciego por opiniones contrarias á la razon, será mas irracional, y por consiguiente mas malo, que el que no tiene estas funestas opiniones. Cuando los sacerdotes, despues de haber turbado la razon del hombre, le digan que Dios quiere que cometa crímenes, causará mas desórden en la sociedad que aquel que crea que Dios no puede mandar semejantes escesos.

Se me replicará que la fé es necesaria para la moral, que sin las ideas que la religion nos da de Dios, no tendríamos motivos bastante poderosos para obstenernos del vicio y seguir la virtud, que por lo regular exige sacrificios dolorosos. En una palabra, se pretenderá que sin estar convencido de la existencia de un Dios vengador y remunerador, los hombres no tienen nada en este mundo que les obligue á llenar sus obligaciones.

Yo creo, amiga mia, que tú conoces toda la falsedad de estas pretensiones imaginadas por los sacerdotes, que para hacerse mas necesa-

rios han asegurado que sus sistemas eran de absoluta necesidad para la conservacion de la sociedad. Para conocer que son inútiles, no se necesita sino reflexionar sobre la naturaleza del hombre, sobre sus verdaderos intereses y sobre el fin y objeto que se propone toda sociedad. El hombre es un sér débil, que en cada instante de su vida tiene necesidad del socorro de sus semejantes para su propia conservacion y para hacer agradable su existencia. El no podrá interesar á los demas en su bienestar, sino en razon del interes que tome por ellos: la conducta con que obligue á los demas á que se interesen en su bien, se llama *virtud;* aquella con que se grangea enemigos, se llama *crímen;* aquella con que se haga mal á sí mismo, se llama *vicio.* Así el hombre no necesita sino tender la vista sobre sí para conocer que su felicidad depende de su conducta hácia sus semejantes, que sus mismos vicios, aun los mas ocultos, pueden acarrearle su eterna ruina: que sus delitos infaliblemente lo hacen odioso ó menospreciable á los ojos de sus asociados: que todo le hace conocer que son séres necesarios para su felicidad. En una palabra, la educacion, la opinion pública y las leyes le manifestarán sus obligaciones mucho mejor que las quimeras de la religion.

Todo hombre que se consulte á sí mismo conocerá que él quiere conservarse, y la experiencia le enseñará lo que debe evitar ó prac-

ticar para conseguirlo; por consiguiente él huirá todos los escesos que puedan hacer su existencia infeliz, pondrá freno á todos los placeres que por sus consecuencias puedan hacerlo desgraciado: hará sacrificios, si es necesario, con el fin de proporcionarse ventajas mas verdaderas que aquellas de que se priva momentáneamente. Así conocerá lo que se debe á sí mismo y lo que debe á los demas.

He aquí en pocas palabras los verdaderos principios de toda la moral: ellos están fundados sobre la naturaleza del hombre, sobre la constante experiencia y sobre la razon universal. Los preceptos de esta moral nos obligan, supuesto que los efectos de nuestra conducta son tan necesarios como lo es el que caiga la piedra cuando no encuentra obstáculo que la detenga en su caida. Es inevitable y necesario que sea preferido el hombre que hace bien al que hace mal. Todas las ideas teológicas no añaden al convencimiento que todo sér que piensa debe tener de esta verdad. El se abstendrá de hacer mal á los demas y de hacérselo á sí mismo: él se verá en la necesidad de hacer bien cuando quiera ser feliz, y cuando quiera merecer el afecto y sentimientos de los demas, sin los que la sociedad no tendria ningun encanto para él.

Ya ves, amiga mia, que la fé de ninguna manera puede contribuir á la conservacion de las costumbres. Tú conoces que sus nociones

sobrenaturales nada añaden á las obligaciones que la naturaleza nos impone. Por el contrario, cuanto mas oscuras, mas maravillosas y mas inconcebibles sean las ideas que la religion nos da, tanto mas propias serán para apartarnos de nuestra naturaleza y de la recta razon, cuya voz jamas nos engañará si nos dignamos consultarla. Si examinamos sin preocupaciones el orígen de una infinidad de males que hay en la sociedad, veremos que se le deben á las fatales especulaciones de la religion, que embriagando á los hombres de entusiasmo, de fanatismo y de delirio, los hace ciegos, inconsiderados, enemigos de sí mismos y de los demas. Un Dios tirano, parcial y cruel, jamas tendrá adoradores equitativos y bienhechores. Los sacerdotes que mandan se sofoque la razon, jamas harán de nosotros sino séres irracionales, dispuestos á inflamarnos de todas las pasiones que se nos quieran inspirar.

Bien es verdad que su interes exige que seamos tales. Ellos quieren que les sacrifiquemos nuestra razon, porque con ella podríamos contradecir y arruinar sus grandes proyectos. La fé solamente es útil para ellos: ella les proporciona esclavos embrutecidos, de quienes hacen lo que quieren, y que llegan á ser los instrumentos para saciar sus pasiones. He aquí el orígen del celo que tienen porque se propague la fé: he aquí la verdadera causa de su enemistad por las ciencias y con todos los que no

quieren doblarles la rodilla y entregarse á su disposicion: hé aquí por qué siempre que pueden establecen el imperio de la fé (que es decir, su propio imperio) por medio del hierro y del fuego, que serán siempre los únicos argumentos de que echen mano.

Todo esto debe hacerte conocer, amiga mia, el poco fruto que la sociedad saca de esta fé sobrenatural, que nuestros doctores la han constituido por la primera de las virtudes. Ella es inútil á Dios, que para convencer á los hombres no necesita sino querer que se convenzan. Es indigna de un Dios sábio, que no debe hablar á los hombres sino conforme á la razon que les ha dado. Es indigna de un Dios justo, que no puede exigir que los hombres se convenzan de lo que les es imposible comprender. Ella aniquila la existencia de Dios mismo, enseñándonos cosas enteramente contrarias á las nociones que tenemos de la divinidad.

En cuanto á la moral, la fé no puede hacerla ni mas sagrada, ni mas necesaria que lo es por sí misma y por la naturaleza del hombre. Ella es inútil y aun peligrosa para la sociedad, y bajo pretesto de su necesidad, la llena por lo comun de turbaciones y crímines reales. En fin, la fé es contraria á sus propios principios, porque nos obliga á creer cosas incompatibles y contradictorias á las nociones que nos da de sí misma, como lo he manifestado en el exámen

de los libros que contienen lo que se nos manda creer.

Esto supuesto, ¿para qué es ó puede ser buena la fé? Unicamente para que algunos hombres se sirvan de ella con el fin de esclavizar al género humano, y para obligar á las naciones á trabajar contínuamente en su grandeza, en su poder y en su bienestar. ¿Son mas felices las naciones que tienen mas fé ó que tienen mas ciega confianza en sus sacerdotes? No por cierto. No se hallan en ellas ni mejores costumbres, ni mas virtudes, ni mas industrias, ni mas felicidad. Por el contrario, se advierte que cuanto mas poderosos son los sarcerdotes, mas corrompidos y miserables son los pueblos.

La *Esperanza*, que es la segunda virtud teologal, nos consuela de los males que la fé nos hace sufrir: ella nos manda que vivamos íntimamente persuadidos que los que hayan tenido bastante fé, que es decir, los que se hayan entregado enteramente á sus sacerdotes, en recompensa de su sumision, gozarán de una felicidad inalterable en el otro mundo. Así, la esperanza está fundada sobre la fé, de la misma manera que la fé tiene por base y fundamento la esperanza. Pero ¿qué es lo que debemos esperar? Beneficios y bienes inefables, es decir, bienes que la lengua no puede esplicar ni el entendimiento concebir. Supuesto esto, no podemos saber que es lo que esperamos. Falta, pues, examinar cómo es posible esperar ó desear lo

que la lengua no puede esplicar, ni el entendimiento comprender. ¿Es posible que siempre se nos haya de estar hablando de cosas que al mismo tiempo se nos asegura que es imposible comprenderlas ni tener de ellas la mas pequeña idea?

Luego la esperanza no está fundada sobre principios mas sólidos que la fé. Destruida ésta necesariamente se echa por tierra aquella. Pero ¿de qué utilidad puede servir á los hombres la esperanza? Se dirá que los alienta á la virtud, que les ayuda á soportar las miserias de la vida, y que consuela en las adversidades á los que tienen fé. Pero ¿cómo se puede alentar, sostener y consolar por medio de nociociones vagas que no nos dan ningunas ideas ciertas? Lo seguro es que la esperanza es muy útil á nuestros sacerdotes para salir de sus dificultades, siempre que se trata de justificar á la Providencia de las injusticias pasajeras y males que hace experimentar en la tierra á sus escogidos. Sin embargo, los sacerdotes, á pesar de todos sus bellos sistemas, viéndose en la imposibilidad de proporcionar á las naciones la dicha que sin cesar les están prometiendo con la ayuda de la fé, y como generalmente sucede que las hacen desgraciadas por los males que les ocasionan con sus querellas é ideas falsas de religion, les dicen que el hombre no ha nacido para este mundo, que el cielo es su patria, y que en ella gozará de una felicidad, de la que

no se pueden tener ideas. En fin, semejantes á los charlatanes que lisonjean á los enfermos, con cuyas drogas han arruinado su salud, tienen ademas la ventaja de vender esperanzas á los que conocen que no los pueden curar. Nuestros sacerdotes, como muchos médicos, empiezan poniéndonos malos con el terror y miedo que nos inspiran, y concluyen teniendo el placer de consolarnos con esperanzas que nos venden á peso de oro; y cabalmente la religion está fundada en este comercio.

La tercera virtud teologal es la *Caridad*, que consiste en amar á Dios sobre todas las cosas, y al prógimo como á nosotros mismos. Pero para amar á Dios sobre todas las cosas seria necesario que la religion se dignase, cuando menos, hacerlo amable. Mas por ventura, el Dios que el cristianismo manda que se ame, ¿es digno de nuestro amor? ¿Es posible no tener ódio á un tirano parcial, caprichoso, cruel, vengativo, celoso y sanguinario? ¿Cómo se ha de amar sinceramente al mas temible de los séres? ¿Al Dios vivo, en cuyas manos seria la última de las desgracias el venir á caer? ¿Al Dios que puede consentir en condenar para siempre á sus criaturas? ¿Nuestros teólogos saben lo que dicen, cuando pretenden que el temor de Dios es un temor filial, que es decir, mezclado de amor? ¿No debemos aborrecerlo? ¿No estamos obligados á detestar un padre bárbaro, que estiende á tanto su injusticia para castigar al gé-

nero humano inocente, únicamente por vengarse del pecado que Adan cometió comiendo de la manzana, y que pudo impedir que se cometiese? Amiga mia, yo veo que no es posible amar sobre todas las cosas un Dios, que en la Bíblia no se deja conocer sino bajo los rasgos mas propios para inspirar horror. Si el amor de Dios, como quieren los jansenistas, es indispensablemente necesario para la salvacion, no nos debemos admirar al ver que el número de elegidos sea tan pequeño. Habrá pocos que puedan amar este Dios, si es tal como lo pintan los jesuitas. El poder amar un Dios que la religion ha hecho el mas aborrecible de los séres, seria de todas las gracias, sin duda alguna, la más sobrenatural, que es decir, la mas opuesta á la naturaleza. Amar lo que no se conoce, es muy dificil; amar lo que no se teme, es mas dificil todavia; amar un sér que se nos pinta bajo los mas negros colores, es absolutamente imposible.

Debemos, pues, convencernos, que sin gracias desconocidas, de las que los profanos no tienen idea, ningun cristiano de buen sentido puede amar á su Dios. Los devotos que creen tener esta felicidad, acaso podrán engañarse. Su conducta parece á la de aquellos miserables aduladores, que con el objeto de hacer la córte á un tirano odioso, ó para sustraerse de sus resentimientos, hacen profesion de amarlo esteriormente, cuando al mismo tiempo le aborrecen

en lo íntimo de su corazon; ó son entusiastas que á fuerza de exaltar la imaginacion se hacen ilusiones á sí mismos, y no ven este Dios sino por la parte mas favorable, que al mismo tiempo que se dice bueno, se nos pinta por todas partes como el mas malo de los séres. Los devotos mas sinceros y de mas buena fé se parecen á aquellas mugeres abandonadas á su inclinacion desordenada que se apasionan por amantes que, todas las que no se acaloran como ellas, mirarian como indignas de su amor. Madama de Sevignac decia *que amaba á Dios como á un jóven muy galan á quien no conocía;* pero ¿el Dios de los cristianos es un jóven galan y hermoso? Si ella hubiera reflecionado sobre el retrato que hacen de él la Bíblia y nuestros teólogos, á no ser que hubiera tenido trastornada la cabeza, verdaderamente que no lo hubiera amado.

Respecto del amor de nuestros prójimos, ¿tenemos necesidad de la religion para conocer que la humanidad nos obliga á manifestar amor y benevolencia á nuestros semejantes? Manifestándole á los otros disposiciones de servirlos, podremos conseguir de ellos los sentimientos de su amor hácia nosotros. Basta ser hombre para tener derecho sobre el corazon de todo hombre sensible bastante bien constituido para experimentar el dulce sentimiento de la humanidad. ¡He! ¿quién mejor que tú, amiga mia, conoce este sentimiento? Tu alma compasiva, ¿no

experimenta á cada instante el placer de consolar á los desgraciados? ¿Seria posible, aun cuando la religion no mandase nada sobre esto, que tu corazon se endureciese al ver correr las lágrimas del infeliz? ¿No es reinar sobre los corazones el hacer felices? Goza, pues, de tu imperio; continúa estendiendo tus beneficios sobre todo lo que te rodea, y vivirás contenta y satisfecha de tí misma; te felicitarás del bien que hayas hecho; los demas te bendecirán, y te concederán el tributo del afecto y amor que es debido á las almas bienhechoras.

El cristianismo, no satisfecho de recomendar el amor del prógimo, manda amar á su enemigos, precepto cuyo orígen se atribuye al hijo de Dios, y por el que nuestros doctores pretenden manifestar la superioridad de su moral sobre la de todos los sábios de la antigüedad. Se trata de saber si este precepto es posible ponerlo en práctica. Uua alma grande puede muy bien hacerse superior á las injurias que se le hagan; tener la generosidad y magnanimidad de olvidar las ofensas, es muy digno de un gran corazon; hacer bien por mal, es obligar con su conducta á que se avergüencen aquellos de quienes hubiera recibido agravios; pero nos es imposible tener una verdadera ternura y amor á los que sabemos qne están dispuestos á hacernos mal. El precepto de amar á los enemigos de que el cristianismo está tan orgulloso por haber sido el inventor, es un precepto imprac-

ticable, y que lo desmiente todos los dias la conducta de los cristianos. En efecto, ¿es posible que amemos lo que nos atormenta? ¿Está en nuestro poder amar el dolor, recibir un ultrage con alegria, y amar á los que nos hacen sufrir malos tratamientos? Sin duda que no. Nosotros bien podemos sostenernos por nuestro valor, ó consolarnos con la esperanza de la recompensa del Todopoderoso; pero sin embargo de esta esperanza, no tendremos aquel amor sincero hácia aquellos malvados á quienes tenemos por causa de los males que sufrimos al presente. Nosotros, cuando menos, huiremos de ellos, lo que verdaderamente es una prueba nada equívoca de que no les tenemos mucho amor.

Aunque la religion cristiana recomiende espresamente el amor al prójimo, el amor de los enemigos y el perdon de las injurias, vemos sin embargo, todos los dias, que estos preceptos se quebrantan por aquellos mismos que tanto los ponderan, y singularmente nuestros sacerdotes no hacen vanidad de seguirlos á la letra. Bien es verdad, qne no miran ni como á prójimo, ni aun como á hombre, á cualquiera que no piensa como ellos. Sin duda alguna que es conforme á estas ideas que ellos difaman, y hacen todo cuanto pueden para exterminar á todos los que les incomodan ó merecen su desagrado. Rara vez se les vé perdonar á sus enemigos, sino cuando no tienen bastante fuerza

para vengarse. Pero es necesario tener presente que jamás son sus propias injurias las que vengan, ni son sus propios enemigos los que quieren exterminar; son, sí, las injurias hechas á Dios de las que toman venganza; pues sin su auxilio acaso no podria vengarse por sí mismo. Además de que es bien sabido que los enemigos de los sacerdotes jamás pueden dejar de ser enemigos de Dios. Este siempre ha hecho causa comun con sus ministros en la tierra. Llevaria muy á mal que por una cobarde indulgencia perdonasen las ofensas que se hacen en comun. Solamente por el celo de la gloria de Dios son nuestros sacerdotes crueles, sanguinarios é inhumanos. Ellos sin duda alguna perdonarian á sus enemigos, si no temiesen que el Dios de las misericordias llevase á mal que manifestasen indulgencia y perdon.

Es necesario amar á Dios sobre todas las cosas, y por consiguiente amarlo mas que á nuestro prójimo. Nosotros tomamos un interes muy vivo en todo lo que pertenece al objeto de nuestro amor; así todo buen cristiano no puede menos de manifestar mucho celo, y aun si es necesario, deberá exterminar á su prójimo cuando piense ú obre de un modo desagradable ó injurioso á su Dios. La indiferencia en este caso seria un crímen. Cuando se ama á Dios con sinceridad, es necesario que el cristiano manifieste todo el calor á interes posible en su causa.

Sobre estas nociones absurdas están funda-

dos los crímenes, las estravagancias, y las locuras, que en todos los tiempos ha derramado sobre la tierra el celo religioso. Fanáticos miserables, envenenados por sus sacerdotes, se han aborrecido, perseguido y degollado los unos á los otros; ellos se han creido en la obligacion de vengar al Todopoderoso. Se han imaginado que el Dios de clemencia y de bondad los veia con gusto asesinar á su hermanos. Se han persuadido locamente que defender la causa de los sacerdotes era defender la causa de Dios; en una palabra, segun las ideas mas contrarias á todas las que la misma religion nos da de la divinidad, sus ministros en todos los siglos han sido los árbitros para trastornar las naciones y exterminar á sus enemigos. Bajo pretesto de vengar âl Todopoderoso, los sacerdotes han hallado el secreto de vengarse á sí mismos, sin esponerse al ódio y al desprecio que les hubiera acarreado su furor vengativo é inhumano. En el nombre del Dios de la naturaleza, ellos ahogaron en los corazones de los hombres el grito de la misma naturaleza. En el nombre del Dios de bondad, escitaron los hombres á la venganza. En el nombre del Dios de las misericordias, mandaron que jamás se perdonase.

Así es, amiga mia, que el celo, que es un efecto del amor divino, ha causado en todos tiempos los mayores males sobre la tierra. El Dios de los cristianos tiene dos caras como el

Jano de los romanos: ya nos lo manifiestan bajo los atributos de la bondad, ya respirando venganza, furor y crueldad. ¿Qué resulta de aquí? Que los cristianos se espantan y estremecen mucho mas al aspecto terrible de Dios, que se consuelan y se aquietan cuando lo miran como lleno de bondad; desconfian de sus caprichos; lo creen capaz de mudarse; se imaginan que el partido mas seguro es el de vengarlo y y manifestarle mucho celo. Se persuaden que un señor tan malvado no llevará á mal que se imite y parezca, y que jamás despreciará á los que le sirvan, aunque lleven á lo último la venganza contra los que han tenido la temeridad de ofenderle.

Por todo lo referido conocerás, amiga mia, las consecuencias peligrosas que puede tener el amor de Dios, ó el celo que de él nace. Si este amor es una virtud, es tambien innegable que no es útil sino para los clérigos, que son los únicos que tienen derecho de enseñar y decir á los pueblos cuando está ofendida la divinidad: ellos son los únicos que se aprovechan de los presentes y regalos que se les hacen y de los honores que se les dan: ellos los que anuncian lo que exije de los hombres, y cuando es tiempo de vengar sus ultrajes: ellos los interesados en hacerle temible y cruel para subyugar á los hombres: últimamente, ellos son los que han hallado medio de satisfacer sus venganzas y sus propias pasiones, suponiéndola vengativa

y colérica, inspirando á los mortales un vértigo destructor de la humanidad, una intolerancia que nada perdona, y un espíritu perseguidor que en todos los tiempos ha causado devastaciones increibles en todas las naciones cristianas.

Segun los funestos principios de su religion, los cristianos no pueden dejar de aborrecer y perseguir á todos los que creen enemigos de Dios: desde que es necesario amar sobre todas las cosas á un señor riguroso, que se enfada con la mayor facilidad, y que se irrita aun de los pensamientos y opiniones mas involuntarios de los hombres, ellos deben creerse en la obligacion de manifestar celo por él: toman parte en sus querellas; vénganlo en Dios, que es decir, sin poner límites á su crueldad. Esta conducta es una consecuencia necesaria de las raras y tristes ideas que nuestros sacerdotes nos dan de la divinidad. Así, un buen cristiano, precisamente tendrá que ser intolerante. Es verdad que en la teoría no predica sino indulgencia, tolerancia, concordia y paz; pero en la práctica los cristianos jamás ejercitan estas virtudes sino cuando no tienen poder para dar libre curso á su celo destructor. En efecto, los cristianos no tienen los sentimientos mas naturales y comunes de humanidad, sino hácia aquellos que creen lo mismo que ellos, y que manifiestan una repugnancia mas ó menos declarada contra todos los que no tienen las mismas

ideas y especulaciones teológicas que sus sacerdotes. Nosotros vemos que las personas mas amables y de mejores costumbres miran con desprecio á los que son de diferente secta que la suya.

Por todas partes la religion dominante (que es decir, la del rey ó los sacerdotes, en cuyo favor se ha declarado aquel) oprime todas las demás; ó cuando menos, les hace sentir su superioridad y su antipatía de un modo muy incómodo, muy insultante y muy propio para sublevarse. Así es que muchas veces los príncipes, por complacer á los sacerdotes, irritan los corazones y apuran la paciencia de sus súbditos mas fieles, y se acarrean el ódio que no deberia recaer sino sobre los sacerdotes, cuyos consejos siguen. En una palabra, en ninguna parte vemos la tolerancia sinceramente establecida. Los sacerdotes de diferentes sectas enseñan á los cristianos desde su infancia á menospreciarse y aun á aborrecerse los unos á los otros por disputas teológicas que nadie entiende jamás. Cuando el clero tiene la fuerza de su parte, nunca predica la tolerancia; él mirará con malos ojos á todos los que se declaren contra ella, y los acusará de indiferentes; sospechará que son incrédulos, enemigos ocultos, en una palabra, falsos hermanos. La Sorbona declaró en el siglo XVI, que era heregía decir que no se debia quemar á los hereges. Si el feroz San Agustin predica la tolerancia en algu-



nas circunstancias, vemos que este padre de la Iglesia mudó de parecer luego que estuvo mas iniciado en los secretos de la política sacerdotal, que jamás podrá avenirse bien con la tolerancia. En efecto, la persecucion es necesaria á los sacerdotes, que jamás han tenido otro objeto que saciar y vengar su avaricia, su ambicion y su vanidad. El clero jamás ha tratado sino de estender su poder, multiplicar sus esclavos, y hacer odiosos á todos los que no se sometan á sus órdenes, ó que no tienen á sus arbitrarias decisiones el respeto que dicen se les debe.

Hé aquí por qué nuestros doctores ensalzan tanto la humildad, pues la ponen en el grado de virtud. No se puede negar que la dulzura, la modestia y la deferencia son cualidades muy dignas de aprecio, y útiles á la sociedad. Los orgullosos, los insolentes, &, han nacido sin duda para hacer desagradable el trato humano; nos incomodan, y por lo regular chocan siempre contra el amor propio de los que tratan con ellos; pero la deferencia, que nos hace agradables á las personas con quienes vivimos, nada tiene de comun con la humildad cristiana. Esta quiere obligar al hombre á menospreciarse á sí mismo, y á huir de la estimacion de sus semejantes; á que desconfie de su razon, para que de este modo se entregue ciegamente á las luces infalibles de sus guias y conductores espirituales; y á que sacrifiquen las verdades que tienen por mas ciertas y demostradas. Pe-

ro ¿para qué puede servir esta pretendida virtud? Un hombre de honor y de juicio, ¿qué motivos puede tener para despreciarse á sí mismo? ¿Qué llegan á ser todos aquellos que no cuidan de merecer la opinion pública? ¿Qué motivos mas nobles ni mas poderosos pueden tener los hombres para servir con utilidad á su pátria, que el deseo de la gloria y el anhelo de merecer los aplausos de sus conciudadanos? ¿Qué recompensa les quedará, cuando es muy injusto negarles lo que merecen, si no se les permite hacer vanidad y felicitarse á sí mismos del bien que han hecho á los ingratos? ¿Con qué derecho ni con qué razon se querria que un hombre justificado, sábio, de gran talento y conocimientos consintiera en que se le tuviera por menos sábio que un sacerdote interesado, fanático é ignorante, que siembra mentiras y necedades?

Nuestros sacerdotes nos repiten contínuamente que el orgullo conduce á la incredulidad, y que la religion pide espíritus y corazones humildes y obedientes. Pero hablando de buena fé, ¿no será la mayor estupidez sacrificar su juicio y sus luces á los palpables absurdos que el sacerdocio nos quiere hacer creer? ¿Con qué vergüenza se atreverá un grave doctor á proponerme que admita con humildad las opiniones y misterios que él no comprende? ¿Se podrá tener por presuncion el creerse mas ilustrado que esos hombres, cuyos sistemas no son

sino un hacinamiento de contradicciones, de absurdos y de falsas ideas, con las que fascinan al género humano, y de quienes es la víctima? ¿Te se tendrá por orgullosa y vana porque no difieras al parecer y modo de pensar de la señora N., á la que todos los que la tratan de cerca la tienen por béstia y malvada?

La humildad cristiana es virtud de fraile: no puede ser útil en la sociedad, ni puede servir sino para quitar al alma su energía; no puede procurar ventajas sino á los sacerdotes, que con el pretesto de hacer á los hombres humildes, no quieren sino envilecerlos y ahogar y sofocar en ellos toda ciencia y todo valor, para someterlos al yugo de la fé, que es decir, á su imperio. Concluye, pues, conmigo, que las virtudes cristianas son virtudes quiméricas, inútiles á Dios, inútiles y generalmente peligrosas á los hombres y útiles solamente á los sacerdotes. Concluye que esta religion, alabada por la hermosura de su moral, no nos predica sino virtudes y prácticas opuestas al buen sentido. Concluye que es muy posible tener buenas costumbres y virtudes, sin admitir ni adoptar opiniones estravagantes, sin gloriarse de virtudes católicas y sin someterse á las obligaciones que los sacerdotes nos recomiendan como indispensables para nuestra salvacion. Concluye últimamente, que se puede amar la virtud, sin ser amigo de los sacerdotes, y que es posible, sin tener virtudes cristianas, poseer todas las

que son necesarias, para vivir amado de la sociedad. Si la cosa se mira de cerca, acaso hallaremos que la verdadera moral (es decir, la que es verdaderamente útil á los hombres en sociedad,) debe ser incompatible con la religion cristiana, ó con toda otra religion revelada. Suponiendo un Dios parcial, colérico, vengativo é inconstante, que se ofende de los pensamientos, de las palabras y de las acciones de sus criaturas, es necesario indispensablemente que los que se creen los favoritos de este Dios, miren con desafecto á los demás hombres, los traten con altanería, con dureza, y aun bárbaramente, que los miren como objetos de la cólera del monarca de los cielos. Hombres que tienen la locura de creer que su Dios es un monarca fantástico, que se irrita con facilidad, que es implacable en su furor, serán esclavos tristes, llenos de espanto y dispuestos á hacer mal á todos los que por su conducta, opiniones ó palabras puedan provocar la venganza celeste. Ignorantes y bastante estúpidos para persuadirse que sus guias espirituales son órganos infalibles de la divinidad, cometerán el crímen, cuando estas guias les digan que es necesario para aplacar la divinidad. Hombres bastante imprudentes para adoptar la moral de estos conductores inconsecuentes en sus principios, y poco acordes consigo mismos en sus opiniones, no tendrán sino una moral incierta, que variará segun los intereses de los mismos

que los conducen. En una palabra, es imposible fundar una verdadera moral sobre un Dios injusto, caprichoso é inconsecuente, tal como el que la religion nos manda imitar y adorar.

Atento, pues, amiga mia, á tus virtudes, que ellas te harán feliz en este mundo, te harán estimada, querida y respetada de todos los que conozcan y sientan tu amable influjo, y á lo menos te pondrán en derecho de estimarte á tí misma, sentimiento que siempre es verdadero y lejítimo, cuando se llega á conocer que ha contribuido á la felicidad del género humano. —Soy con el mayor respeto, &.

CARTA NOVENA.

Amiga mia: Despues de haber hecho ver lo poco que influye la religion sobre la moral, voy á examinar si proporciona alguna utilidad en lo político, y si es verdad, como tantas veces se nos repite, que sea absolutamente necesaria al gobierno. Si se cerrasen los ojos para seguir solamente á nuestros sacerdotes, se creeria que sus opiniones son necesarias para la tranquilidad pública, y para la quietud y felicidad de los Estados: se estaria en la inteligencia que los príncipes necesitan de ellos para gobernar los pueblos, y para trabajar en la felicidad de su imperio; últimamente, hacen creer á los sobe-

ranos que les conviene conformarse con su estravagante modo de pensar para conseguir que todos los hombres se sometan al yugo divino, y tomen parte en sus interesantes disputas. Ellos llegan á persuadir casi siempre á los señores de la tierra, que los enemigos de los sacerdotes son enemigos de toda potestad, y que minando el trono, necesariamente llegan á trastornarlo.

No se necesita mas que abrir los ojos y consultar la historia para conocer la falsedad de estas pretensiones, y para apreciar los importantes servicios que los sacerdotes cristianos han dispensado en todos tiempos á los soberanos. Desde la fundacion del cristianismo vemos en todos los países en que esta religion se ha establecido, dos fuerzas rivales perpétuamente en guerra. Hallamos la Iglesia, que es decir, un cuerpo de sacerdotes, en contínua oposicion con el poder soberano, que en virtud de su divina mision y ministerio sagrado pretende dar la ley á todos los soberanos de la tierra. Hallamos un clero ensoberbecido con los títulos que él mismo se ha abrogado, que quiere substraerse de la obediencia debida á los príncipes, que pretende distinciones quiméricas y peligrosas, á las que no se puede tocar sin ultrajar al mismo Dios: vemos súbditos divinizados que no quieren reconocer otra autoridad temporal, y prefieren someterse á la de un sacerdote extranjero que se apellida vicario de Jesucristo. Este con tan extraordinario título, pretende

mandar á los mismos soberanos, y sostenido por sus emisarios y la credulidad de los pueblos, ha llegado muchas veces á hacer valer sus ridículas pretensiones, á suscitar á los príncipes asuntos de muy funestas consecuencias, á sembrar la turbacion y la discordia en sus Estados, y á trastornar su trono hasta el punto de haberles hecho descender de él, y ponerlos á sus piés.

Tales son los importantes servicios que la religion ha hecho mil veces á los soberanos. Los pueblos fascinados por la superstición apenas pueden dudar entre Dios y los príncipes de la tierra. Siendo los sacerdotes los órganos visibles del monarca invisible, tienen un ascendiente extraordinario sobre los espíritus preocupados. La ignorancia de los pueblos, así como la de los soberanos, les pone á discrecion de los sacerdotes. Las naciones se hallan siempre comprometidas en sus vanas y fútiles disputas. Hace ya muchos siglos que los príncipes no tratan de otra cosa que oponerse á las tentativas y empresas del clero, defenderse de él, y contener los obstinados disputadores, que pretenden estar autorizados para hablar en nombre de Dios. Muy pocas veces han conseguido hacer callar á pícaros intrigantes ó fanáticos miserables y vanos, que tenian interés ó se creian obligados en conciencia á turbar los Estados.

La atencion y contínuo cuidado que los príncipes se han visto precisados á tener sobre el

clero, les ha impedido dedicarse en la felicidad de sus súbditos, que casi siempre cómplices de sus sacerdotes, se han opuesto aun al bien que se les queria hacer. Los jefes de las naciones, demasiado débiles para resistir al torrente de la opinion, se vieron en la necesidad de ceder, de contemplar al sacerdocio, y de concertarse con él. Cuando quisieron oponerse á sus proyectos no encontraron sino lazos ocultos, ó una oposicion declarada. Cuando los escucharon, sacrificaron cobardemente la felicidad y el reposo de todos los demás súbditos. Muchas veces manos parricidas y rebeldes fueron armadas por el sacerdocio altanero y vengativo contra los soberanos mas dignos de reinar. Los sacerdotes, bajo el pretesto de vengar á Dios, hicieron sentir su cólera á los mismos soberanos, cuando los hallaron poco dispuestos á recibir sus órdenes. En una palabra, en todos los países vemos que los ministros de la religion han vivido siempre con la licencia mas desenfrenada. Por todas partes vemos imperios divididos por sus inquietudes, tronos trastornados, príncipes degollados, súbditos dispuestos á la revolucion, y cuanto mas profundicemos las cosas, hallaremos que la ambicion, la codicia y la vanidad del clero han sido las verdaderas causas y los móviles de todas estas desgracias. Así es que la religion ha producido muchas veces la anarquía, y ha trastornado los imperios, de quienes se decia que era el apoyo.

Los soberanos no han gozado de la paz, sino cuando vergonzosamente entregados á los sacerdotes, sometidos á sus caprichos y esclavos de sus opiniones, les han dejado reinar en su lugar. Entónces el poder soberano fué subordinado al sacerdocio, y el príncipe fué el primer vasallo de la Iglesia. Ella lo envileció muchas veces hasta el punto de hacerlo su verdugo; le hizo ejecutar sus decretos sanguinarios; le obligó á manchar sus manos con la sangre de sus súbditos, que sus ministros habian proscrito, y le hizo el instrumento visible de su venganza y de sus pasiones ocultas. El soberano, en lugar de trabajar en la felicidad de sus pueblos, tuvo la cruel satisfaccion y complacencia de atormentar, perseguir y sacrificar honrados ciudadanos, y de acarrearse el ódio de una parte de aquellos de quienes era padre, solamente por saciar la ambicion y la rábia interesada de algunos sacerdotes, siempre extranjeros para el Estado que los mantiene, y que no se llaman miembros de él, sino para dominarlo, despedazarlo y devorarlo impunemente.

Amiga mia, por poco que reflexiones sobre lo dicho, conocerás que no exajero las cosas. Ejemplos recientes te hacen conocer que aun en este siglo, que parece se va ilustrando, los Estados no estan seguros de los golpes que los sacerdotes han hecho sufrir en todos los tiempos á las naciones. Tú te has quejado cien ve-

ces al ver las tristes locuras que producen entre nosotros disputas pueriles. Tú te has estremecido de las horrorosas consecuencias, que han tenido contiendas ridículas é indignas de ocupar á séres racionales. Tú has temblado con todos los buenos ciudadanos á la vista de las trágicas consecuencias que podia producir la maldad embriagada del fanatismo, para quien nada hay sagrado. En fin, tú has visto la autoridad soberana en la precision de luchar contínuamente contra súbditos rebeldes, que pretendian que su conciencia ó el interés de la religion les obligaba á oponerse á la voluntad mas sensata y mas equitativa.

Nuestros padres, mas religiosos y menos ilustrados que nosotros, han sido testigos de escenas mucho mas terribles todavia: han visto guerras civiles, confederaciones públicamente formadas contra el soberano, la capital anegada en sangre de sus ciudadanos, dos monarcas sucesivamente sacrificados al furor del clero, que por todas partes atizaba el fuego de la sedicion. Han visto tambien á los reyes en guerra contra sus propios súbditos, un soberano insigne manchar toda su gloria, persiguiendo contra la fé de los tratados á súbditos que hubieran vivido en la tranquilidad, si se les hubiera dejado gozar en paz de la libertad de conciencia; en fin, ellos han visto á este mismo príncipe, engañado por una falsa política, que le dictaba la intolerancia, desterrar con los

protestantes la industria en sus Estados, y obligar á que las manufacturas se refugiasen en el país de nuestros mayores enemigos.

En Europa vemos contínuamente que la religion influye sobre las cosas y negocios temporales. La vemos dirigir los intereses de los príncipes; la vemos dividir y hacer enemigas naciones cristianas, porque sus directores espirituales no tienen en todo las mismas opiniones. La Alemania está dividida en dos partidos religiosos, siempre opuestos en sus intereses. Por todas partes vemos á los protestantes enemigos irreconciliables de los católicos, siempre en desconfianza contra ellos; y los católicos, unidos con sus sacerdotes, contra todos los que no piensan tan servil y bajamente como ellos.

Estas son, amiga mia, las señaladas ventajas que la religion proporciona á las naciones. Se dirá que estos terribles efectos se deben á las pasiones de los hombres y no á la religion cristiana, que contínuamente recuerda y recomienda la caridad, la concordia, la indulgencia y la paz. Pero por poco que se reflexione en los principios de esta religion, se conocerá inmediatamente que son incompatibles con tan bellas máximas, que jamás fueron practicadas por los sacerdotes cristianos, sino cuando no tuvieron bastante fuerza para perseguir á sus enemigos y para hacerles sentir todo el peso de su cólera. Los adoradores de un Dios

celoso, vengativo y sanguinario, tal como es el de los judíos y cristianos, no pueden ser ni moderados, ni pacíficos, ni humanos.

Los adoradores de un Dios, que se ofende de los pensamientos y de las opiniones de sus criaturas, que quiere que se esterminen á todos los que siguen otro culto que el suyo, necesariamente son intolerantes, perseguidores y malos. Los adoradores de un Dios, que no ha querido esplicarse con claridad y que parece no se ha revelado á sus favoritos sino para trastornarles la razon y arrojarlos en incertidumbres y dudas contínuas, jamás podrán estar de acuerdo en sus opiniones sobre lo que este Dios quiere; por el contrario, eternamente deberán disputar sobre el modo de entender sus oráculos ambíguos, sus misterios impenetrables y sus preceptos sobrenaturales, que parece no se han hecho ni inventado sino para tener en tormento el espíritu humano y para producir disputas que jamás se terminan sino con la fuerza.

No debemos, pues, admirarnos al ver que desde el principio del cristianismo nuestros sacerdotes no hayan dejado hasta ahora de disputar. Parece que Dios no envió su hijo sobre la tierra, sino para que su doctrina maravillosa fuese la manzana de la discordia para sus sacerdotes y adoradores. Los ministros de la Iglesia, fundada por el mismo Cristo, que prometió ilustrarla contínuamente, y enviarla

el Espíritu Santo, jamás han podido convenirse en sus disputas. Nosotros hemos visto en algunas épocas á esta Iglesia inefable, casi sumergida en el error. Tú sabes que en el siglo IV, segun lo confiesan nuestros doctores, faltó poco para que toda la Iglesia siguiese la opinion de los arrianos, que negaban nada menos que la divinidad de Jesucristo. El Espíritu Santo habia abandonado entónces de tal manera á su Iglesia, que sus ministros disputaban sobre el dogma fundamental de la religion cristiana.

Apesar de estas contínuas disputas, la Iglesia se abrogó el derecho de fijar la creencia de los fieles: ella se cree infalible, y si los doctores protestantes han renunciado de esta pretension altanera y ridícula, no dejan de querer por esto que sus decisiones sagradas sean recibidas como oráculos del cielo por todos sus prosélitos. Los sacerdotes, siempre en disputas consigo mismos, se han maldecido, anatematizado y condenado los unos á los otros. Cada partido por vanidad se atuvo obstinadamente á sus propias opiniones, y trató de hereges á sus contrarios. Solamente la fuerza y la violencia decidieron las cuestiones, terminaron las disputas y fijaron la creencia. Aquellos sacerdotes disputadores, que supieron poner de su parte los soberanos, fueron *ortodoxos*, es decir, que se alabaron de ser los poseedores esclusivos de la verdadera doctrina, se sirvie-

ron de su poder para aniquilar á sus contrarios, que los trataron siempre con la mayor barbaridad.

Digan lo que quieran nuestros doctores sobre estas cosas, lo cierto es que si parámos un poco la atencion sobre ellas, veremos que siempre fué el poder de los emperadores y de los reyes el que en realidad, y por último fijó la fé de los cristianos. Con la espada en la mano se enseñaron á todas las naciones las opiniones teológicas que mas agradaban á la divinidad. La verdadera creencia fué siempre la que tuvieron los príncipes: los fieles fueron siempre los que tuvieron bastante fuerza para esterminar á sus enemigos, á quienes jamás dejaron de tratar como á enemigos de Dios. En una palabra, siempre han sido los príncipes los verdaderamente infalibles: ellos son á quienes debemos mirar como los verdaderos fundadores de la fé; ellos los que en todos tiempos han decidido sobre la doctrina que se debia admitir ó desechar: en fin, ellos han sido los que siempre han fijado la religion de sus súbditos.

Desde que el cristianismo fué adoptado por algunas naciones, vemos que la religion se ha llevado casi toda la atencion de los soberanos. O los príncipes fascinados por la supersticion se entregaron á los sacerdotes, ó estos mismos príncipes creyeron que la prudencia exigia á lo menos que estuvieran bien con el clero, que

habia llegado á ser el verdadero señor de los pueblos, que nada veian mas sagrado ni mas grande que los ministros de su Dios. En ninguno de los dos casos se consultó jamás la sana política, que fué cobardemente sacrificada á los intereses del clero. Por causa de la supersticion de los príncipes vemos la Iglesia colmada de riquezas en los tiempos de ignorancia: se creyó enriquecer á Dios poniendo en la abundancia á los sacerdotes de un Dios pobre y enemigo declarado de las riquezas. Guerreros salvajes y sin costumbres, se lisonjeaban que podrian expiar todos sus pecados, fundando monasterios y dando bienes inmensos á hombres que hacian votos de pobreza. Se creyó hacer un beneficio señalado al Todopoderoso, recompensado la ociosidad que se tuvo por un gran bien, supuesto que permitia entregarse á la oracion, de la que se juzgó que las naciones tenian una gran necesidad. Así es que por la supersticion de los príncipes, de los grandes y de los pueblos, el clero ha llegado á ser rico y opulento, el monaquismo honrado, y los ciudadanos mas inútiles, menos obedientes y mas peligrosos fueron los mas recompensados, mas distinguidos y mejor pagados: los colmaron de beneficios, de privilegios y de inmunidades: fueron independientes, tuvieron un gran poder, que se convirtió en licencia. Así fué que la devocion imprudente de los soberanos puso á los sacerdotes en disposicion de

hacerles frente, de darles la ley y de turbar el Estado impunemente. El clero, que llegó á este punto de poder y de grandeza, se hizo temible á los mismos soberanos: estos se vieron obligados á doblar la rodilla ó á declararles la guerra. Cuando los soberanos cedieron, fueron los esclavos de los sacerdotes, los instrumentos de sus pasiones y los viles adoradores de su poder; cuando no cedieron, los sacerdotes les suscitaron los desórdenes mas crueles: lanzaron contra ellos los anatemas de la Iglesia, los pueblos se amotinaron en nombre del cielo, las naciones se dividieron entre el monarca celestial y el de la tierra, y este tuvo mucho que hacer para sostenerse sobre un trono que los sacerdotes podian hacer temblar ó destruir á su arbitrio. Hubo un tiempo en Europa, en que el príncipe y la tranquilidad de su Estado dependia enteramente del capricho de un sacerdote. En aquel tiempo de ignorancia, de devocion y de desórden tan favorable al clero, un monarca débil y pobre, rodeado de una nacion miserable, era el juguete del pontífice romano, que podia en el instante que queria aniquilar su felicidad amotinando sus súbditos contra él, y precipitarlo en el abismo de la miseria. Por lo general vemos que en los países en donde domina la religion cristiana, el soberano está indefectiblemente en la dependencia de los sacerdotes: no hay poder sin el consentimiento del clero; este poder desa-

parece luego que no acomoda á los frailes, que bien presto tienen bastante fuerza para armar los pueblos contra él. Estos, siguiendo los principios de su religion, apenas pueden dudar entre Dios y su soberano. Pero como Dios jamás dirá sino lo que sus sacerdotes le hagan decir, y como estos procurarán mantener la ignorancia y la sin razon, los pueblos estarán en la imposibilidad de examinar si los órganos de la divinidad los engañan, ó cumplen fiel y exactamente sus decretos.

Concluye pues conmigo, amiga mia, que los intereses del soberano jamás podrán convenir con los de los ministros de la religion cristiana, que en todos los siglos han sido los ciudadanos mas turbulentos, mas rebeldes y mas difíciles de sujetar, y cuyos atentados muchas veces se han dirigido contra la persona de los reyes. Que no se nos diga, pues, que el cristianismo es el apoyo mas firme del trono, que obliga á tener á los monarcas por imágenes de la divinidad, y que enseña *que todo poder viene del cielo.* Estas máximas no se han inventado sino para adormecer á los príncipes: ellas se han destinado á lisonjear aquellos de quienes el clero se cree seguro, y de los que hace todo lo que quiere. Estos aduladores mudan de lenguaje luego que los príncipes tienen la temeridad de someterse á su voluntad, ó cuando no se prestan ciegamente á todos sus caprichos. Entónces el soberano no es sino un

impío, un herege, y á quien se puede y se debe desobedecer; mas ¡qué digo! llega á ser un tirano á quien es permitido exterminar, y entonces se dice que es una accion laudable echar de la tierra á un enemigo del cielo.

Tú sabes, amiga mia, que estas odiosas máximas se han enseñado muchas veces por sacerdotes que, luego que se les quiere sujetar nos dicen que el soberano *pone la mano en el altar*, y nos gritan *que es mucho mejor obedecer á Dios que á los hombres*. Los sacerdotes no se entregan á los príncipes sino cuando éstos se les han sometido ciegamente. Ellos predican que se les puede esterminar, cuando rehusan obedecer á la Iglesia, que es decir, á ellos mismos. Por horribles que sean estas máximas, y por peligrosas que puedan ser á la seguridad de los soberanos y á la tranquilidad de los súbditos, no dejan de ser consecuencias inmediatas de los principios del judaismo y cristianismo. Nosotros vemos el regicidio, la traicion y la revolucion aprobadas y alabadas en el antiguo Testamento. Desde que se supone que Dios se ofende de los pensamientos de los hombres; desde que se cree que los hereges le incomodan y desagradan, es muy natural inferir que un soberano herege é impío, es decir, que desobedece á un clero que se ha formado para arreglar su creencia, que se opone á las miras sagradas de una Iglesia infalible, que puede llevar tras de sí la pérdida y apostasía

de una gran parte de la nacion, puede legítimamente ser atacado por sus súbditos, porque la religion debe ser la cosa mas importante de este mundo y mas amable que la vida. Con semejantes principios es imposible que un cristiano celoso no piense que hará á Dios un gran servicio, castigando á sus enemigos, y que sirve á su nacion quitando del medio á un jefe que podria servir de obstáculo á su eterna felicidad.

Mira, pues, como los jesuitas y sus sectarios, esos grandes predicadores del regicidio, razonan como buenos cristianos y de una manera muy consecuente á los principios de su religion, aunque su enseñanza fuese muy opuesta á la seguridad de los soberanos y á la tranquilidad de las naciones. Sin embargo, siguiendo estas máximas, la vida de un príncipe dependeria del capricho de un papa ó de un obispo, que declarándole herege ó excomulgado, le trasformaria repentinamente en un tirano, á quien para quitarle la vida apelaria al furor del primer fanático que se propusiese padecer martirio. Si estos mismos jeusuitas han adulado á los reyes, y han sido los que les han dado un poder absoluto, esta conducta la han observado solamente cuando eran señores de sus conciencias ó cuando los príncipes se prestaban ciegamente á sus deseos. Ellos han sido rebeldes y sediciosos luego que no hallaron en los reyes la docilidad que deseaban.

La obediencia del clero jamás es sino condicional. Se someterá á un príncipe, lo adulará y sostendrá su poder con tal que el príncipe se someta á sus órdenes, no se oponga á sus proyectos, no toque en sus intereses y no haga novedad en los dogmas sobre los que los ministros de la Iglesia se han convenido fundar su propia grandeza; en fin, con tal que reconozcan sus derechos, que visiblemente son contrarios á los de la soberanía, y que evidentemente minan y descarnan los fundamentos del trono.

No se necesita sino abrir los ojos para conocer que los sacerdotes son hombres muy peligrosos. El único fin que se proponen es dominar las almas para despojar y saquear los cuerpos de aquellos á quienes han rendido con las armas de la opinion. Asi es que vemos en todas partes á estos enemigos de la especie humana declarar guerra abierta á las ciencias y á la razon. Se ve que su invariable sistema es de embrutecer á los hombres con el objeto de someterlos á su pesado yugo. Muy contentos con ser ricos y poderosos, tienen á sus conciudadanos en la ignorancia, en la miseria y en la languidez: desalientan al labrador con sus diezmos, sus estorciones y seducciones: aniquilan la actividad, el talento y la industria, y parece que no tienen gusto de reinar sino sobre séres desgraciados. Los mas hermosos parajes de la Europa, devotamente sometidos á

los sacerdotes, asi como sus piadosos soberanos, han llegado á verse incultos y despoblados. Si la inquisicion, que da á los ministros de la Iglesia el derecho de juzgar en su propia causa, y de esterminar á sus enemigos, ha mantenido la Italia, España y Portugal en una creencia muy ortodoxa, no por eso podrá alabarse de haber hecho estos Estados muy florecientes. En estos grandes países, tan favorecidos del cielo, solamente los sacerdotes y los frailes viven en la abundancia; los soberanos no tienen poder ni gloria, y sus súbditos yacen en la indigencia y esclavitud; y ni aun el valor de querer salir de su miseria les ha quedado. Mas bien que á trabajar, ellos van á pedir una limosna á la puerta del palacio del obispo ó de los clérigos que están llenos de riquezas. Ellos se despojan de lo que tienen para enriquecer á monges ociosos, que les venden sus oraciones; ellos compran de los hombres mas inmorales y desarreglados la expiacion de sus propios desarreglos y de los vicios mas vergonzosos. En fin, ellos están muy prontos á sublevarse contra su legítimo soberano, luego que un fraile faccioso y atrevido les hace creer que los males que la Iglesia padece nacen del trono.

Los sacerdotes no dejan de alabar la utilidad de sus funciones. Sin contar las oraciones, de las que hace tantos siglos que las naciones sacan provechos tan señalados, nos dirán, que

ellos solos son los que se ocupan en la educacion pública, en la instruccion de los pueblos, en el cuidado de que cumplan con sus obligaciones y enseñarles la moral. ¡Ay! amiga mia, si pesásemos estos pretendidos servicios que los sacerdotes nos hacen, los veriamos reducidos á cero, y aun hallariamos que en todos tiempos han sido mucho mas funestos que útiles á las naciones.

En efecto, ¿en qué consiste la educacion que nuestros directores espirituales tienen, por desgracia, el derecho esclusivo de dar á la juventud? ¿Se encamina y dirige por ventura á formar ciudadanos valerosos, racionales y virtuosos? No. Con su educacion nos hacen cobardes, y la vida nos la llenan de terrores imaginarios; nos hacen supersticiosos sin otras virtudes que las virtudes de fraile, y el que siga fielmente las lecciones de sus maestros será inútil á la sociedad; nos hacen devotos é intolerantes, y dispuestos á aborrecer á cualquiera que no piense como ellos; nos hacen fanáticos y nos enseñan á no obedecer al soberano cuando lleguemos á persuadirnos que este soberano es rebelde á la Iglesia. ¿Qué enseñan á sus discípulos? Hacerles perder el tiempo mas precioso en rezar y repetir maquinalmente dogmas teológicos, de los que aun cuando lleguen á ser hombres, jamás comprenderán nada; les enseñan lenguas muertas, inútiles á la sociedad presente, y que cuando mas,

pueden servirles de diversion, y concluyen estos bellos estudios con una filosofía que, en poder de los sacerdotes, ha llegado á ser una ciencia de palabras, una gerigonza sin sentido, y propia para prepararlos á la ciencia incomprensible que se llama *teología*. Y bien, ¿esta teología sirve de alguna utilidad á las naciones? Estas disputas que hay entre nuestros profundos metafísicos, ¿son de algun interés para los pueblos que nada comprenden de ellas? ¿El pueblo de Madrid y los de las provincias ganan mucho porque nuestros doctores disputen entre sí sobre lo que debe pensar acerca de la gracia?

En cuanto á las lecciones sobre la religion, que nuestros sacerdotes nos repiten con tanto interés y con tanta frecuencia, se necesita tener una buena dósis de fé para conocer su utilidad. Esta instruccion tan decantada se reduce á tenernos alucinados con misterios inefables, dogmas maravillosos, fábulas é historias enteramente ridículas, terrores, pánicos, predicciones fanáticas y tristes, amenazas horribles, y sobre todo, con sistemas tan profundos, que aun los mismos que los anuncian no los entienden. A la verdad que en todo esto no veo ninguna utilidad. A las personas que se ocupan en materias tan hondas, y que siempre permanecen incomprensibles para el género humano, ¿éste les será deudor de grandes respetos y obligaciones? Es necesario convenir

en que nuestros doctores, que con tanto teson y trabajo se ocupan en proporcionar y ponernos en órden una fé pura, jamás han conseguido su fin; por lo menos los pueblos no han podido hasta ahora aprovecharse de sus trabajos. Regularmente el púlpito llega á ser el teatro de la discordia. Desde alli los predicadores sagrados se injurian unos á otros: inspiran sus pasiones á sus *cristianos oyentes:* acaloran su celo contra los enemigos de la Iglesia, y llegan á ser los *trompetas* del espíritu de partido, del furor y la sedicion.. Si estos predicadores enseñan la moral es una moral sobrenatural, y poco á propósito para el hombre. Si predican virtudes, son virtudes teológicas, cuya inutilidad he demostrado. Si por casualidad se le escapa á alguno predicar de las virtudes humanas y sociales, ya sabes, amiga mia, que llega ser el objeto del ódio y de la crítica de sus cohermanos, y que es despreciado por los devotos que no aman sino las virtudes evangélicas, que no comprenden ó que nada tienen por mas importante que las misteriosas prácticas en las que la devocion hace consentir toda la moral.

Hé aqui á lo que se reducen los importantes servicios que los ministros del Señor han hecho á las naciones despues de tantos siglos. En verdad, pues, que no han sido ni son acreedores á que se les haya pagado, ni se les pague con tanta prodigalidad y largueza; antes por el

contrario, si se les hubiese de pagar á los sacerdotes segun su mérito, si se hubiesen de apreciar sus funciones en su justo valor, acaso se hallaria que no merecian mayor salario que los empíricos que venden en las esquinas de las calles remedios mas peligrosos que los males que pretenden curar.

Solamente privando al clero de una porcion de sus inmensos bienes, conquistados de la credulidad de los pueblos, estrechando ó aniquilando su poder sobre el poder del soberano; despojándolo de sus privilegios quiméricos y dañosos, y obligando á lo menos á que sus miembros sean ciudadanos pacíficos, es como los príncipes conseguirian algun dia consolar los pueblos, reanimarlos, hacer súbditos mas activos, mas industriosos, mas sensatos, mas tranquilos y mas obedientes.

Mientras que haya dos potestades en el Estado, necesariamente estarán en guerra; y la que tenga la divinidad de su parte tendrá muchas ventajas sobre la potestad humana. Si las dos pretenden tener un mismo principio, los pueblos no sabrán á cual seguir: los súbditos se dividirán, el combate por lo mismo será mas horroroso, y la cabeza del soberano no se podrá sostener contra las cabezas multiplicadas de la hidra eclesiástica. Las serpientes producidas por la vara de Aaron devorarán por último á las criadas ó producidas por los mágicos de Faraon.

En este caso, tú me preguntas ¿cómo un príncipe ilustrado podrá conseguir debilitar el poder de los rebeldes sacerdotes, que hace tanto tiempo están en pesesion del espíritu de los pueblos y del derecho de hacerse impunemente temibles al mismo soberano? Yo respondo que á pesar de los vigilantes cuidados y esfuerzos redoblados del sacerdocio, las naciones comienzan á ilustrarse; y por último, parece que les molesta una carga tan pesada, que no la han llevado tanto tiempo, sino porque creían piadosamente que les era impuesta por Dios mismo, y que era necesaria para su felicidad. Los errores no pueden ser eternos; ellos desaparecen cuando la verdad se acerca. Nuestros sacerdotes lo conocen muy bien. Sus contínuas declamaciones contra todos los que quieren ilustrar al género humano, son una prueba indudable del temor que tienen de que se vean descubiertos sus enredos; ellos temen á los perspicaces ojos de la filosofia; temen el reinado de la razon, que nunca será el de la revolucion ó la anarquía. No toca, pues, á los príncipes el tener parte en sus temores, ni hacerse ejecutores de sus venganzas. Los soberanos se hacen mal á sí mismos cuando sostienen la causa de sus rivales turbulentos, que en todo tiempo han sido los verdaderos enemigos del poder de los reyes, y los verdaderos perturbadores del reposo público. En fin, los príncipes se unen con sus enemigos, cuando hacen causa comun con los sacerdotes,

y cuando se esfuerzan en impedir á los pueblos que dejen sus errores.

Los soberanos tienen ó deben tener mas interes que ningun otro en los progresos de la razon humana y en la destruccion de los errores, pues que estos fueron muchas veces la causa de su perdicion y ruina. Si los hombres no se hubieran ilustrado poco á poco, los jefes de las naciones estarian todavia, como en otro tiempo, bajo el yugo del pontífice romano, que segun le pareciese podria llevar la turbacion en sus Estados, sublevar sus súbditos, y á acaso privarlos del trono y de la vida. Sin los progresos insensibles de la razon, los reyes se hallarian todavia á la cabeza de una porcion tumultuosa de súbditos ignorantes y devotos, prontos á revolucionarse á la señal de un sacerdote inquieto ó de un fraile sedicioso.

Ya ves, amiga mia, que los hombres que piensan y que enseñan á pensar á los demas, son mucho mas útiles á los soberanos que los que quieren ahogar la razon y proscribir para siempre la libertad de pensar. Conocerás que los verdaderos amigos del poder soberano son los que derraman las luces sobre los pueblos; y que desterrándolas y persiguiéndolas, la filosofia y el gobierno sacrifican sus intereses mas apreciables á un clero sedicioso, cuya ambicion y avaricia querian invadirlo todo, y cuyo orgullo tuvo siempre á menos obedecer un poder que pretendia subordinar el suyo.

No hay un solo sacerdote que no se crea supe-

rior á su rey. Muchas veces se ha visto que el sacerdocio tenia pretensiones muy altas, y se vuelve furioso cuando se le quiere someter al poder secular, al que mira como profano, y lo trata de tirano cuando quiere volverlo á la razon. El pretendió en todo tiempo que su persona era sagrada. que sus derechos venian de Dios, que no se podia sin ultrajar la divinidad tocar los bienes, los privilegios y las inmunidades que les habian dado la ignorancia y la credulidad. Siempre que la autoridad soberana quiso tocar estos objetos, que en poder del clero llegaron á ser inviolables y sagrados, no se pudieron acallar sus clamores: hizo todo lo posible por levantar los pueblos contra la autoridad, y esta le pareció tiránica porque tuvo la temeridad de querer sujetarlo á la ley, reformar sus abusos y quitarle el podér de hacer mal. La autoridad le parece insoportable cuando es racional y favorable á las naciones.

Los sacerdotes son esencialmente los mas malos de los hombres y los peores ciudadanos de un Estado. Seria necesario un milagro para que no fuesen tales. En todos tiempos fueron los *señoritos mimados* de las naciones. Son altaneros por cuanto pretenden que es de Dios mismo de quien ellos han recibido su mision y su poder: son ingratos en cuanto aseguran que no son deudores sino solo á Dios de los beneficios que visiblemente tienen de la generosidad de los soberanos y de los pueblos. Son atrevi-

dos, porque hace muchos siglos que viven con la mayor impunidad: son inquietos y turbulentos, porque siempre desean hacer y representar un gran papel; son disputadores y facciosos, porque jamás pueden convenirse en el modo de entender las pretendidas verdades que enseñan á los hombres; son suspicaces, desconfiados y crueles, porque tienen miedo de que se descubran sus imposturas; son enemigos natos de la verdad, porque conocen que ella destruye sus pretensiones; son implicables en sus venganzas, porque les podria ser muy peligroso perdonar á los que quieren echar por tierra su doctrina, cuya debilidad conocen; son hipócritas, porque la mayor parte son demasiado sensatos para creer los sueños que venden á los demas; son obstinados en sus ideas, porque son vanos y porque ademas les podria ser muy perjudicial el desistir de un modo de pensar, del que suponen por autor á Dios. Regularmente los vemos desarreglados y sin costumbres, porque es imposible que la ociosidad, la malicia y el lujo no corrompan el corazon. Algunas veces los vemos austeros y severos en su conducta para imponer al pueblo y conseguir sus miras ambiciosas. Si son hipócritas y bribones, son muy peligrosos; si son pobrezuelos y fanáticos de buena fé, no son menos temibles. En fin, casi siempre los vemos rebeldes y sediciosos, porque una autoridad que viene de Dios, no se ha hecho para doblegarse bajo la autoridad de

los hombres.

Este es el retrato fiel de los miembros de un cuerpo poderoso, á quien hace mucho tiempo que los gobiernos han creído deber sacrificar todos los demas. Estos son los ciudadanos que la preocupacion recompensa con la mayor liberalidad; que los príncipes distinguen á vista de los pueblos, y á quienes dan su confianza; que miran como los apoyos de su poder, y que los juzgan necesarios para la seguridad y felicidad de los imperios. Tú juzgarás si el retrato es parecido; tú estás en mejor disposicion que nadie para ver sus intrigas, su manejo, su conducta y sus discursos, y conocerás que su proyecto constante es lisonjear á los príncipes con el objeto de dominarlos, y de poner las naciones en la esclavitud.

Por complacer á ciudadanos tan peligrosos, los soberanos han tomado parte en las disputas y se han declarado por los que han sabido seducirlos, y han perseguido á todos los que no se les sometian; proscribieron con furor á todos los amigos de la razon, ahogaron las luces y ataron contra su propio poder. Los sacerdotes que tienen por cosa sacrílega el que los príncipes se mezclen en sus negocios, ó cuando quieren atraerlos á la razon, se indignan contra estos mismos príncipes para destruir á sus enemigos, y los tratan de impíos cuando miran sus disputas con la indiferencia que se merecen.

Cuando los príncipes hayan vuelto en sí de

sus preocupaciones, y quieran ser verdaderamente dueños de sí mismos, que no escuchen los consejos interesados, y por lo comun sanguinarios, de esos hombres divinos, que no viendo ni teniendo presente otra cosa que á sí mismos, quisieran que se les sacrificase el honor, la paz y las riquezas de todas las clases del estado; que el soberano no tome jamás parte en sus disputas; que no les dé una importancia peligrosa, interpretando su autoridad; que no persiga jamás por opiniones, que de una y otra parte son generalmente ridículas y sin fundamento. Jamás interesarian al Estado si el príncipe no tuviese la debilidad de tomar parte en ellas. Que permita la libertad de pensar, y al mismo tiempo arregle con buenas leyes el modo de obrar de sus súbditos; que permita á cada uno la libertad de soñar ó de especular á su modo, con tal que su conducta sea virtuosa y sea buen ciudadano, á lo menos que no se oponga á los progresos de las luces, que son las únicas que pueden sacar á los pueblos de la ignorancia, de la barbárie y de la supersticion, de la que los príncipes cristianos han sido tantas veces las primeras víctimas; que viva convencido que los ciudadanos sabios é instruidos son mucho mas humildes y pacíficos que los esclavos sin luces, sin razon, y que estarán siempre dispuestos á tomar todas las pasiones que un fanático quiera inspirarles. Sobre todo, que el soberano cuide de la educacion de sus súbdi-

tos, que no consienta que el clero solamente se apodere de ella, y entretenga á sus discípulos desde la mas tierna edad con ideas místicas, sueños insensatos y prácticas supersticiosas que no sirven sino para hacer fanáticos. Si no pudiese impedir que se enseñen estas locuras, á lo menos que neutralice sus efectos, haciendo que se enseñe una moral racional, social y conforme al bien del Estado y útil á la felicidad de sus miembros. Esta moral no formará hombres que se aborrezcan por opiniones diferentes, ni entusiastas peligrosas, ni devotos ciegamente entregados á los sacerdotes; antes por el contrario, formará hombres pacíficos, personas racionales y sujetas á la autoridad legítima; en una palabra, formará hombres virtuosos y buenos ciudadanos. Una buena moral es el mas seguro remedio contra la supersticion y el fanatismo.

Con esto el imperio del clero se debilitará poco á poco; el soberano no tendrá rivales, mandará solo á ciudadanos sensatos; las riquezas del clero, volviendo á entrar en la sociedad, le pondrán en estado de consolar á sus pueblos. Fundaciones inútiles se podrán aplicar á objetos ventajosos; una porcion de los bienes de la iglesia destinados en su orígen á los pobres, y tanto tiempo hace retenidas por clérigos avaros, volverán á entrar en manos de los pueblos pobres, sus legítimos dueños. Alentado por una nacion que conocerá las ventajas

y consuelos que se le procuran, el príncipe no tendrá que temer los gritos del fanatismo, que entonces ya no serán escuchados. El número de sacerdotes y frailes ociosos, de esos celibatos turbulentos que no cuidan de lo porvenir, y que son extrangeros para el Estado que los mantiene, disminuirá sensiblemente. El monarca, viniendo á ser mas rico y poderoso, podrá hacer mayor número de beneficios, reinará con mas seguridad, y conocerá que los amigos de la Iglesia eran los verdaderos enemigos de su trono, de su gloria y de su verdadera grandeza.

Este es el fin que puede proponerse todo gobierno que abra los ojos sobre sus verdaderos intereses. Yo creo que el proyecto no te parecerá ni imposible ni quimérico. Las luces que comienzan á derramarse por todas partes, allanarán el camino. En lugar de apagarlas, que se procure adelantarlas, ó á lo menos que nada se oponga á la marcha del espíritu humano, y verás entonces que los soberanos y los pueblos, sin revoluciones ni alborotos, se librarán poco á poco de una carga que hace tanto tiempo los oprime.

En los monumentos de piedad erigidos por nuestros padres, ¿qué utilidad vemos para la sociedad? No encontramos sino fundaciones inventadas para mantener la ociosidad de los frailes; templos costosos, erigidos y levantados por pueblos indigentes para fomentar el orgu-

llo de los sacerdotes, á quienes tambien se les han hecho altares y palacios. Desde la fundacion del cristianismo parece que no ha habido otro objeto que elevar el sacerdocio sobre las ruinas de las naciones y de los tronos. Una religion celosa se ha apoderado esclusivamente del espíritu de los hombres. Estos han creído que solamente vivian sobre la tierra para ocuparse en la felicidad futura de las regiones desconocidas del empíreo. Ya es tiempo de que cese la ilusion, ya es tiempo de que el género humano se ocupe en sus verdaderos intereses, que serán siempre incompatibles con los de sus conductores ó guias, que creen haber adquirido el derecho imprescriptible de estraviarlos. Cuanto mas examines la religion cristiana, mas te convencerás que no puede ser ùtil sino para los que tienen el fácil encargo de conducir la especie humana, despues de haberle vendado ó sacado los ojos.—Soy, &.

CARTA DECIMA.

Amiga mia: Me lisonjeo de haber manifestado claramente que la religion cristiana, lejos de ser el apoyo de la autoridad soberana, es su verdadero enemigo, é igualmente de haberte plenamente convencido que sus ministros son por naturaleza los rivales de los soberanos y

los enemigos mas temibles del poder temporal. Ultimamente, creo que te has llegado á persuadir que la sociedad podria subsistir sin los servicios que le hacen, ó á lo menos que no se debian pagar tan caros.

Pasemos à examinar las ventajas que esta religion proporciona á los particulares que se hallan mas convencidos de ella y que se conforman mas escrupulosamente con sus preceptos. Veamos si es á propósito para que sus discípulos vivan mas contentos y sean mas felices y virtuosos.

Para decidir la cuestion bastaria darse una vuelta al rededor de sí mismo, y considerar los efectos que produce la religion en los espíritus verdaderamente penetrados de sus pretendidas verdades. Por lo regular hallaremos en los que la profesan con mas sinceridad y la practican mas exactamente, un humor incómodo y melancólico que manifiestan no estar contentos consigo mismo, y que no tienen aquella paz interior de que siempre se nos está hablando, pero que jamás nos la manifiestan. Cualquiera que está contento consigo mismo lo hace creer así á los demas. La satisfaccion interior de los devotos por lo regular es tan oculta, que se puede sospechar no sea una quimera ó ilusion. La paz interior que les dá una buena conciencia, por lo comun no la manifiestan sino con un humor melancólico, que fastidian con él á todos los que les rodean. Si por casualidad, algunos devotos

viven con serenidad, con alegria, y son indulgentes, es porque las ideas de la religion no habrán podido aniquilar su apreciable y feliz temperamento, ó porque tambien podrá suceder que no hayan visto su sistema religioso que, considerado con detencion, deberia conducirlos á las mas terribles inquietudes y á las angustias mas molestas.

Cualquiera que haya meditado sériamente sobre el despótico y fantástico Dios que adoran los cristianos; cualquiera que haya reflexionado sobre la conducta tiránica que le da la Biblia; cualquiera que haya parado la atencion con algun cuidado en el dogma aflictivo de la predestinacion gratuita de los elegidos y la reprobacion de la mayor parte de los hombres, sabe que un buen cristiano jamás podrá tener seguridad de si es digno de su amor ó de su ódio, ni tampoco lisonjearse de merecer ó conseguir la gracia del Todopoderoso. Cualquiera que reflexione que la menor debilidad que tenga es bastante para hacerle perder de un golpe los méritos de una vida llena de buenas obras; cualquiera, digo, que se detenga en estas fatales especulaciones, no podrá, á no ser un insensato, estar alegre, ni manifestar un gozo sincero y puro. ¿Crearás tú de buena fé que el devoto Pascal, que teniendo por un crímen la ternura que debia minifestar á su hermana, muchas veces la trataba mal por piedad, fuese un hombre muy sociable y muy divertido? Todo conduce á

la tristeza y al fastidio en la religion cristiana, pues que no nos presenta sino objetos desagradables y melancólicos. Siempre nos está hablando de un Dios celoso, de los movimientos de nuestro corazon, de nuestras inclinaciones mas naturales; nos prohibe los placeres mas legítimos; tiene gusto en vernos suspirar, gemir, llorar y padecer; se complace en hacernos sufrir las mayores tristezas; nos obliga á mortificarnos y á privarnos de los objetos que deseamos y á separarnos de las cosas de aquí abajo; en una palabra, contradice sin cesar la voz y los votos de la naturaleza. Un Dios que no perdona á su propio hijo, que quiere tener víctimas eternas de su furor, que castiga sin medida las faltas involuntarias que se cometen contra él, no es bueno sino para arrojar en la desesperacion á los que tienen la desgracia de meditar en él. En fin, un cristiano que debe temer el que á cada instante lo presente la muerte en el tribunal de un juez implacable, cuyos eternos decretos tienen ya de antemano decidida su suerte, necesariamente debe estar siempre en eternas agonias. ¿Qué diríamos nosotros de un hombre que manifestase alegria y tranquilidad cuando estuviese esperando de un instante á otro la sentencia de muerte?

Por tanto, amiga mia, no tenemos que referirnos á los discursos contradictorios de nuestros sacerdotes, que despues de habernos horrorizado con sus dogmas terribles, hacen mil

esfuerzos para que confiemos en vanas esperanzas y nos exhortan á poner nuestra confianza en un Dios contra el que nos lo han pintado tan poco regular. Nos aseguran que el yugo de Jesucristo es lijero; pero yo digo que es insoportable para cualquiera que medite sobre él con cuidado y atencion. No es ligero sino para el que lo lleve sin reflexion ó para los que tienen el cuidado de ponerlo á los demas, sin querer ellos jamás cargar con él.

Lleva á bien que yo te ponga á tí por ejemplo: ¿Eras mas feliz y estabas mas contenta y mas alegre en el tiempo que me comunicastes las secretas inquietudes que te habian ocasionado las preocupaciones que empezaban á tomar sobre tu espíritu el imperio fatal que he procurado destruir? ¿Tu alma agitada no iba á ser conducida á la desgracia contra lo que te dictaba tu propia razon? ¿No te ocupabas con la mayor seriedad en tomar medidas para divorciarte con tu felicidad? ¿No estabas pronta y dispuesta á renunciar el mundo y á olvidar todo lo que debias á la sociedad en favor de la religion? Estas ideas me afligieron, mas no me sosprendieron. La religion cristiana tiene por principio el aniquilamiento de la felicidad y del reposo hasta en el fondo del corazon del hombre. Ella tiene gusto en alarmar y hacer temblar: no puede hacer felices sino á los que no han meditado sobre ella con cuidado y detencion: infaliblemente ella te hubiera conduci-

do á la desgracia: tu espíritu y tu modo de pensar tan consecuente en todo, hubiera obligado á abrazar su carácter; y tu imaginacion demasiado sensible te hubiera llevado á escesos peligrosos para tí misma, que muchos hubieran llorado. Una alma tal como la tuya, no hubiera gozado de la paz. Los temores que inspira la religion son reales y verdaderos, y son contradictorios consuelos tan inciertos, que jamás podrán dar al espíritu el descanso y la tranquilidad necesarios para trabajar en su felicidad ó en la de los demás.

En efecto, ya te he dicho otras veces que es muy difícil que se ocupe en la felicidad de los demas el que es desgraciado. El devoto que se priva de todo, que se escrupuliza de todo, que se reprende contínuamente á sí mismo, que se acalora la cabeza con la meditacion, el ayuno y la soledad, naturalmente debe irritarse contra todos los que piensan que no están obligados á ejecutar tan penosos sacrificios. Se enfadará contra los profanos que desprecien las prácticas y obligaciones que les parece que Dios exije de ellos; no estará bien sino con aquellos que vean las cosas como él; se apartará de los demas, llegará á aborrecerlos. El se cree obligado á hacer ostentacion de su modo de pensar y à manifestar su celo, aunque se adquiera la nota de ridículo. Si manifestase indulgencia con algunos, temeria hacerse cómplice de los ultrajes que se hiciesen á su Dios; él debe reprender á

los pecadores, y esto regularmente lo ejecutará con mal modo, porque su mal humor no se lo permitirá hacerlo de otra manera; últimamente, él debe irritarse contra ellos, y por consiguiente hacerse incómodo por poco celo que tenga; y no será indulgente y dulce, sino cuando no tenga por su religion todo aquel interes y entusiasmo necesarios.

La devocion solo se encamina y se dirije á reconcentrar en nosotros mismos sentimientos molestos que tarde ó temprano se llegan á manifestar de un modo desagradable á los demás. Los místicos lo conocen así, pues el mundo les enfada, y ellos incomodan al mundo, que precisamente se acabaria si cada uno de los que lo habitan caminase á las perfecciones sublimes y bestiales que la religion propone. No se puede servir al mundo y á Jesucristo. Dios pide todo el corazon, sin que quede nada para las miserables criaturas; y el devoto, aunque no se halle todavia con todo el celo y ardor necesarios por la religion, se cree obligado á atormentar á los demas con el fin de reducirlos á la práctica de sus virtudes maravillosas, medio único para alcanzar la salud eterna. ¡Estraña religion es por cierto la que, si se observa con rigor, infaliblemente acarrea la ruina de la sociedad! El devoto de buena fé se propone perfecciones tan ridículas como contrarias é impracticables para la especie humana. Como á pesar de todos sus esfuerzos no puede llegar á

la tierra. Si esos encantos y prodigios obrados por la gracia no hacen felices y dichosas á las personas sobre quienes se ejecutan, tampoco proporcionan ni satisfacciones ni provecho á las demás. Y si no, ¿qué ventajas saca la sociedad de la mayor parte de las conversiones? ¿Las personas tocadas de la gracia se hacen mejores? ¿Reparan el mal que han hecho? ¿Hacen bien á los que los rodean? ¿Un cortesano que era soberbio y petulante llega á ser humilde y de trato dulce? ¿Un hombre injusto y cruel repara el mal que le ha hecho con sus injusticias? ¿Un ladron público vuelve á la sociedad lo que le habia robado? ¿Una mujer de mala conducta y disipada repara con cuidado los males que sus desórdenes han acarreado á su familia? No. Estas personas convertidas y tocadas de la gracia, se contentan, por lo regular, con rezar, ayunar, hacer limosna, sustraerse de la sociedad, frecuentar las iglesias, gritar en favor de sus sacerdotes, intrigar para sostener un partido, hablar mal de todos los que no piensan como sus directores, hacer ostentacion y gala de un celo ardiente y ridículo por disputas que no entienden, con lo que creen que han cumplido para con Dios y los hombres; mas la sociedad nada ha ganado en su conversion milagrosa; por el contrario, la devocion generalmente no hace sino exaltar, envenenar y hacer mas dañosas las pasiones de los nuevos convertidos; no hace otra cosa

que dirigir sus pasiones hácia nuevos objetos, y la religion justifica siempre los escesos á que por ellos son conducidos. Así es, que un ambicioso llegará á ser un fanático, orgulloso y turbulento, que se creerá justificado por su celo. Un cortesano desgraciado intrigará en nombre del cielo contra sus propios enemigos. Un hombre rencoroso y vengativo, bajo pretesto de vengar á Dios, buscará medios de vengarse á sí mismo. Una mujer que ha dejado de pintarse, creerá que tiene derecho para hacer sufrir su mala condicion al marido, que acaso ántes ultrajaba: ella hablará mal y murmurará piadosamente de aquellas que pasan su vida en placeres y diversiones inocentes; queriendo ostentar mucho celo, manifestará muy mal humor, envidia y malignidad; y tomando con mucho ardor los intereses del cielo, hará conocer su ignorancia, su locura y su credulidad.

Pero ¿qué necesidad hay de insistir mas sobre esto, amiga mia? Tú vives en un país que ves muchos devotos y pocas personas virtuosas. Por poco que reflexiones sobre estas cosas, hallarás que entre las personas mas persuadidas de la necesidad de la religion, y mas convencidas de su importancia y utilidad, que hablan continuamente de sus consuelos, dulzuras y virtudes, apenas habrá una á quien haya hecho verdaderamente feliz, y ninguna á quien haya hecho mejor. Si están íntimamente pene-

tradas de los sentimientos de su religion aflictiva y terrible, las verás melancólicas, fastidiosas y feroces; si están un poco menos penetradas de los principios de esta religion, verás que son mas tratables y menos severas. La religion de la corte, como tú sabes, es una mezcla contínua de devocion y de placeres; un círculo de ejercicios de piedad y de disipacion, de fervor momentáneo y de desarreglos contínuos. Esta religion sabe unir á Jesucristo con las pompas de Satanás. Nosotros vemos allí el fausto, el orgullo, la ambicion, la intriga, la venganza, la envidia y la disolucion unirse con una religion, cuyas máximas son austeras. Hay carnistas que aprueban á los grandes esta mezcla, y les hacen una religion que se desmiente en sus principios, para acomodarse á las circunstancias, á las pasiones y á los vicios de los hombres. Los doctores demasiado rígidos ó muy cristianos perseguirian á las personas que quisieran ser religiosas, precisamente con la condicion de mortificarse. Hé aquí sin duda el motivo de que el jansenismo, que quisiera volvernos á los principios austeros del cristianismo, jamás ha tenido entrada en la corte. Las rígidas y estrechas máximas de la religion cristiana no pueden convenir sino á hombres parecidos á sus primeros fundadores; no son propias sino para séres despreciables, biliosos y descontentos que se ven separados del fausto, del poder y de los hombres, que ne-

cesariamente son los enemigos de las riquezas que jamás pueden llegar á poseerlas. Los devotos tienen el secreto de hacerse un mérito singular, manifestando aversion ó menosprecio hácia las cosas que no pueden obtener. Sin embargo, un cristiano consecuente en sus principios, no debe pretender nada, nada debe desear, debe huir del mundo y sus pompas, y no debe tener pasiones; debe ser un estóico, cuyo fanatismo religioso haya sido exaltado por la melancólica y triste filosofía. La perfeccion que debe desear, lo pone en una guerra contínua consigo mismo, que infaliblemente lo ha de hacer infeliz. Debe mirar con mucho cuidado los objetos de este mundo, que para él son ocasiones de escándalo ó de pecado. El verdadero cristiano es enemigo de sí mismo y del género humano: para su propia seguridad él deberia vivir como el buho, y no dejarse ver jamás.

Su religion lo hace esencialmente insociable, inútil para sí, y fastidioso para los demás. ¿Para qué podrá echar mano la sociedad de un hombre que está siempre lleno de miedo, afligido y que no hace otra cosa que rezar y meditar? ¿Qué es lo que puede proponerse un devoto que debe huir del mundo perverso, aborrecer sus grandezas y riquezas, y que se abstiene de todos los placeres, porque está persuadido que Dios los mira con enojo, y que tiene celos de que los hombres hagan uso de

ellos? ¿Cuál es el resultado de una moral fanática? El mismo que el de las demasiado rigorosas, que todos se ven en la necesidad de admitir, pero que nadie puede ejecutar. Se ha puesto en problema algunas veces si podria subsistir una sociedad de ateos; y yo digo que se podria preguntar con mas razon, si una sociedad de verdaderos cristianos podria durar mucho tiempo. ¿Qué llegaria á ser una nacion cuyos habitantes, queriendo ser mas y mas perfectos se entregasen á la contemplacion, á la penitencia y á la oracion; en donde todos huyesen de las riquezas, de la consideracion, de la opulencia y de las dignidades? ¿En donde nadie cuidase del dia de mañana? ¿En donde todos creyesen que el celibato era el mayor de los bienes? ¿En donde enteramente entregados á los ejercicios de piedad, ninguno tendria tiempo para prestar socorro á sus semejantes? Es claro que una tal sociedad no podria existir sino en la Tebayda; y tambien lo es que muy presto se acabaria. Si algunos monasterios nos dan ejemplo de semejante fervor, es porque estas casas están habitadas por fanáticos, de cuya subsistencia la sociedad hace la costa. Mas ¿quién socorreria las necesidades de una nacion entera que se hubiera entregado únicamente al cuidado de alcanzar el cielo?

Concluyamos, pues, que la religion cristiana no se ha hecho para este mundo. Ella no es á propósito, ni para hacer la felicidad de

las sociedades, ni la de sus individuos. Los consejos de Dios son impracticables y mas á propósito para desalentar á los hombres y arrojarlos en la desesperacion ó apatía, que para hacerlos felices, activos y virtuosos. Un cristiano debe sustraerse de las máximas de su religion, si quiere vivir en el mundo.

El deja de ser buen cristiano si trabaja en su propia felicidad, y pierde de vista el cielo si se ocupa en la de sus semejantes. El está en contínuo peligro de ofender á Dios, si desea alguna cosa, si vive en la sociedad que no es propia sino para acalorar las pasiones, si se entrega á alguna diversion ó placer: en una palabra, un buen cristiano es un hombre del otro mundo, que de ninguna manera se ha hecho para este.

Así vemos que los cristianos para humanizarse, se ven obligados continuamente á separarse de sus especulaciones sobrenaturales y divinas. Sus pasiones comprimidas y violentadas no se aniquilan, ántes por el contrario, no son sino mas fuertes y mas propias para turbar la sociedad. Enmascaradas con el velo de la religion, generalmente producen los mas terribles efectos. Entónces es cuando la ambicion, la venganza, la crueldad, la cólera, la calumnia y la envidia, disfrazadas con el nombre de celo, producen los mayores trastornos. La religion no aniquila las pasiones en los corazones de los devotos, ántes sí, las justifica gene-

ralmente, y la experiencia nos da á conocer que los mejores cristianos no son los mejores hombres. Ellos no tienen por ningun título el derecho de reprender á los incrédulos, ni las pretendidas consecuencias de sus principios, ni las pasiones que los conducen á la incredulidad.

En efecto, la caridad de los ministros pacíficos de la religion y de sus piadosos sectarios no les sirve de impedimiento para ennegrecer la conducta de sus contrarios còn el fin de hacerlos odiosos y que recaiga sobre ellos la venganza pública. El celo que tienen por la gloria de Dios les permite emplear indiferentemente toda clase de armas. Sobre todo, la calumnia les ha suministrado en todos tiempos socorros poderosos. Si se les hubiera de creer, solamente los desarreglos del corazon pueden conducir á la incredulidad, y que si se desprecia la religion, no es sino para dar libre curso á sus pasiones. No creer, segun ellos, supone siempre un corazon corrompido, costumbres depravadas, y la disolucion y desarreglo mas desenfrenado: en una palabra, afirman que el hombre que no admite sus sueños ó su moral maravillosa, no puede tener motivos de hacer bien; pero sí muy poderoso para cometer el mal.

Así es, que nuestros caritativos doctores disfrazan á los enemigos de su poder en salteadores y malvados peligrosos, que la sociedad por su interés deberia proscribir y destruir. El re-

sultado de estas imputaciones es que los que desechan las preocupaciones para consultar la razon, son los mas malos de los hombres; que los que abominan de la religion á causa de los crímenes que produce sobre la tierra ó para los que se la toma por pretesto, son malos ciudadanos; que los que se quejan de los alborotos y trastornos que los sacerdotes turbulentos han causado tantas veces, son perturbadores de la tranquilidad de las naciones: que los que se horrorizan al ver las persecuciones inhumanas é injustas que la ambicion y la maldad de los sacerdotes han suscitado, no tienen idea de justicia, y deben precisamente ahogar en ellos los sentimientos de humanidad. Se sigue de lo dicho, que los que no conocen los falsos y engañadores motivos que hasta ahora se han ido á buscar al otro mundo para obligar á los hombres á ser virtuosos, equitativos y bienhechores, no tienen ningun motivo real para practicar en la tierra las virtudes necesarias para su propia felicidad. Ultimamente, se sigue que los que quieren destruir la tiranía sacerdotal y las imposturas peligrosas para los soberanos y para los súbditos, son enemigos del Estado, á quienes las leyes deberian castigar con anticipacion.

Yo creo, amiga mia, que ya estarás convencida que los verdaderos amigos del género humano y de los príncipes no pueden ser los amigos de la religion ó de los sacerdotes. Cualesquiera

los países en donde se siguen sus máximas y lecciones; á ellos mismos se les tendria por ángeles, y todo hombre religioso seria un hombre sin defectos. Nosotros nos olvidamos de las especulaciones religiosas, siempre que esperimentamos pasiones violentas; cuando estamos encadenados con los lazos de la costumbre, ó cuando nos ciegan grandes intereses, entónces ya no raciocinamos. El temperamento y la costumbre nos hacen virtuosos ó viciosos. Un incrédulo puede tener las pasiones mas fuertes; puede raciocinar muy bien relativamente á la religion, y muy mal con relacion á su conducta. El que todo lo cree, es mal raciocinador; si despues obra mal, es al mismo tiempo imbécil y malvado.

Bien es verdad que nuestros sacerdotes niegan á los incrédulos que pueden razonar bien. Dicen que siempre se raciocina muy mal, cuando se prefiere la razon á la autoridad; pero en esto son ellos juez y parte; á personas desinteresadas toca el decidir la cuestion. Mas con todo, los mismos sacerdotes parece que desconfian de la bondad de sus argumentos, pues que apelan al brazo secular para sostenerlos, y quieren obligar á entrar en el paraiso á latigazos; es verdad que ellos iluminan á los hombres, pero es con la luz que despiden las hogueras; introducen la fé con la espada en la mano, y cometen la vileza de desafiar á los hombres que, sin el mayor riesgo, no pueden salir á ha-

cerles frente. Esta conducta nos da á conocer que no están enteramente persuadidos de la solidéz y firmeza de sus argumentos. Si nuestros teólogos caminasen de buena fé, ¿por qué no habian de permitir la libertad de disputar? ¿Por qué no se habian de alegrar que se les propusiesen dificultades, pues que si su sistema es verdadero, no servirian sino para consolidarlo mas y mas? Ellos tienen por cosa mas segura hacer con sus contrarios lo que los sacerdotes mexicanos practicaban con sus esclavos, que era atarlos para combatir con ellos, y despues les quitaban la vida porque habian tenido la osadía de reñir con ellos.

En efecto, es muy posible que un incrédulo tenga una conducta reprensible; pero no es menos posible que la tengan tambien el devoto y el que raciocina. Los partidarios mas fanáticos de la religion se ven obligados á confesar que entre sus sectarios no se halla sino un número muy corto de elegidos ó de gentes que la religion llega á hacer virtuosas; luego ¿con qué derecho se exigirá que la incredulidad, que nada tiene de sobrenatural, produzca efectos que por su misma confesion la religion divina no los produce? Si todos los que creen fuesen buenos, la causa de la religion se ganaria enteramente, sobre todo si los irreligiosos fuesen personas sin costumbres y sin virtud. Pero digan lo que quieran nuestros sacerdotes, hay incrédulos mucho mas virtuosos que los mas creyentes y

religiosos. Un feliz temperamento, una buena educacion, el deseo de vivir en paz, el temor de atraerse el ódio ó el desprecio, y la costumbre de hacer bien, serán bastante y suministrarán siempre motivos mas poderosos y verdaderos que los de la religion, para abstenerse del vicio y practicar la virtud. Además, de que el incrédulo no tiene la infinidad de recursos que la religion suministra al supersticioso. Este puede cuando le acomode expiar sus crímenes, reconciliarse con Dios, y dejar su conciencia tranquila. El incrédulo que ha cometido el mal, no puede reconciliarse ni con la sociedad á quien ultraja, ni consigo mismo, que se vé obligado á aborrecerse. Si no espera premio en la otra vida, no tendrá otro interés que hacerse acreedor á las honras y distinciones que en todos los países civilizados se dan á la virtud, á la hombria de bien, y á la conducta constantemente honrada, y evitar los castigos y menosprecios que la sociedad decreta contra aquellos que turban su bienestar, ó que no quieren contribuir á él.

Es innegable que el hombre que consulta su razon, debe ser mas racional que el que no consulta sino su imaginacion. Es evidente que el que consulta su propia naturaleza y la de los séres que le rodean, debe tener ideas mas verdaderas del bien y del mal, de lo injusto, y de lo justo, de lo honesto y de lo que no lo es, que aquel que para dirigir y arreglar su conducta no con-

sulta sino los oráculos de un Dios oculto, y que sus sacerdotes hacen malo, injusto, inconsecuente, que se contradice á sí mismo, y que algunas veces ha mandado ejecutar las acciones mas contrarias á la moral y á todas las ideas que tenemos de la virtud. Es cierto que el que arregle su conducta sobre la moral de los sacerdotes, no seguirá sino el capricho y las pasiones de estos, y será por lo regular un hombre muy nocivo, creyéndose virtuoso. En fin, es cierto que conformándose con los preceptos y consejos de la religion, se puede ser piadoso sin tener sombra de virtud. La experiencia nos asegura que es muy posible seguir ciegamente todos los dogmas, aun los mas incomprensibles de nuestros sacerdotes, observar con la mayor escrupulosidad todas las prácticas que ellos recomiendan, y profesar de boca todas las virtudes cristianas, sin tener ninguna de las cualidades necesarias para nuestra propia felicidad y la de los séres con quienes vivimos. Los santos que se nos proponen como modelos, no han sido otra cosa que hombres inútiles á la sociedad; no vemos en ellos sino fanáticos sombrios que se han sacrificado ellos mismos á las ideas aflictivas de su religion, ó fanáticos coléricos que bajo pretesto de servir á esta religion, han turbado perpétuamente la tranquilidad de las naciones, ó doctores entusiastas que á fuerza de soñar han hallado sistemas propios para trastornar las cabezas de sus sectarios. Un

santo cuando vive tranquilamente, jamás se propone sino ser útil á sí mismo, y no cuida sino de ganar su salvacion en el retiro. Un santo, si es activo, no se presenta en público sino para vender sus sueños funestos á la sociedad, y para hacer valer las pretensiones de la Iglesia que se confunden con los intereses de su Dios.

En una palabra, amiga mia, yo no puedo dejar de repetirlo: todo sistema religioso parece que no se ha inventado sino para utilidad de los sacerdotes. La moral de los cristianos jamás tuvo por objeto sino el interés del clero. Todas las virtudes que el cristianismo enseña tienen por blanco la Iglesia y sus ministros. Estos siempre se han propuesto esclavizar los pueblos para aprovecharse de sus intereses y su credulidad. Es indudable que se pueden tener costumbres y virtudes sin entrar en estos complots. Si los sacerdotes se oponen á los que los contradicen y les niegan la probidad á los pensadores que desprecian sus inútiles y peligrosas virtudes, la sociedad que, para sostenerse, necesita de virtudes mas humanas y mas verdaderas, no debe adoptar los sentimientos, ni admitir las disputas de estos hombres visiblemente conjurados contra ella. Si los ministros de la religion tienen necesidad de sus dogmas, de sus misterios y de sus fanáticas virtudes para sostener su usurpado imperio, el gobierno necesita virtudes racionales, una moral cierta y constante, y sobre todo pa-

cífica, para ejercer sus lejítimos derechos. Ultimamente, los individuos que componen la sociedad tienen necesidad de una moral que los haga felices en este mundo, sin que se les ponga delante ni se lo estorbe aquella que no hará su felicidad sino en un mundo imaginario, del que no tienen sino las ideas que les han dado sus sacerdotes. Estos han tenido la maña y la astucia de unir su sistema religioso á la moral, para hacerla mas sagrada y para asegurar la autoridad que ya les daban sus dogmas misteriosos. Ayudados de este artificio, han llegado á persuadir y hacer creer, que sin la religion no podia haber ni moral ni virtud. Yo espero, amiga mia, acabar de destruir esta preocupacion en mi primera carta, y manifestar claramente á cualquiera que reflecciones que las ideas abstractas, inciertas y falsas que la religion ha inspirado en todo tiempo, y que por lo regular han prestado hasta los mismos filósofos, han sido las que han retardado los progresos de la moral, y las que han hecho de la ciencia mas cierta, mas clara y mas al alcance de todo hombre que piensa, una ciencia dudosa y llena de contradicciones.—Soy con el mayor respeto, &.

CARTA UNDECIMA.

Amiga mia: Por poco que hayas meditado sobre lo que he tenido el honor de escribirte hasta aquí, te verás precisada á confesar que absolutamente es imposible fundar una moral cierta é invariable sobre una religion entusiasta, ambigua, misteriosa, contradictoria y que jamás está de acuerdo consigo misma. Tú conocerás, que un Dios que al parecer tiene gusto en hacerse ininteligible, que un Dios parcial y contradictorio, que un Dios, cuyos preceptos se destruyen los unos á los otros, no puede servir de fundamento á una moral que en todos los tiempos debe ser una misma para todos los habitantes de la tierra. En efecto, ¿cómo se ha de fundar la justicia y la bondad sobre un ser injusto y malvado que tienta al hombre para quien ha creado el universo, con el fin de tener derecho de castigarlo porque se dejó tentar? ¿Cómo es posible saber á qué atenerse el hombre sobre la voluntad de un Dios que dice: *no matarás*, cuando al mismo tiempo hace exterminar naciones enteras? ¿Qué idea se tendrá de la moral que puede agradar al Dios de quien ha sido profeta el sanguinario Moisés? ¿De quién el rebelde, el asesino y el adúltero David ha sido favorito? ¿Es posible fundar obligaciones santas de humanidad sobre un Dios, cuyos amigos han sido perseguidores

inhumanos y mónstruos de crueldad? ¿Cómo hemos de aprender nuestras obligaciones en las lecciones de los sacerdotes del Dios de paz que no respiran otra cosa que sedicion, venganza y carnicería desde el momento que se tiene el atrevimiento de tocar á sus inmunidades y privilegios? ¿Tomaremos por modelo de nuestra conducta á los santos que fueron, ó entusiastas inútiles, ó fanáticos turbulentos, ó sediciosos obstinados, que bajo pretesto de defender la causa de Dios causaron los mayores trastornos sobre la tierra? ¿Cómo la sana moral puede admitir virtudes impracticables y sobrenaturales que conocidamente son inútiles para nosotros y para todos aquellos con quienes vivimos, cuyas consecuencias le son generalmente peligrosas? ¿Tomaremos por modelos de nuestras costumbres á los sacerdotes cuyas lecciones se reducen á manifestarnos que todas nuestras obligaciones consisten en adherirnos á opiniones que nadie entiende, en prácticas y ceremonias pueriles y despreciables que las anteponen á las virtudes mas reales y verdaderas? En fin, nos dejarémos conducir por hombres, cuya inconstante moral no tiene otra regla que sus presentes intereses, y que tan presto nos dicen que es preciso ser bienhechores, humanos y pacíficos, y tan presto que el cielo exige de nosotros que seamos injustos, inhumanos, sediciosos y pérfidos?

Tú conocerás que es imposible fundar la mo-

ral sobre nociones tan inconstantes y tan contrarias á todas las ideas naturales que tenemos de la virtud. Por virtudes debemos entender las disposiciones habituales de hacer todo lo que pueda servir para la felicidad de nuestros semejantes. Por virtud no entiende la religion, sino lo que puede contribuir á tener propicio un Dios oculto que ha unido sus favores á ceremonias y opiniones, y muchas veces á una conducta perjudicial y dañosa para nosotros y para los demás.

La moral de los cristianos es una moral mística, y semejante á los dogmas de su religion; es oscura, ininteligible, incierta y sujeta á interpretaciones arbitrarias; esta moral, jamás es constante y fija, porque está subordinada á una religion que varía sin cesar en sus principios, y que se modela por la voluntad de un Dios variable y despótico, ó mas bien sobre la voluntad de los sacerdotes cuyos intereses y caprichos varian, y por consiguiente jamás están de acuerdo consigo mismos. Las santas Escrituras, que son la fuente de donde los cristianos toman su moral, no solamente son de una oscuridad profunda, y que piden una esplicacion contínua de la que los sacerdotes se han hecho los árbitros, sino que se contradicen á sí mismas. Si estos oráculos del cielo nos mandan en una parte virtudes verdaderamente útiles, en otra aprueban y prescriben acciones enteramente opuestas á las ideas que te-

nemos de la virtud. El mismo Dios, que nos manda que seamos buenos, equitativos y bienhechores, que prohibe la venganza, que se declara el Dios de clemencia y de misericordia, se manifiesta implacable en su furor; se anuncia como el Dios de la guerra y de la paz; nos dice que ha venido para dividir y separar á los hombres; en fin exige que se venguen los ultrajes; ordena la rapiña, la traicion, la usurpacion y el derramamiento de sangre; en una palabra, es imposible hallar en la Escritura principios seguros de moral. Se ven al lado de un pequeño número de preceptos útiles y sensatos las máximas mas estravagantes y las mas funestas al bien de toda sociedad.

Parece que Dios hace consistir toda la moral de los judios, segun se deja ver en el antiguo Testamento, en llenar con puntualidad obligaciones superticiosas y pueriles; observancias legales, ritos y ceremonias, es todo lo que exige del pueblo de Israel. En recompensa de la exacta escrupulosidad en llenar estas pretendidas obligaciones, les permite cometer los crímenes mas horrorosos. Las virtudes recomendadas por el hijo de Dios en el nuevo Testamento, á la verdad que no son las mismas de que su padre en otros tiempos hacia tanto aprecio: él contradice á su padre, anuncia que no se contenta ni con sacrificios, ni con ofrendas, ni con ceremonias. A estas sustituye las virtudes sobrenaturales, cuya inutilidad, im-

posibilidad é incompatibilidad con el bienestar del hombre que vive en sociedad, me parece que he manifestado con bastante claridad. El hijo de Dios no está de acuerdo ni consigo mismo ni con su padre; destruye en una parte lo que habia edificado en otra; y posteriormente sus sacerdotes han aniquilado á su vez los principios que él mismo habia establecido. Ellos no están de acuerdo con su Dios, sino cuando los preceptos de éste son conformes con sus presentes intereses. Tienen interés en perseguir; ellos hallan que este Dios les manda la persecucion, pues quiere que se obligue á los convidados á entrar en la sala del festin, que es decir, segun ellos, en la Iglesia. ¿Son ellos perseguidos? ¿Dicen que este Dios pacífico prohibe los medios y caminos de semejantes atentados, y que mira la violencia con el mayor horror? ¿Ven que las prácticas y ceremonias supersticiosas son lucrativas y provechosas para ellos, no obstante la aversion de Jesucristo por las ofrendas, las prácticas y las ceremonias? Someten sin embargo los pueblos á ellas y los sobrecargan de ritos misteriosos, y se los hacen respetar mucho mas que las obligaciones mas santas de la sociedad. Si Jesucristo no quiso vengarse ni tomar satisfaccion de sus ultrajes, ellos dicen que su padre quiere que se le vengue, sea como quiera. Si Jesus ha declarado que su reino no era de este mundo, y manifestó el mayor desprecio por las riquezas,

sus sacerdotes hallan en el antiguo Testamento razones y títulos para invadirlo todo, conquistar el universo, disputar á los soberanos su poder, ejercer en este mundo la autoridad mas ilimitada y la licencia mas desenfrenada. En una palabra, si se hallan en la Biblia algunos preceptos de útil y sana moral, se hallan tambien otros para justificar los delitos mas atroces.

Asi, en la religion cristiana la moral depende únicamente del capricho de los sacerdotes, de sus pasiones y de sus intereses. Ella jamás tiene principios seguros, pues varia segun las circunstancias. El Dios de quien ellos se hacen los órganos y los intérpretes, no dice sino lo que mas les conviene; y jamás dice cosa que sea contra ellos. Siguiendo sus caprichos, muda contínuamente de parecer, aprueba y desaprueba las mismas acciones; ama ó aborrece una misma conducta; convierte el crímen en virtud y la virtud en crímen.

¿Qué resulta de todo esto? Que los cristianos jamás tienen principios seguros de moral; esta varía con la política de los sacerdotes que están en posesion de hacerles creer todo lo que quieren, y que á fuerza de amenazas y de terrores obligan á los hombres á cerrar los ojos sobre sus contradicciones, y á las almas puras y mejores á cometer los delitos mas grandes cuando se trata de religion. Así es, que sin embargo que Dios recomienda el amor

al prójimo, los cristianos se acostumbran desde la infancia á aborrecer al hereje, solo porque es hereje, y están casi siempre dispuestos á hacerle daño, solamente porque no se sujeta á la voluntad de sus sacerdotes. Así es que, no obstante que Dios manda amar á los enemigos y perdonar las injurias, los cristianos aborrecen y destruyen á los enemigos de sus sacerdotes, y vengan hasta lo sumo las injurias que pretenden haber recibido. Así es, que bajo de un Dios justo, y cuya bondad se alaba sin cesar, los cristianos á la primera señal de sus directores espirituales se hacen injustos y crueles, y creen haber hecho una grande accion cuando han conseguido ahogar en sí mismos los gritos de la naturaleza, la voz de la humanidad, los consejos de la sabiduria y el interés público.

En una palabra, todas las ideas de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal, de la bondad y de la maldad, necesariamente se confunden en la cabeza de un cristiano. Su sacerdote despótico manda en nombre de Dios á la misma naturaleza. A su voz poderosa, la razon desaparece, la verdad se obliga á huir, la imaginacion se turba, y el hombre no consulta mas que el fanatismo y el delirio que le son inspirados de lo alto. Ciego enteramente, él pone debajo de sus piés las obligaciones mas sagradas, y se crée virtuoso ultrajando todas las virtudes. ¿Tiene remordimientos? Su sacerdote

se los quita bien presto y le enseña prácticas fáciles, con cuya ayuda podrá reconciliarse con su Dios. ¿Ha cometido injusticias, rapiñas y robos? El puede repararlo todo dando á la Iglesia los bienes que ha quitado á sus conciudadanos, ó derramando á manos llenas caudales qus sirvan para decir misas, oraciones y mantener la ociosidad. Jamás este sacerdote ó director le reprenderá las injusticias, las crueldades y los delitos que haya cometido por el mantenimiento y esplendor de la Iglesia, ó por el bien de sus ministros. Las faltas que hallará mas imperdonables serán siempre las que hayan sido nocivas y contra los intereses del clero. No tener fé y sumision á los sacerdotes será el mas horroroso de los crímenes, serán pecados *contra el Espíritu Santo*, que no se perdonan ni en este mundo ni en el otro. Menospreciar los objetos que los sacerdotes tienen interés en hacer respetar, este hecho será calificado de *blasfemo* y de *impío*. Estas palabras vagas y vacías de sentido, serán suficientes para inspirar horror al vulgo imbécil. La palabra terrible *sacrilegio* señalará ó designará todo atentado cometido sobre la persona, sobre los bienes y sobre los derechos sagrados del clero. La omision de cualquiera práctica pueril será exajerada y representada como un crímen mucho mayor y mas detestable que las acciones mas perjudiciales al género humano. En recompensa de la fidelidad en cumplir las obli-

gaciones religiosas, el sacerdote absolverá fácilmente al que está entregado à los vicios, al libertinaje y á los escesos mas escandalosos.

Ya ves, amiga mia, que la moral cristiana no tiene por blanco sino la utilidad de los sacerdotes. No nos admiremos, pues, si han querido hacerse los árbitros y los soberanos, y si han tenido por falsas y criminales todas las virtudes que no se acomodaban con su sistema maravilloso. La moral cristiana parece que no se ha propuesto sino cegar á los hombres, turbar su razon, hacerlos despreciables y tímidos, envilecerlos, desalentarlos, obligarlos á que se aborrezcan, á que se menosprecien y á que pierdan de vista la tierra en que habitan para no mirar sino es al cielo. Favorecidos y ayudados con esta moral, los sacerdotes han llegado á ser los verdaderos señores de la tierra; han inventado virtudes y prácticas útiles para sí solos; han proscrito ó denigrado las que verdaderamente eran útiles á la sociedad; de sus discípulos han hecho esclavos, que hacian consistir la virtud y el mérito en someterse sin exámen á todos sus caprichos, dispuestos á abrazar sin refleccion sus indignas disputas, y que jamás han tenido ideas verdaderas de moral y virtud.

Para poner los fundamentos de una buena moral, es necesario destruir las preocupaciones que los sacerdotes nos inspiran; es necesario comenzar por volver al alma de los hombres

la energía y el resorte que vanos terrores parece que habian destruido; es necesario que renuncien las ideas sobrenaturales que hasta aqui han estorbado consultar la naturaleza, y que han obligado á la razon á sucumbir bajo el yugo de la autoridad; es necesario alentar al hombre y desengañarlo de los principios envilecedores y destructores que le persuaden, que es el objeto de la cólera del cielo; que su naturaleza está corrompida, que su razon no es sino una guia infiel y á la que jamás debe consultar, y que solamente dejándose conducir por sus sacerdotes podrá ser feliz. Es necesario desengañarlo de la idea que tiene de que debe aborrecerse; que no le es permitido trabajar para ser feliz en la tierra; que hay para él cosas mas interesantes que ser feliz en este mundo, y que practicar la real y verdadera virtud. En fin, es necesario enseñarle á que se ame á si mismo, á que tenga en mucho su propia estimacion, y á que consiga por su conducta la amistad, la benevolencia y la consideracion de las personas con quienes tiene necesidad de vivir. La moral religiosa parece que no se ha inventado sino para disolver la sociedad, y para volver á cada uno de los individuos que la componen al estado salvaje. Las virtudes cristianas evidentemente se dirigen á aislar al hombre, á romper los lazos que lo unen con sus semejantes, para unirlo solamente con sus sacerdotes, á que pierda de vista la felicidad sólida

y verdadera, y no piense en otra cosa que en ideas quiméricas y peligrosas para sí y para los demás.

Nosotros vivimos en sociedad para proporcionarnos con mas felicidad bienes, socorros y placeres, que no tendriamos si viviésemos solos. Si se nos dice que estamos obligados á hacernos desgraciados en este mundo, á aborrecernos á nosotros mismos y á huir de la estimacion de los demás, á mortificarnos voluntariamente, á no amar con esceso á nadie, ¿no es esto convidarnos á disolver la sociedad, á hacer divorcio con el géneró humano y á que seamos salvajes y extranjeros los unos para los otros? Sin embargo, si es verdad que Dios es el autor del hombre, Dios ha hecho al hombre sociable; Dios fué quien quiso que el hombre viviese en sociedad para su mayor provecho y dicha. Si Dios es bueno, no puede aprobar que el hombre renuncie la sociedad con el objeto de hacerse miserable. Si Dios es el autor de la razon, quiso que el hombre fuese racional y que se sirviese de esta razon para conocer los medios de procurarse el bienestar que su naturaleza le hace desear. Si Dios se ha revelado y manifestado, ha sido por las inclinaciones que ha dado á todos los hombres; y esta revelacion es mas *evidente y cierta* que todas las revelaciones supuestas que visiblemente son contrarias á las ideas que se nos dan de la divinidad. Esto supuesto, si hay necesidad de subir hasta Dios

para establecer las obligaciones que unen á los hombres entre sí, se puede decir que Dios se ha explicado con la mayor claridad por el deseo constante del bienestar que se manifiesta en todos los seres de la especie humana. Pero como no podemos descubrir los motivos que pueden conducirnos á la felicidad sino consultando la razon, quiso Dios que nos valiésemos de ella y que fuese para nosotros una guia segura para llegar al fin á que caminamos. Luego es evidente que mirando al hombre como la criatura de Dios, este Dios quiso que el hombre consultase su razon, la que le proporcionaria una felicidad mucho mayor, mas sólida y verdadera que todas las quimeras reveladas, ó que las virtudes nocivas que la religion propone.

Sean las que quieran nuestras opiniones sobre la divinidad, sustituyamos la moral de la razon á la de la religion, á una moral parcial y reservada á un pequeño número de hombres; sustituyamos una moral universal, inteligible para todos los habitantes de la tierra, y cuyos principios cada uno hallará en su propia naturaleza. Estudiemos esta naturaleza, sus deseos y sus necesidades; examinemos los medios de satisfacerlas; consideremos sobre el fin para que vivimos en sociedad; veámos á qué se ven obligados nuestros asociados por su naturaleza, y conocerémos que es á manifestarse afecto, benevolencia, estimacion y socorro; veá-

mos cual es la conducta y porte que es capaz de escitar su ódio, su menosprecio y sus castigos; que la esperiencia nos conduzca en nuestras inquisiciones; que la razon sea la que nos decida á ejecutar las acciones que nos proporcionen la felicidad mas verdadera, durable y sólida; suspendamos estas acciones cuando las consecuencias nos parezcan dudosas; que algunas ventajas momentáneas no nos obliguen á sacrificar un bienestar permanente; por algunos momentos de placer no renunciemos para siempre un bienestar contínuo; conservémonos, aumentemos todo lo que podamos la suma de nuestra felicidad; trabajemos con valor en apartar de nosotros los males; dulcifiquemos todo lo posible los que no pueden evitarse; busquemos en nosotros mismos y en nuestros semejantes recursos contra nuestras penas; hagámosles tomar interés en nuestra suerte; merezcamos su afecto y proteccion en recompensa del bien que nosotros les hayamos dispensado.

Conduciéndonos de esta manera, tendremos una moral natural, racional y constante, hecha para todos los hombres, y mucho mas á propósito para contribuir á la felicidad de la sociedad y de cada uno de sus miembros que la moral mística, incierta ó perversa que nos predican los ministros de la religion. Tendrémos en la razon y en nuestra propia naturaleza guias mucho mas fieles y mas seguras que los

dioses á quienes el sacerdocio hace hablar como quiere, y á cuyo lenguaje le dá cuando le acomoda la interpretacion mas proporcionada á sus intereses, Tendrémos una moral inalterable y que dure tanto como los hombres. Tendremos preceptos fundados sobre la necesidad de las cosas, y el que los viole será castigado, y por el contrario premiado el que los observe. El hombre justo, útil y bienhechor, será el objeto del amor de sus conciudadanos; el hombre injusto, inútil y malo, será el objeto de su ódio: el hombre honesto y moderado, estará contento consigo mismo; el vicioso y perverso estará siempre temblando; se aborrecerá, se avergonzará en el fondo de su corazon, y temerá que á cada instante descubran los demás sus delitos.

Por tanto, amiga mia, si se me preguntase qué es lo que se podria sustituir á la religion, diria: que una moral juiciosa, una educacion cuidadosa y honesta, costumbres escelentes, principios claros, leyes sábias que hiciesen temer á los malos, y recompensas que convidasen á la virtud. La educacion del dia no se dirige sino á hacer esclavos supersticiosos. Las virtudes que se enseñan á la juventud son virtudes fanáticas que disponen el espíritu para llevar toda la vida el yugo que los sacerdotes le pongan; los motivos de que hacen uso son fingidos é imaginarios; los castigos y las recompensas que nos manifiestan á una lontananza muy oscura, no

producen ningun efecto, ó no son propios sino para hacer entusiastas inútiles ó fanáticos peligrosos. Los principios sobre que la religion establece su moral, son poco estables y sólidos; pero los de la moral de la razon son indestructibles, y jamás serán echados por tierra. En tanto que el hombre sea un sér racional que se ocupe en su propia conservacion, y que desee su felicidad, amará la virtud, conocerá sus ventajas, y temerá por sí mismo los efectos del desórden y del crímen; buscará la virtud porque desea el bienestar; aborrecerá el crímen, porque está en su naturaleza el huir el dolor. En tanto que las sociedades humanas subsistan, tendrán necesidad de virtudes para sostenerse, buenas leyes para conservarse, y ciudadanos activos que las sirvan y las defiendan. Las leyes serán buenas cuando procuren á los miembros de la sociedad que se ocupen en el bienestar del cuerpo, del que ellos mismos hacen parte. Las leyes serán equitativas, cuando premien ó castiguen con igualdad el bien ó el mal que la sociedad esperimente. Las leyes apoyadas por una autoridad visible y fundadas sobre motivos presentes, tendrán indudablemente mucha mas fuerza que las de la religion que no tienen sino motivos inciertos, muy distantes, imaginarios, y que como la esperiencia lo acredita, no son suficientes para contener los hombres, á quienes siempre se les ha manifestado la razon como peligrosa, y mu-

chas veces no se les ha querido manifestar.

Si en lugar de ahogar la razon humana, como se hace, se procurase perfeccionarla; si en lugar de alimentarnos con mentiras se nos manifestase la verdad; si en vez de predicarnos una moral sobrenatural se nos enseñase una moral humana y guiada por la esperiencia, no necesitariamos de ideas imaginarias ni de fábulas espantosas para conocer la necesidad de ser virtuosos. Cada uno conocerá que la práctica de la virtud y la observancia fiel de las obligaciones de la moral harian su propia felicidad. Si es casado, conocerá que para conseguirla necesita tener y manifestar amor, union y ternura á la compañera que el destino le ha dado para partir con ella los placeres y penas de la vida. Su compañera, consultando sus verdaderos intereses, conocerá que debe abstenerse y privarse de todo lo que pudiera separar el corazon de su esposo ó disminuir su estimacion, su confianza y sus sentimientos hácia ella. Los padres conocerán que sus hijos están distinados á ser un dia el consuelo y alivio de su vejez, y por consiguiente que tienen el mayor interés en inspirarles desde muy niños los sentimientos, cuyos buenos frutos deseáran recojer un dia para sí.

Los hijos, por poco que reflexionen, se verán interesados en merecer la benevolencia de sus padres, y en darles pruebas del reconocimiento que ellos á su vez desearán en su posteridad. El amo conocerá lo que debe á sus criados y

tambien que para ser servido con cariño debe manifestarles amor, bondad é indulgencia; y los criados por justo agradecimiento se persuadirán que ellos mismos tienen interés en la conservacion y prosperidad de un amo de quien tienen necesidad de depender. El amigo conocerá la necesidad que tiene del corazon de su amigo, y juzgándolo necesario para su propia felicidad, cultivará en él cuidadosamente las disposiciones que desea encontrar en él. Los miembros de una misma familia conocerán la necesidad de conservar la union que la naturaleza ha puesto entre ellos, á fin de ayudarse mútuamente para apartar las desgracias que pueden y deben temer, y procurarse el bien que deben desear. Los asociados ó que viven en sociedad, si reflexionan sobre el objeto de su asociacion, conocerán que para sacar de ella el debido fruto deben obrar de buena fé y cumplir fielmente con sus obligaciones recíprocas. El ciudadano que consulte su razon, verá indefectiblemente que su suerte está unida con la de la nacion de quien es miembro, y que está obligado á participar de sus satisfacciones y de sus desgracias. En su consecuencia, cada uno en su esfera y segun sus facultades, se hallará interesado en servirla con todas sus fuerzas, talentos y luces; y conocerá que el hombre que causa males es un ciudadano peligroso, y que el enemigo del Estado es siempre el enemigo del ciudadano.

Ultimamente, el hombre que quiera reflexio-

nar sobre sí mismo, se verá obligado á confesar que la virtud es necesaria para ser feliz en este mundo. Verá que la justicia es el fundamento de toda sociedad; que el hacer bien arrastra tras de sí el afecto y el amor; que el hombre que se ama á sí mismo debe procurar grangearse este mismo afecto y amor; que tiene necesidad de la estimacion de sus conciudadanos; que debe mirar con mucho interés su reputacion; que un sér débil, que á cada instante puede esperimentar y padecer desgracias, debe por su propio interés ser piadoso con sus semejantes, ser humano y prestarles todos los socorros de que él mismo puede necesitar á cada instante.

Por poco que se medite sobre los efectos de las pasiones, se conocerá la necesidad de reprimirlas para escusar arrepentimientos inútiles y enfadosos. Por tanto, la sola reflexion es bastante para hacer conocer los peligros de la cólera, las funestas consecuencias de la venganza, los efectos de la calumnia y de la maledicencia. Cada uno puede advertir con facilidad, que entregándose desordenadamente á sus deseos, llegará á ser el enemigo de la sociedad; á las leyes toca sujetar al que, renunciando su razon, desprecia los motivos que deben contenerlo.

Si se me dice, que en la suposicion de que el hombre no sea libre en sus acciones, que no deberá serlo tampoco para contener sus pasiones, y que por consiguiente las leyes no tendrán derecho de castigarlo, respondo: que si el hombre

no tiene libertad para dejar de hacér mal, los hombres que viven con él no la tienen tampoco para dejar de aborrecerlo por el mal que les causa, y que la sociedad por su propia conservacion y felicidad tiene derecho de arrojar de sí aquel que se halla en la desgraciada necesidad de incomodarla. Los defectos necesarios del hombre necesariamente escitan el ódio de los que esperimentan su influencia.

Si el hombre que consulta su razon tiene motivos reales y poderosos para hacer bien á los demas, y para abstenerse de hacerles mal no los tendrá menores para resistir las inclinaciones que podrian conducirlo al vicio. La experiencia es bastante para hacerle conocer que él mismo llegará presto ó tarde á ser la víctima de sus escesos. No hay un solo vicio que no lleve el castigo consigo. Esto supuesto, la prudencia ó el deseo de conservarse impedirán al hombre sensato entregarse á inclinaciones desarregladas; conocerá la necesidad que tiene de usar con moderacion los placeres de la mesa y de la cama.

Los que no conozcan estas verdades, serán castigados precisamente por la falta de salud, por el menosprecio de la sociedad, y mucho mas por una existencia enferma y desgraciada que anticipará su muerte.

Amiga mia, ¿se necesitan luces sobrenaturales ó revelaciones divinas para conocer la verdad de los principios de esta moral? ¿Por ven-

tura hay necesidad de ir á buscur á las regiones desconocidas de lo porvenir motivos inciertos y fingidos para aprender la conducta, que por nuestro propio interes debemos observar en este mundo? ¿No es bastante querer ser feliz, y querer conservarse para sentirse obligado á emplear los medios sin los que no se puede conseguir el fin comun de todos los seres racionales?

El hombre que quiere perecer ó que consiente en hacer su existencia desgraciada, ó que sacrifica su felicidad permanente á los placeres de un instante, es un loco ó imprudente, que no ha reflexionado sobre sus mas apreciables intereses.

Si los principios tan claros de moral han sido y son desconocidos todavia, es porque la misma religion lo ha impedido. Sus contradictorias, oscuras y místicas ideas han hecho de la ciencia mas evidente y demostrada una ciencia ininteligible, misteriosa é incierta que nadie la puede comprender. La moral en poder de nuestros sacerdotes ha llegado á ser un enigma imposible de adivinar. Ellos han fundado nuestras obligaciones sobre un Dios que jamás el hombre podrá llegar á conocer: en lugar de haberlas fundado sobre el hombre mismo, han puesto en el cielo los fundamentos de un edificio que se ha hecho para la tierra: han querido arreglar nuestras costumbres por los oráculos equívocos que contínuamente se contradicen,

y que por lo regular se encaminan á hacernos desgraciados, inútiles y perversos. Ellos han querido hacer su moral mas sagrada, convidándonos á seguirla por las recompensas y castigos de la otra vida, que nos anuncian en nombre de la divinidad. Han delirado hasta el punto de decirnos, que el hombre no debe amarse á sí mismo; que debe aborrecerse; que para ser feliz en la otra vida es preciso que renuncie de la felicidad de la tierra. En lugar de dirigir las pasiones de los hombres hácia el bien público, en lugar de hacerlos que contribuyan á la felicidad de la sociedad, han querido que se aniquilasen las pasiones esenciales á la naturaleza humana, sin las que no podriamos ser hombres, y la sociedad dejaria de existir. En fin, ellos les han prohibido todos los placeres; y para hacer al hombre perfecto, han dicho que era preciso que fuese enteramente miserable.

No nos admiremos, pues, si la moral sobrenatural, ó mas bien tan contraria á la naturaleza, fué siempre tan ineficaz. En vano se pretende combatir ó aniquilar la naturaleza; ella es mas fuerte y poderosa que los prestigios de la imaginacion. A pesar de todas sus especulaciones sutiles y maravillosas, el hombre se amará á sí mismo; deseará el bien y huirá el dolor. El tendrá siempre pasiones; cuando éstas sean moderadas, ó se dirijan al bien público, serán honestas y legítimas, y serán dignos de a-

precio los efectos que produzcan; cuando las pasiones sean desordenadas, fatales y funestas á la sociedad, se condenará, se castigará, se aborrecerá y menospreciará al desgraciado que las haga experimentar á los demas. El hombre amará siempre los placeres, porque es de su esencia desear lo que haga su existencia agradable; jamás se le podrá obligar á que ame lo que le incomode, ó lo que le haga habitualmente desgraciado. Así, la moral cristiana, que parece no se inventó sino para combatir la naturaleza y someterla á quimeras y delirios, jamás consiguió su fin, sino sobre una pequeña parte de los hombres. Ella no sirve sino para atormentar á algunas almas débiles y crédulas, sin contener á las que tienen pasiones violentas ó costumbres arraigadas. Cuando esta moral aflojó un poco las riendas para prestarse á las inclinaciones y pásiones de los hombres, entónces fué evidentemente contraria á los principios fundamentales de una religion inflexible; cuando conservó todo su vigor, fué impracticable; entónces no fué seguida sino por algunos fanáticos que, combatiendo contra su propio corazon y ahogando su propia naturaleza, llegaron á ser casi siempre muy incómodos á la sociedad. Esta moral admitida por la mayor parte de los devotos, sin desarraigar sus costumbres, no sirvió sino para arrojarlos en una contínua contradiccion consigo mismos. Su vida fué una alternativa de faltas y de escrúpulos,

de pecados y remordimientos, de crímenes y de expiaciones, de placeres que de ordinario se reprende sin razon, y de arrepentimientos sin fruto. En una palabra, la moral cristiana ó religiosa introdujo casi siempre la turbacion en los corazones, en las familias y en las naciones. Hizo entusiastas, fanáticos y devotos escrupulosos; hizo un número considerable de insensatos y desgraciados; no hizo buenos sino á los que la naturaleza, el hábito y la educacion los habia hecho tales.

El temperamento es el que decide de nuestra conducta. Pasiones moderadas, costumbres honestas, contraidas por fortuna y ejercitadas por mucho tiempo, ejemplos laudables y opiniones sensatas nos determinan á la virtud, y nos hacen susceptibles de felicidad. Es muy dificil ser virtuoso y feliz, con un temperamento muy ardiente que produzca pasiones desordenadas. Es necesario mucha tranquilidad para gozar de sí mismo, y para consultar su razon. La naturaleza, dándonos pasiones vivas ó una imaginacion extraordinariamente acalorada, nos hace un presente muy funesto. Entónces nos hace incómodos á nosotros mismos, y generalmente muy nocivos á los demas; nos pone en la imposibilidad de consultar nuestros verdaderos intereses, y de resistir nuestras presentes inclinaciones, Si la razon no es capaz de contener las pasiones, tampoco lo serán las quimeras de la religion. En vano se lisonjearian los que con su

ayuda quisieran obtener una felicidad de que la naturaleza no les ha hecho susceptibles, ó virtudes que les ha negado por su temperamento demasiado ardiente. La religion deja á los hombres tales como la naturaleza y el hábito los han hecho, y si produce alguna mutacion en ellos, me parece que he probado ya que estas mutaciones son muy poco apreciables.

Date, pues, amiga mia, la enhorabuena de haber nacido con tan felices disposiciones, y de haber recibido principios tan apreciables que te ponen en disposicion de estar contenta con tu suerte, y de practicar la virtud por costumbre y por gusto. Continúa siendo la delicia de una familia que te quiere, te estima y te honra; continúa haciendo felices á los que te rodean; sigue practicando los oficios, por los que con tanta justicia te has grangeado la estimacion y el amor de los demas. Amate y estímate á tí misma, y estos sentimientos tan dulces y tan justos no serán despreciados de los demas. Trabaja en tu propia felicidad, ocupándote en la de todos los seres con quienes el destino te ha juntado; consérvame, sobre todo, una parte de tu preciosa amistad; permíteme que yo me de la enhorabuena, si es que he apartado de tu alma las nubes que impedian su total serenidad, ó si he apelado á tu razon para el socorro de tu espíritu, que una imaginacion demasiado sensible pretendia trastornar. Reniega para siempre de una supersticion que no es propia

sino para hacer desgraciados. Que la moral de la naturaleza sea tu única religion; que la felicidad sea tu deseo y fin constante; que la razon sea tu guia; que la virtud te proporcione los medios de adquirirla; que esta virtud sea el único objeto de tu culto. Amando y practicando la virtud, es el único medio de amar y honrar la divinidad. Si existe un Dios que se interese en el bienestar de sus criaturas, si existe un Dios lleno de justicia y de bondad, si existe un Dios sábio y racional, no se enfadará contigo porque hayas consultado tu razon. Si hay otra vida que la que tenemos en la tierra, Dios no te hará desgraciada despues de haberse servido de tí para hacer á tantos felices en el cielo.—Soy con el mayor interes, &.

CARTA DUODECIMA.

Lleva á bien, amiga mia, que te dé la enhorabuena de la feliz mutacion que has tenido la bondad de comunicarme. Convencida por sencillos y claros raciocinios que la turbacion de tu alma te impedia hacer ver, en fin, el poco fundamento de las frívolas y despreciables ideas que de algun tiempo á esta parte habian alterado tu tranquilidad, has conocido la ineficacia de los pretendidos socorros de que la religion hace tanto alarde, que suministra; co-

noces los peligros evidentes y sin número que resultan de un sistema que hasta ahora no ha servido sino para hacer á los hombres enemigos de su tranquilidad y de la de los demas. Yo veo con gusto que la razon no puede perder sus derechos sobre tu alma, y que no se necesita mas que manifestarte la verdad, para que la abraces inmediatamente. Alégrate de tu docilidad; ella prueba la solidez de tu talento; ella prueba tu juicio. Es un triunfo volver á abrazar la razon, y poder sufrir la luz de la verdad. La preocupacion previene de tal manera á los hombres, que el mundo está lleno de personas que, á pesar de su juicio, resisten con obstinacion las pruebas mayores y mas evidentes. Cuando los ojos han estado cerrados mucho tiempo, no suelen aguantar sino con mucho trabajo de todo el resplandor del sol. Si los que los han tenido cerrados levantan un poco los párpados, suele ser casi siempre para volverlos á cerrar inmediatamente. Las verdades mas claras son para la mayor parte de los hombres chispas molestas y enfadosas, de las que se libran bien presto volviéndose á meter en la oscuridad.

Yo no me maravillo de los estorbos que todavia te quedan, ni de la inclinacion que contra la voluntad te recuerdan algunas veces las opiniones que, la reflexion te manifiesta como contrarias á la razon. Es imposible arrancar de un golpe las costumbres arraigadas. El espíritu humano está inquieto cuando se le quitan

de una vez las ideas que hacia mucho tiempo le servian de puntos de apoyo; se halla en un mundo nuevo, cuyos caminos le son desconocidos. Todo sistema de opinion es efecto de la costumbre; el espíritu padece tanto cuanto se le quiere separar de su modo de pensar para que tome ideas nuevas, como el cuerpo cuando se le priva de aquella manera de obrar con que se ha familiarizado ó acostumbrado. Que se le proponga á alguno que deje el tabaco porque le es dañoso para la salud, y se verá que ó no hará caso, ó si se resuelve á dejarlo, será con grande sentimiento, porque el hábito se lo ha hecho ya casi tan preciso como una verdadera necesidad. Si lo llegase á dejar enteramente, buscará despues por mucho tiempo maquinalmente su caja, y se le escitarán los mas vivos deseos, siempre que vea tomar tabaco á los demas. Será muy poco á poco el que pueda llegar á conseguir acabar con un hábito, en cuya continuacion veia el mayor peligro.

Esto mismo es lo que nos sucede con las preocupaciones que tenemos, sean de la clase que quieran: sobre todo las de la religion tienen sobre nosotros el influjo mas poderoso. Desde la infancia nos hemos familiarizado con ellas; la costumbre nos las ha convertido en necesidades; nuestro modo de pensar se nos ha hecho necesario; nuestro espíritu acostumbrado á ocuparse en ellas, no puede dejar de meditarlas con frecuencia, y á nuestra imaginacion le

parece que se le ha acabado todo, cuando le quitan las maravillas y quimeras en que contínuamente estaba ocupada y embebida. Las fantasmas mas horrorosas llegan á serle queridas, y llega á familiarizarse con ellas de la misma manera que nuestros ojos se acostumbran poco á poco á mirar sin repugnancia los objetos mas desagradables y los mas á propósito para incomodar. Ademas, la religion, por la inconsecuencia de su sistema maravilloso y estraño, pone el espíritu en una agitacion contínua, y se cree condenado á una inaccion fastidiosa cuando se le priva de una vez de los objetos en que pensaba la mayor parte del tiempo. Esta agitacion se hace tanto mas necesaria, cuanto la imaginacion es mas viva. Esta es la causa de que los hombres necesitan nuevas locuras para reemplazar las antiguas, y esta es tambien la verdadera razon de que la devocion sea tan propia muchas veces para consolarse en las grandes desgracias; para divertirse el mal humor, reemplazar las pasiones fuertes y tambien en algunas ocasiones sustituirla á los mayores placeres y disipaciones. Las maravillas y quimeras multiplicadas que la religion presenta al espíritu, le dan actividad y lo ocupan enteramente; la costumbre se las hace familiares y necesarias, y lo que al principio le servia de terror y espanto, llega á serle agradable. Hay espíritus activos é inquietos que contínuamente necesitan estar en accion; hay ima-

ginaciones que quieren estar en alternativa de sustos y de consuelos; hay una multitud de gentes que no pueden acomodarse al estado tranquilo á que lo conducirian la razon y la verdad. Muchas personas tienen necesidad de fantasmas, y echan de menos cierta cosa cuando están en plena seguridad.

Estas reflexiones servirán para esplicarte las mutaciones contínuas á que muchas personas están sujetas, principalmente en materia de religion. Semejantes á los barómetros, tú los verás en una alternativa contínua; su imaginacion flotante jamás puede fijarse; tan presto las verás entregadas á la supersticion mas negra, como las creerás enteramente libres de las preocupaciones; ya las verás temblando á los piés de un sacerdote, y ya creerás que han sacudido su yugo enteramente. Aun las personas de mucho talento no están libres de estas alternativas. Su juicio muchas veces es seducido y engañado por su imaginacion atrevida é inquieta, que les estorba fijarlo. Fuera de que no es estraño ver una alma tímida y pusilánime en quien tiene mucho talento, ¿qué es lo que digo? El hombre no es ni puede ser siempre el mismo. Su máquina está espuesta á revoluciones y vicisitudes perpétuas; sus pensamientos varian necesariamente con los diversos estados en que infaliblemente se ha de hallar. Cuando el cuerpo está lánguido y abatido, el alma por lo regular no tiene ni vigor ni alegria. La

debilidad de nervios generalmente aniquila toda la energia del alma, que tan voluntariamente se ha querido distinguir del cuerpo. Las personas de un temperamento bilioso ó melancólico no se entregan con facilidad á la alegria; la diversion les incomoda, y la alegria de los demas les fastidia. Reconcentrados en si mismos, desean alimentarse de las tristes ideas que la religion les suministra con tanta liberalidad. La devocion podria tratarse como los vapores. La supersticion es un mal inveterado que se podria curar con remedios físicos, bien es verdad que es muy dificil evitar las recaidas en los hombres de un temperamento mal construido, y fácil de reproducir prontamente los humores nocivos que los vuelven á sus dañosas preocupaciones. Es muy dificil inspirar amor á un cobarde; y casi imposible curar de la supersticion á un hombre que por su temperamento y costumbre está siempre temblando. Se ha tomado tanto cuidado para eternizar los errores de los hombres, y tantas precauciones para que no puedan salir de ellos, que es cosa muy rara hallar personas, cuya razon no se desmienta algunas veces. Solamente la educacion podria obrar la cura radical del espíritu humano.

Yo creo, amiga mia, que lo que acabo de decir será bastante para que conozcas el orígen de la variaciones que se advierten con frecuencia en las ideas de los hombres, y de la incli-

nacion que algunas veces á su pesar los vuelve á las preocupaciones de las que parece que su espíritu estaba ya libre enteramente. Al presente ya conocerás lo que se debe pensar de las inclinaciones secretas que nuestros sacerdotes quieren vender por inspiraciones interiores, por solicitaciones ó instigaciones divinas, por efectos de la gracia, siendo asi que no son otra cosa que las vicisitudes que experimenta nuestra máquina, tan presto sana como enferma, tan presto robusta como débil, disposiciones de donde necesariamente depende siempre nuestro modo de pensar y de ver las cosas.

De aquí puedes inferir si nuestros doctores se alaban con justicia de los grandes triunfos que dicen han conseguido muchas veces en el artículo de la muerte sobre la razon de los incrédulos, que ellos tienen proporcion para trastornar en los últimos momentos. Entónces es, dicen ellos, cuando es necesario no dejarlos de la mano; entónces es cuando el hombre desengañado ve las cosas bajo su verdadero punto de vista, y que cercano á la muerte se ve obligado á reconocer sus errores. Nadie sino los impostores y bribones pudieran apoyarse en semejantes raciocinios; y ninguno sino el que haya sido engañado puede quedar satisfecho con ellos. Por ventura ¿será en el estado de mayor postracion, de debilidad y de delirio que el hombre está en disposicion de juzgar con acierto? Un moribundo cuyo espíritu y cuerpo

están sin energía, y que un sacerdote bárbaro concurre ademas á espantarlo y atemorizarlo, ¿será capaz de raciocinar, de disputar y dar solucion á los sofismas que se le proponen? Ciertamente que son raras las verdades de la religion, pues que para conocer su fuerza es necesario que el cuerpo y el espíritu estén enteramente abatidos.

Solamente en el estado de salud se puede raciocinar con exactitud; entónces es cuando el alma, ni trastornada por el temor, ni alterada por la enfermedad, ni estraviada por las pasiones, puede juzgar con precision y acierto. El juicio de un moribundo no puede ser de ningun peso; y ninguno sino los impostores pueden valerse de su voto.

La verdad no se nos hace conocer sino cuando en el cuerpo sano tenemos el espíritu sano: ningun hombre, sin que se le tache de presuntuoso, insensato y ridículo, puede responder de las ideas que tendrá cuando su máquina se haya debilitado ó desarreglado; ningun otro que los inhumanos sacerdotes pueden tener el atrevimiento de prevalerse de su estado de debilidad para trastornarlo; no pueden ser sino bribones y pícaros los que tengan la osadía de alabarse de los malos raciocinios que pueden haberle arrancado al moribundo, ó del triunfo que con sus sofismas hayan conseguido sobre su débil y enfermo juicio. Las ideas de los hombres necesariamente varian con los diversos

estados de su máquina. El hombre moribundo no puede raciocinar sino como un hombre, cuyo espíritu y cuerpo están para acabarse. No te desalientes ni te sorprendas, amiga mia; si alguna vez conoces que las antiguas preocupaciones reclaman todavia los derechos que por tanto tiempo se habian apoderado de tu razon; atribuye estas dudas á algun desarreglo de tu máquina, ó algunos movimientos desordenados que te suspenden por algun tiempo la facultad de raciocinar. Ten por cierto que hay muy pocas personas que constantemente sean la mismas, y que vean siempre las cosas de una misma manera. Nuestro cuerpo, estando sujeto á alteraciones contínuas, es indispensable que nuestro modo de pensar varie. Pensamos con pusilanimidad y cobardia, cuando nuestro cuerpo está abatido, y pensamos con exactitud cuando nuestro cuerpo está sano,que es decir, cuando todas sus partes llenan perfectamente sus funciones. Al modo de pensar que tenemos cuando estamos buenos, es al que debemos acudir, y del que nos debemos valer en las dudas que tenemos cuando nuestra máquina está desarreglada. No raciocinaremos exactamente, sino cuando estemos enteramente buenos.

Por último, para calmar las inquietudes que acaso algunas veces turbarán tu espíritu, no es necesario sino que reflexiones un instante, y conocerás que tu modo de pensar, jamás podrá acarrear malas consecuencias. En efecto, ¿có-

mo un Dios que se supone bueno, racional y justo podria enfadarse del modo de pensar de los hombres, que siempre es enteramente involuntario, y que jamás pueden ofenderle con él? ¿Por ventura, el hombre es un instante siquiera señor de sus ideas que á cada momento le son escitadas por objetos y causas que de ninguna manera dependen de él? El mismo San Agustin reconoce esta verdad: *No hay nadie*, dice, *que sea señor de lo que se presentará á su espíritu.* ¿No se deberá, pues, concluir que nada debe ser mas indiferente á Dios que los pensamientos que tienen sus criaturas, que en nada pueden ofenderle?

Si nuestros doctores se preciasen de ser consecuentes en sus principios, deberian estar persuadidos de este verdad. Conocerian que un Dios justo no se puede dar por ofendido de los movimientos que pasan en la cabeza del hombre, que se supone su obra. Conocerian tambien que este Dios; si es sábio, no tendria motivo para enfadarse de las falsas ideas que pueden ocurrir al espiritu de sus criaturas, á quienes él mismo ha dado un entendimiento y conocimiento limitados. Verian, que si Dios es verdaderamente poderoso, su gloria y su poder no tendrian que alarmarse por las opiniones é ideas de los débiles mortales; y que las nociones que se forman sobre él, no podran hacer ningun mal ni á su grandeza ni a su poder; en fin, si estos doctores no se hubieran impuesto la obligacion de renun-

ciar el buen sentido y de estar siempre en contradiccion consigo mismo, de confesar que Dios seria el mas injusto, el mas irracional y el mas cruel de los tiranos si castigase á los séres que él mismo ha formado imperfectos porque habian raciocinado mal.

Por poco que se reflexione sobre esto, se vé siempre que los teólogos han estudiado en hacer de la divinidad un señor feroz, irracional y malo, y que exige de sus criaturas cualidades que no pueden tener. Las ideas que han formado de este sér desconocido, las tomaron siempre de los hombres poderosos que, celosos de su grandeza y de los respetos de sus súbditos, querian que estos tubiesen siempre hácia ellos sentimientos de sumision y castigaban con rigor á los que por su conducta ó sus discursos no manifestaban estos mismos sentimientos. De donde debes inferir que Dios ha sido formado sobre el modelo de un déspota inquieto, sospechoso y celoso de la opinion que de él se tenia, y que para asegurar su poder, castigaba con la mayor crueldad á todos los que no tenian de él las ideas necesarias para mantener su poder y lisonjear su vanidad.

Sobre estas ideas tan ridículas y tan contrarias á las que se nos dan de la divinidad, está fundado el absurdo sistema de los cristianos, que se persuaden que es muy sensible á las opiniones de los hombres, que se ofende extraordinariamente de sus pensamientos; que los castigará sin piedad por haberse engañado en lo que

debian pensar de ella, ó por haber raciocinado de una manera que dañase á su gloria. Nada fué mas pernicioso al género humano que la funesta mania que desmiente las ideas que se nos dan de un Dios justo, bueño sábio, y poderoso; de un Dios á quien las criaturas jamás pueden disminuir su gloria y poder infinitos. En consecuencia de estas suposiciones impertinentes, los hombres no han tenido libertad para formar las nociones convenientes del soberano oculto de quien han creido depender. Han atormentado su espíritu para adivinar su naturaleza incomprensible, y temiendo desagradarlo lo han sobrecargado de atributos humanos, sin echar de ver que cuanto mas se empeñaban en honrarlo, mas lo de deshonraban; que á fuerza de señalarle cualidades incompatibles lo aniquilaban enteramente. Asi es, que casi todas las religiones de la tierra, bajo pretesto de hacer conocer la divinidad y de esplicar sus proyectos, la han envilecido y la han hecho mas desconocida, no habiendo llegado á ser estas religiones otra cosa que un ateismo razonado, por el que realmente se destruye el sér que se pretende poner al alcance de los mortales. A fuerza de reflexionar ó de soñar sobre la divinidad, los hombres no han hecho otra cosa que meterse mas y mas en las tinieblas; se les trastornó el juicio siempre que quisieron hacer de Dios el objeto de sus meditaciones; no pudieron raciocinar de él con exactitud, porque jamás tuvieron sino falsas y oscuras

ideas; jamás estuvieron de acuerdo, porque siempre partieron de falsos principios; siempre estuvieron en la incertidumbre y muy poco acordes entre sí, porque sabian bien que sus principios eran dudosos; temblaron siempre, porque imaginaban que era muy peligroso el engañarse; disputaron siempre, porque es imposible convenir nada cuando se trata de objetos enteramente desconocidos, que se pintan de diversa manera en la imaginacion del hombre; en fin, se atormentaron cruelmente los unos á los otros por sus opiniones igualmente insensatas, porque creyeron que debian darles la mayor importancia, y por que la vanidad de cada uno de ellos no les permitió ceder ó suscribir á los sueños de los otros.

Asi es, que la divinidad ha llegado á ser para los hombres un manantial de division y de disputas; asi es, que su solo nombre inspira terror, y asi es que la religion dió tantas veces la señal para los combates, y fué siempre la verdadera manzana de la discordia para los mortales turbulentos que disputaron eternamente con el mayor calor sobre objetos de los que jamás tuvieron verdaderas ideas. Ellos creyeron que debian pensar y discurrir así, y nunca lo hicieron racional y sábiamente porque su espíritu no puede formar ideas verdaderas sino de lo que afecta sus sentidos. No pudiendo conocer la divinidad por sí mismos se refieren á lo que quieren decirles hombres astutos que pre-

tendian tener un trato é íntima comunicacion con ella, que dicen ser inspirados por ella, y que tienen conocimientos que se les han negado al resto de los mortales. Estos hombres privilegiados no enseñaron otra cosa á las naciones que sus mismos sueños reducidos á sistema, sin darles ideas mas claras del ser oculto que pretendian hacerles conocer, que las que ellos tenian. Pintaron á Dios bajo el aspecto mas conveniente á sus propios intereses; lo hicieron un monarca bueno para los que les eran ciegamente sometidos, y terrible para todos los que no les prestasen obediencia.

Ya ves, amiga mia, que estos hombres han hecho la divinidad que nos anuncian, rara y ridícula, y para hacer sus opiniones mas importantes y sagradas, han dicho que se le ofendia mucho cuando no se tenian las ideas que á ellos les habia acomodado darnos de esta misma divinidad. En los libros de Moisés, Dios se define á sí mismo: *Aquel que es:* pero luego al punto este inspirado, contando la historia de Dios, nos lo manifiesta como un tirano que provoca al hombre, que lo castiga despues de haberlo tentado, que extermina y condena al género humano, porque uno solo ha delinquido; en una palabra, que en toda su conducta obra como un déspota, á quien su poder le dispensa de todas las reglas de justicia, de razon y de bondad.

¿Los sucesores de Moisés nos han trasmiti-

do ideas mas claras, mas sensatas y mas compatibles con la divinidad? ¿El mismo hijo de Dios nos ha hecho conocer á su padre? La Iglesia siempre ilustrada con las luces del Espíritu Santo ¿ha llegado á fijar nuestras dudas? ¡Ah! á pesar de todos los socorros sobrenaturales, nosotros no conocemos mejor el motor oculto de la naturaleza; las ideas que de él nos dan las relaciones que nos hacen nuestros infalibles doctores, no son propias sino para confundir nuestro juicio, y reducir nuestra razon al silencio. Hacen de Dios un espíritu puro, que es decir, un ser que no tiene ninguna analogía con la materia, y que no obstante ha criado la materia, habiéndola sacado de su propia sustancia. Lo hacen el motor del universo, sin ser el alma del universo. Lo hacen un sér infinito que llena el espacio con su inmensidad, no obstante que el universo material ocupa tambien el espacio. Lo hacen un sér todopoderoso, pero que sin embargo, se le trastornan y desbaratan contínuamente sus proyectos, pues vemos que no puede ni mantener el órden que ama, ni estorbar la libertad del hombre; se ve en la necesidad de permitir el pecado que le desagrada y que podia evitar. Lo hacen un padre enteramente bueno, pero que su venganza es sin límites. Lo hacen un monarca infinitamente justo, pero que confunde al inocente con el culpable, que lleva la injusticia y la crueldad hasta exi-

gir la muerte de su propio hijo, para expiar los delitos del género humano, cuyas iniquidades no han cesado por eso. Lo hacen un sér lleno de sabiduría y de prevision, y le hacen obrar como el mayor insensato. Lo hacen un sér racional que se enfada de los pensamientos involuntarios y necesarios que se forman en las cabezas de las criaturas, y que las condenará á suplicios eternos por no haber creido los sueños incompatibles y contrarios á los atributos divinos, ó por haberse atrevido á dudar que Dios pudiese reunir en sí mismo cualidades imposibles de conciliarse.

No hay que maravillarse, si muchas gentes incomodadas de estas ideas tan contrarias y tan chocantes caen en la incertidumbre, y dudan de la existencia de semejante divinidad, ó la niegan formalmente. En efecto, es imposible admitir el Dios de los cristianos, en el que se ven contínuamente perfecciones infinitas, unidas á las imperfecciones mas horrorosas, en el que por poco que se reflexione, no se hallará otra cosa que el producto ó resultado informe de la extraviada imaginacion de algunos soñadores que la ignorancia ha reducido á la desesperacion, y de algunos impostores que para subyugar á los hombres, han procurado arrojarlos á las mayores dudas; confundir y aniquilar su razon y llenarlos de espanto. Parece que estos han sido los motivos de aquellos que han tenido la arrogancia de ha-

cer conocer á las naciones la divinidad que ellos mismos no conocieron jamás. Ellos la pintaron siempre bajo los caractéres de un tirano inaccesible, que no se manifestaba sino á sus ministros y favoritos, que tenia placer en ocultarse á los ojos del vulgo; y que se irritaba estraordinariamente cuando se llegaba á conocer ó cuando se rehusaba creer las inteligibles relaciones que de ella hacian sus sacerdotes.

Si como ya lo he dicho muchas veces es imposible creer lo que no se puede comprender ó convencerse íntimamente de lo que no se puede tener ideas claras y distintas, es necesario concluir, que cuando los cristianos aseguran que creen en el Dios que se les anuncia, ó se engañan evidentemente ó quieren engañarnos. Su fé ó su creencia en Dios no es sino una adhesion irracional á lo que sus sacerdotes les refieren de un sér, cuya existencia han hecho tan increible como imposible para el hombre que quiera meditar. Si hay Dios, no puede ser el que los cristianos admiten, ó en el que creen sobre la palabra de sus teólogos. ¿Habrá en el mundo un solo hombre de buena fé que pueda tener idea clara de lo que nuestros sacerdotes llaman *espíritu?* Si les preguntamos qué es espíritu, nos responderán que es un sér inmaterial sin ninguna propiedad ó cualidad que nosotros podamos conocer. Pero ¿qué es un sér inmaterial? Es un sér que

no tiene ninguna de las calidades que nosotros podemos conocer; que no tiene ni forma, ni extension, ni color, etc. Pero ¿cómo se puede tener seguridad de un sér que no tiene ninguna de las cualidades conocidas? Se responde que por la fé. Pero ¿qué es tener fé? Seguir sin exámen lo que dicen los sacerdotes. Pero ¿qué es lo que nuestros sacerdotes nos dicen de Dios? Nos dicen cosas que no podemos ni comprender ni conciliar. La existencia misma de Dios ha llegado á ser entre sus manos el misterio mas impenetrable de la religion. Mas por último, los mismos sacerdotes, ¿comprenden ellos el Dios inefable que anuncian á los demas? ¿Tienen de él ideas verdaderas? ¿Pueden ellos mismos estar convencidos con sinceridad de la existencia de un sér que reune cualidades incompatibles y que se escluyen recíprocamente? Sin duda que no, y estamos autorizados para pensar que estos sacerdotes cuando nos dicen que creen en el Dios de quien nos hablan, ó no saben lo que dicen, ó sin duda ninguna quieren engañarnos.

No te sorprendas, pues, amiga mia, de que haya personas que se atrevan á poner en duda la existencia de un sér que los teólogos, á pesar de estar siempre meditando sobre él, jamás han podido conseguir otra cosa que hacerlo mas incomprensible, destruirlo enteramente. No te asombres si ellos no se entienden cuando raciocinan ó disputan entre sí, ni

tampoco si hasta ahora la existencia de la divinidad, que sirve de fundamento á todas las religiones, no se ha establecido sobre pruebas incontestables. Esta existencia es imposible que pueda demostrarse por medio de la revelacion, pues visiblemente se conoce que esta no es otra cosa que la obra de la impostura, que mas bien que formar la divinidad y sus perfecciones, la destruyen y aniquilan. Tampoco puede fundarse sobre cualidades que nuestros sacerdotes atribuyen á la divinidad, supuesto que de estas cualidades reunidas resulta que Dios no es nada de lo que conocemos, y que por consiguiente no nos pueden presentar ninguna idea cierta. Esta existencia tampoco se puede apoyar sobre las cualidades morales que nuestros sacerdotes atribuyen á la divinidad, en la suposicion de que son imposibles de conciliar en un mismo sujeto, que no puede ser á un mismo tiempo malo y bueno, justo é injusto, clemente é implacable, sábio y enemigo de la razon humana.

¿Sobre qué, pues, se puede fundar la existencia de Dios? Nuestros mismos sacerdotes nos lo dicen: que sobre la razon, sobre el espectáculo de la naturaleza y sobre el órden maravilloso que vemos en el universo. A los que no parezcan convincentes estas razones ó estos motivos para creer en la existencia de Dios, no los hallará mas poderosos en todas

las religiones del mundo, sistemas mucho mas propios para extraviar la imaginacion que para convencer el espíritu, y muy léjos de aumentar la certeza ó evidencia á las pruebas que la naturaleza puede suministrar de la existencia de la divinidad, no hacen otra cosa que destruirla y hacerla increible por las contradicciones manifiestas que nos venden á porfía y sobre su palabra de un sér, cuya esencia siempre estará oculta á débiles ojos de los mortales.

¿Qué se ha de pensar de Dios? Se debe pensar que lo hay, sin meterse en mas ni disputar sobre él. Si no podemos adelantar mas, es que no habrá querido dejarse conocer, es porque es imposible que el sér limitado conozca al sér infinito, y seria un delirio querer entrar en cuestion sobre la naturaleza de un sér del que todos los hombres de todas las edades han estado y estarán en la mas profunda ignorancia. Si en el mundo hay alguna cosa averiguada, es que la divinidad no ha querido que los mortales disputen sobre ella. Si hay un castigo visible que haya venido de su parte sobre los habitantes de la tierra, debemos reconocerlo en los vértigos, en las calamidades y locuras que las disputas de los teólogos han producido aqui abajo.

Y ¿qué pensaremos de los que no conocen á Dios, de los que niegan su existencia y de los que no pueden reconocerlo en las obras

de la naturaleza en que ven el bien y el mal, el órden y el desórden sucederse constantemente, y partir de un mismo principio? ¿Qué idea formaremos de aquellos hombres que miran la materia cómo eterna y que obra por sí misma, siguiendo leyes invariables como bastante poderosa para producir por sí misma todos los efectos que vemos, como perpétuamente ocupada en producir, destruir, en combinar y reparar, como incapaz de amor ó de ódio, como privada de las facultades que nosotros llamamos *inteligencia, sentimiento* en los séres de nuestra especie, pero capaz de producir séres que por su organizacion llegan á ser inteligentes, sensibles y pensadores? ¿Qué diremos de aquellos que dicen que no puede haber ni bien, ni mal, ni órden, ni desórden reales en el universo, y que estas cosas no son jamás sino relativas á los diferentes estados de los séres que las esperimentan, y que todo lo que se hace en el universo es necesario y está sujeto al destino? En una palabra, ¿qué diremos de los ateos? Diremos que tienen un modo diferente de mirar las cosas, ó mas bien que se sirven de palabras diferentes para esplicar los mismos objetos. Ellos llaman *naturaleza* lo que nosotros llamamos *divinidad;* llaman *necesidad* lo que nosotros *decretos divinos*; llaman energía de la naturaleza lo que nosotros motor ó autor de la naturaleza; llaman *destino ó fatalidad* lo que nosotros Dios, cuyas

leyes son siempre ejecutadas. ¿Y habrá razon por esto para aborrecerlos y esterminarlos? No, á no ser que se crea tener derecho de hacer padecer á todos los que no hablan en el mismo sentido en que nosotros hemos convenido esplicarnos. Sin embargo, las ideas funestas de la religion han conducido á los hombres á aquel exceso de estravagancia. Acalorados por sus sacerdotes, se aborrecen y se asesinan porque en materia de religion no hablan el mismo lenguage. La vanidad hace que cada uno crea que la suya es mejor, la mas espresiva, la mas clara, cuando se ve que la teología es una lengua que no la entienden ni los que la hablan, ni la entendieron los que la inventaron. El solo nombre de ateo es bastante para que los devotos se encolericen, y para que se llenen de furor y de ira gentes que sin cesar repiten el nombre de Dios, sin estar jamás en disposicion de formar de él la menor idea. Si por casualidad creen tener algunas nociones confusas, contradictorias, incompatibles é insensatas, que desde la infancia les han inspirado los sacerdotes, y estos, como se ha visto, nunca pintan á Dios sino bajo las facciones mas desconcertadas que la imaginacion les suministra, ó las que les parecen mas conformes á los intereses de sus pasiones, en las que los pueblos toman parte sin saber por qué.

Ya puedes conocer que la mas ligera re-

flexion seria bastante para hacer ver que si Dios es justo y bueno no podrá reconvenir á los que no le hayan conocido, si no han tenido medio de poderlo conocer. Si los ateos son hombres irracionales, Dios seria injusto si los castigase por haber sido ciegos ó insensatos, ó por haber tenido tan poca penetracion y luces que no conociesen la fuerza de las pruebas naturales sobre que está fundada la existencia de la divinidad. Un Dios lleno de equidad no puede castigar á los hombres por haber sido ciegos, ó por haber raciocinado con equivocacion. Los ateos, por muy locos que se les quiera suponer, son ménos insensatos que los que créen en un Dios lleno de cualidades que se destruyen entre sí; son ménos temibles que los adoradores de un Dios malo, que créen obsequiarlo esterminando á los que no piensan como ellos. Nuestras especulaciones son diferentes para Dios, cuya gloria no se puede turbar, ni disminuir su poder. Estas especulaciones nos son útiles cuando hacemos uso de ellas para nuestra felicidad; y deben ser indiferentes para la sociedad, cuando no le proporcionan ningun provecho ni beneficio. Es evidente que las opiniones de los hombres no influyen sobre la felicidad de la sociedad sino cuando se dirigen á hacerse mal unos á otros.

Por tanto, amiga mia, dejemos que los hombres piensen como quieran, con tal que sus obras no incomoden á los demas. Que cada uno

especule á su manera, siempre que sus especulaciones no causen mal á sus semejantes. Nuestras ideas, nuestros pensamientos y nuestros sistemas no dependen de nosotros; lo que para uno es convincente, no tiene mérito ni fuerza para convencer al otro. Los hombres no ven ni entienden las cosas de la misma manera: todos no han recibido ni las mismas ideas, ni la misma educacion, ni las mismas pasiones; jamas estarán de acuerdo cuando tengan la temeridad de disputar sobre objetos invisibles y ocultos, que cada uno verá solamente con los ojos de la imaginacion, sin que se pueda decir quien es el que mejor ha pensado.

Los hombres disputan poco sobre los objetos que están al alcance de sus sentidos, ó que se pueden sujetar á la esperiencia. Hay un corto número de verdades evidentes y demostradas sobre las que todos los hombres se han visto en la necesidad de convenir. Los principios fundamentales de la moral son de este número. Es evidente y demostrado para el hombre sensato que los séres reunidos en sociedad tienen necesidad de la justicia, que deben amar el bienestar, que se han reunido para prestarse socorros mútuamente; en una palabra, que están obligados á practicar la virtud y á ser útiles á la sociedad para vivir con tranquilidad y ser felices. Es igualmente cierto y demostrado que el interes de nuestra propia conservacion exige que moderemos nuestros deseos, que

pongamos freno á nuestras pasiones, que abandonemos nuestras peligrosas costumbres, que nos abstengamos de los vicios que podrian dañarnos ó incomodar á las personas con quienes nos han unido nuestras necesidades. Estas verdades son muy claras para todo ser que piensa, y cuyas pasiones no trastornen su razon; son enteramente independientes de las especulaciones teológicas, que no son ni evidentes ni demostradas, y que nuestro espíritu jamas podrá comprender. Ellas no tienen nada de comun con las opiniones religiosas, que no tienen otro garante que la imaginacion, el fanatismo y la credulidad, que como ya lo he probado, producen contínuamente efectos diametralmente opuestos á los principios mas evidentes de la moral y al bienestar de la sociedad.

Sean los que quieran los principios de los ateos, jamas serán tan peligrosos como los de los sacerdotes, quienes parece no han inventado los sistemas religiosos sino para trastornar, esclavizar y saquear las naciones. Los principios especulativos de los ateos, hechos para muy pocas personas, no pueden tener las mismas consecuencias que los contagiosos principios del fanatismo y del entusiasmo, que no se sirven de la divinidad sino para arrojar el desórden sobre la tierra. Si hay ideas peligrosas y especulaciones funestas, son las de los soñadores que se sirven de la religion para separar los hombres entre sí, y para aguzar las

pasiones, que sacrifican los intereses de la sociedad, de los soberanos y de los súbditos á su propia ambicion, á su avaricia, á su venganza y á su furor.

Se nos dice que el ateo no tiene motivos que le obliguen á hacer bien, y que no queriendo conocer á Dios, no le queda ningun freno para reprimir sus pasiones. Es verdad que el ateo no tiene freno ni motivos invisibles; pero los tiene visibles, que si reflexiona sobre ellos ordenarán y arreglarán sus acciones. Si niega la existencia de Dios no podrá negar la de los hombres. Por poco que medite conocerá que su propio interes exige que modere sus pasiones, que procure hacerse agradable, que evite el odio, el menosprecio y los castigos, que se abstenga de los delitos, y que se separe de los vicios y costumbres que presto ó tarde se podrian convertir en su daño. Así es que el ateo, con relacion á su moral, tiene principios mas seguros que el supersticioso, fanático y devoto, á quien la religion le convida á manifestar mucho celo por ella, y quien en conciencia se crée obligado á cometer crímenes para aplacar á su Dios. Si no hay nada que contenga al ateo, mil fuerzas reunidas obligan muchas veces al fanático á violar las obligaciones mas sagradas.

Yo creo haberte ya probado que la moral del supersticioso jamas tiene principios ciertos, y que varia con los intereses de sus sacerdo-

tes, que nunca esplican las intenciones de la divinidad sino de la manera que mas conviene á las circunstancias presentes y muchas veces estas circunstancias exijen que sus devotos discípulos sean crueles y malvados. Por el contrario, el ateo que toma la moral en su propia naturaleza y las relaciones constantes que unen entre sí á los miembros de la sociedad, tiene una moral cierta que no se funda ni sobre el capricho, ni sobre las circunstancias. Cuando hace mal no deja de conocer que se acarrea el odio de sus semejantes, y no se alegra como el fanático intolerante y perseguidor del mal que ha hecho.

Ya ves, amiga mia, que en cuanto á la moral el ateo tiene ventajas muy señaladas sobre el supersticioso, que no conoce otras reglas que el capricho de sus sacerdotes, ni otra moral que la que conviene á sus intereses, ni otras virtudes que aquellas virtudes despreciables, cuyas consecuencias son hacerlo esclavo de su voluntad, por lo comun muy contrarias á las del género humano. Por tanto conocerás que la moral natural de un ateo es mucho mas constante y mas segura que la del supersticioso que crée hacerse agradable á su Dios siempre que satisface las pasiones de sus sacerdotes. Si el ateo es tan ciego y tan malo que desprecie las obligaciones que le prescribe la naturaleza, en este caso está en igual grado con el supersticioso, á quien las potestades ocultas é invisibles no lo

contienen en sus escesos, á quien sus conductores sagrados le instan muchas veces que los cometa.

Estas reflexiones servirán tambien para confirmar lo que he dicho poco hace probando que la moral no tiene alguna analogía con la religion, y que esta misma religion mas bien era su enemiga que su apoyo. La verdadera moral debe estar fundada sobre la naturaleza del hombre; la moral de la religon nunca tendrá otro fundamento que las quimeras de la imaginacion, y el capricho de los que hacen hablar la divinidad de un modo contrario al de la naturaleza y de la recta razon.

Lleva á bien, amiga mia, que yo te lo repita: la moral es la sola religion natural del hombre, el único objeto que debe ocuparlo en la tierra, y el solo culto que debe dar á la divinidad. Solamente cumpliendo con las verdaderas obligaciones de esta moral, es como pondremos lisonjearnos de haber satisfecho las conocidas intenciones de la divinidad. Si ella es la que nos ha hecho lo que somos, quiso sin duda que trabajásemos en nuestra conservacion y felicidad. Si nos ha hecho racionales, quiso que consultásemos nuestra razon para distinguir el bien del mal, lo útil de lo dañoso. Si nos ha hecho sociales, ha querido que viviésemos en sociedad, y que nos valiésemos de todos los medios para mantenerla.

Si nos ha dado un talento limitado es que

indudablemente ha querido prohibirnos las investigaciones inútiles é infructuosas que no sirven sino para atormentar y trastornar la tranquilidad de la sociedad. Si ha modelado nuestra conservacion y nuestro bienestar á una cierta conducta, y nuestra destruccion y desgracia á una conducta y régimen opuestos, ella ha formado leyes tan claras que nos obligan, sopena de ser castigádos inmediatamente con la vergüenza, el temor y los remordimientos. Por otra parte nos vemos muy recompensados por las ventajas reales que la virtud nos proporciona en este mundo, que á pesar de la depravacion de costumbres que en él reina, el vicio se castiga y la virtud jamas deja de llevar consigo la satisfaccion, la estimacion y el premio, y aun en el caso de que los hombres sean injustos, ella nos da el derecho de estimarnos á nosotros mismos. Hé aquí, amiga mia, á lo que se reducen los dogmas de la religion natural, meditándolos, y sobre todo practicándolos seremos verdaderos religiosos, llenaremos los deseos de la divinidad, nos haremos queridos de los hombres, tendremos derecho de amarnos y de estimarnos, nos conservaremos y nos haremos verdaderamente felices en este mundo, y no tendremos nada que temer en el otro.

Estas leyes claras y demostradas, cuya in fraccion es indefectiblemente castigada, y cuya observancia indudablemente recompensada, son las que forman el código de la naturaleza, cu-

ya autoridad se ven obligados á reconocer todos los séres que viven, sienten y piensan, ya admitan un Dios como autor de esta naturaleza, ó ya lo miren como el orígen de todas las cosas. El mayor escéptico no puede dejar de reconocer estas leyes, cuya realidad están publicando todas las cosas, ni dejar de reconocer las leyes fundadas sobre la naturaleza, á quien él llama Dios, y las relaciones inmutables y necesarias que existen entre los hombres. El indio, el chino y el salvaje, conocerán estas leyes evidentes siempre que no estén obcecados con pasiones y preocupaciones; en fin, estas leyes tan verdaderas y tan evidentes, no parecerán inciertas, oscuras ó falsas, sino á los supersticiosos, que prefieren las quimeras de la imaginacion á las verdades naturales y á la realidad del buen sentido; á los devotos que no conocen otras leyes que los caprichos de sus sacerdotes, que no quieren que se siga otra moral que la que se acomoda á sus funestos y peligrosos efectos.

Así, apreciable amiga mia, permitamos que los hombres piensen como quieran, y no los juzguemos sino por sus acciones. Opongamos la razon á sus sistemas cuando sean perjudiciales para ellos y para los demás; curémoslos de sus preocupaciones cuando veamos que ellos mismos y la sociedad son víctimas desgraciadas. Hagámosle presente la verdad, que es el único remedio del error; desterremos de nuestra al-

ma los fantasmas lúgubres que no sirven sino para trastornarlas; no meditemos en vanos misterios que no se han inventado sino para separarnos de los objetos que merecen nuestra atencion; renunciemos una moral que no se ha inventado sino para estraviarnos é impedirnos el conocimiento de lo que puede guiarnos con seguridad; meditemos nuestra naturaleza y sobre las obligaciones que nos impone; temamos los castigos necesarios que hace sufrir presto ó tarde á los que quebrantan sus leyes; deseemos con ansia los premios que promete y que tiene destinados á los que las observan con fidelidad; practiquemos una moral sencilla que nos conduzca á la felicidad, y que entretanto que subsista la especie humana será el único apoyo de la sociedad.

Si queremos salir de nosotros mismos para meditar, á lo ménos estemos siempre de acuerdo con la naturaleza. No abandonemos jamas la antorcha de la razon; busquemos la verdad sinceramente. Cuando dudemos, detengámonos ó sigamos lo que nos parezca mas probable, abandonemos nuestra opinion cuando la encontremos destituida de fundamento. De buena fé con nosotros mismos, no resistamos los impulsos de nuestro corazon cuando la razon los guie; consultada en la calma de las pasiones, jamas nos aconsejará que tengamos crímenes ni vicios, sean públicos ú ocultos; nos hará conocer que no debemos estar satisfechos, ni lisonjearnos

de agradar á un Dios sabio creyendo absurdos, ni á un Dios bueno haciendo cosas nocivas á nosotros y á los demas.

Fin.

DATE DUE

